Crimen de Chocolate



VANESA SANZ

CRIMEN DE CHOCOLATE

Misterios de Chocolate #1

Vanesa Sanz

© 2024 Vanesa Sanz

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, excepto lo del jefe gilipollas. Eso es universal.

«El chocolate no pregunta. El chocolate entiende.»

— Cualquier persona cuerda a las 3 de la mañana

«Detrás de toda mujer exitosa hay una cantidad considerable de café y una cantidad aún mayor de ganas de mandarlo todo a la mierda.»

— Probablemente tu madre

DEDICATORIA

Para todas las que alguna vez soñaron con dejarlo todo

y abrir una tiendecita en un pueblo.

Este libro no os va a ayudar con el plan de negocio, pero al menos tiene chocolate.

Y para mi jefe de 2019.

Fernando, si estás leyendo esto: el azul ya estaba bien.

Capítulo 1

El día que lo mandé todo a la mierda

La decimoquinta revisión del logo de Laboratorios Mendizábal está proyectada en la pantalla y yo llevo exactamente cuarenta y siete horas sin dormir más de tres seguidas.

Lo sé porque he contado.

—El azul no nos acaba de convencer —dice Fernando Mendizábal hijo, heredero del imperio farmacéutico y de un gusto estético que solo puede describirse como «hospital de los años ochenta». Lleva corbata amarilla. Amarilla. A las diez de la mañana de un martes.

Mi jefa, Patricia, sonríe con esa sonrisa que le he visto practicar delante del espejo del baño.

—Por supuesto, Fernando. Lola, ¿qué otras opciones de color habíamos preparado?

Otras opciones de color. Como si no hubiéramos pasado ya por el rojo («demasiado agresivo»), el verde («parece una farmacia»), el morado («mi mujer dice que es muy femenino») y un degradado que tardé seis horas en perfeccionar y que Fernando descartó porque «le recordaba a un helado».

Abro el portátil. Mis dedos conocen el camino.

—Tenemos esta variación en azul marino, esta en azul cobalto, y esta en lo que el equipo de diseño ha llamado «azul confianza».

—¿Azul confianza?

—Es un nombre interno.

Fernando se rasca la barbilla. Es un gesto que hace cada vez que va a decir algo que me va a joder la semana.

—Es que el azul marino me recuerda a la competencia. Y el cobalto... no sé, ¿no es muy eléctrico?

Patricia sigue sonriendo. Yo también sonrío. Todos sonreímos. Somos profesionales.

—¿Y el azul confianza? —pregunta Patricia.

—Ese me gusta. —Fernando se inclina hacia la pantalla—. Pero, ¿podemos hacerlo un poco más... azul?

Más azul.

Quiere que el azul sea más azul.

Noto algo raro en el pecho. Como una burbuja que sube. O puede que sea el tercer café del día luchando contra el ibuprofeno que me he tomado en ayunas.

—¿Más azul en qué sentido? —Mi voz suena normal. Profesional.

—Pues más... ya sabes. Más azul. Más intenso pero sin ser eléctrico. Más serio pero sin ser aburrido. Más moderno pero clásico. ¿Me explico?

No.

No te explicas.

Llevas tres meses sin explicarte.

La burbuja sigue subiendo.

—Creo que lo que Fernando quiere decir —interviene Patricia, que ha desarrollado un sexto sentido para traducir gilipolleces empresariales— es que busca un equilibrio entre...

—No.

La palabra sale de mi boca antes de que pueda pararla.

Patricia se gira hacia mí. Fernando también. El becario que está en la esquina tomando notas deja de escribir.

—¿Perdona? —dice Patricia.

—He dicho que no. —La burbuja ha llegado a mi garganta y resulta que no era una burbuja, era todo lo que llevo callándome desde que empecé en esta agencia—. No puedo hacer el azul más azul. El azul es azul. Si quieres otro color, dímelo. Si quieres otro tono, dímelo. Pero «más azul» no significa nada. Nada.

—Lola...

—Y lo del helado. El degradado no parecía un helado. Parecía un degradado profesional que tardé seis horas en crear porque alguien

—miro a Fernando, que ha dejado de rascarse la barbilla— no sabía explicar lo que quería pero sabía perfectamente lo que no quería, que resulta que era todo.

—Lola, creo que deberías...

—Y tú. —Me giro hacia Patricia—. Tú sabes perfectamente que este proyecto está muerto. Que llevamos tres meses facturando horas por un logo que nunca va a aprobarse porque el señor Mendizábal no tiene ni puta idea de lo que quiere. Pero como pagan, seguimos aquí, sonriendo, haciendo el imbécil con los tonos de azul.

El silencio que sigue es del tipo que precede a los despidos fulminantes.

Me da igual.

Me da todo igual.

—¿Sabéis qué? —Me levanto. Recojo el portátil. Mis manos no tiemblan, lo cual es raro porque por dentro estoy vibrando como un móvil en silencio—. Que os jodan. A todos. Me voy.

Salgo de la sala de reuniones.

Cruzo el open space.

Cuarenta y tres personas me ven pasar. Algunas levantan la vista de sus pantallas. Otras fingen que no me ven. El de recursos humanos, Alberto, se levanta de su silla como si fuera a decirme algo, pero mi cara debe de transmitir un mensaje bastante claro porque vuelve a sentarse.

Llego al ascensor.

Pulso el botón.

Me miro en el reflejo de las puertas metálicas: pelo recogido en un moño que empezó siendo profesional y ahora parece un nido de pájaros, ojeras que ningún corrector puede ya disimular, la blazer que me compré cuando me ascendieron y que ahora me queda grande porque he perdido peso sin querer.

Tengo treinta y cuatro años. Un máster en dirección creativa. Diez años de experiencia en el sector.

Y acabo de decirle «que os jodan» al heredero de una farmacéutica que factura trescientos millones al año.

Las puertas del ascensor se abren.

Entro.

Bajo.

El taxi huele a ambientador de pino y a tabaco mal disimulado. El taxista tiene puesta la radio, algún programa de esos donde la gente llama para quejarse de cualquier cosa: la política, el fútbol, el precio de la luz.

Apoyo la cabeza contra la ventanilla. Madrid pasa al otro lado del cristal: Castellana abajo, coches, motos, gente con prisa. Todo el mundo tiene prisa siempre. Yo tenía prisa hace una hora. Ahora no tengo ni idea de lo que tengo.

El móvil vibra.

Patricia.

Ignoro la llamada.

Vibra otra vez.

Patricia.

La ignoro de nuevo.

Mensaje de WhatsApp. «Lola, llámame. Podemos arreglarlo.» Seguido de: «Fernando está dispuesto a olvidarlo si te disculpas.» Y luego: «Por favor. Piensa en tu carrera.»

Mi carrera.

Mi carrera consiste en cambiar tonos de azul para señores con corbatas amarillas. En pasar fines de semana enteros delante del ordenador mientras mis amigas suben fotos de brunchs a Instagram. En decir que sí a todo porque así funcionan las cosas, así se asciende, así se consigue el puesto fijo, el buen sueldo, el piso en propiedad que nunca voy a poder permitirme porque los precios en Madrid son un chiste cruel.

Mi carrera es una estafa que me vendí a mí misma hace diez años.

—¿Mal día? —pregunta el taxista.

Le miro por el retrovisor. Tiene cara de abuelo amable, de los que dan caramelos a los nietos.

—Acabo de dejar mi trabajo.

—¿En serio?

—En serio.

—Joder. —Silba entre dientes—. ¿Y qué vas a hacer?

La pregunta del millón.

—No tengo ni idea.

El taxista asiente como si esa fuera la respuesta más razonable del mundo.

—Mi hija hizo lo mismo hace dos años. Trabajaba en un banco, buen sueldo, buenas condiciones. Un día llegó a casa y dijo que no podía más. Que se ahogaba.

—¿Y qué hizo?

—Se fue a un pueblo de Teruel. Ahora tiene una tienda de artesanía y cuatro cabras.

—¿Cuatro cabras?

—Cuatro. Dice que son lo mejor que le ha pasado en la vida.

Miro por la ventana. Intento imaginarme con cabras. No lo consigo.

—Yo no sé cuidar cabras.

—Bueno, algo sabrás hacer. —El taxista me sonríe por el retrovisor —. Algo que te guste de verdad. Algo que hagas sin que nadie te pague.

Pienso en mi piso compartido con Marta, que trabaja en una consultora y pasa menos tiempo en casa que un representante comercial. Pienso en mi habitación de quince metros cuadrados que cuesta setecientos euros al mes. Pienso en Álex, con quien rompí hace dos meses porque los dos estábamos demasiado cansados para seguir fingiendo que nuestra relación iba a algún sitio.

Pienso en mi cuenta de Instagram, @lola.creative, donde subo fotos de cafés bonitos y frases motivacionales que ni yo me creo. Tres mil seguidores. Ningún comentario que signifique algo.

Y entonces, sin saber por qué, pienso en mi abuela.

En su cocina que siempre olía a cacao.

En sus manos manchadas de chocolate.

En las tardes de verano cuando me dejaba ayudarla a temperar, a moldear, a decorar. En cómo me explicaba que el chocolate es como las personas: hay que tratarlo con paciencia, a la temperatura exacta, porque si te pasas se estropea y si te quedas corta nunca cuaja bien.

No he vuelto a Vila do Cacau desde hace... ¿cuánto? ¿Tres años? ¿Cuatro?

La última vez fue para el entierro del abuelo. Pasé dos días. Prometí volver pronto.

No volví.

—Oiga —digo al taxista—. Cambie de dirección.

—¿Adónde vamos?

—A Chamartín. A la estación de tren.

El piso está vacío cuando llego a por la maleta. Marta está en el trabajo, como siempre. Le dejo una nota en la nevera: «Me voy unos días a Galicia. Te llamo cuando sepa algo. Besos.»

No sé cuántos días.

No sé nada.

Hago la maleta como una autómata. Ropa cómoda. Zapatillas. El cargador del móvil. Un libro que llevo tres meses intentando terminar. La libreta donde apunto ideas que nunca desarrollo.

Cierro la puerta.

Bajo las escaleras.

Pido otro taxi.

En el trayecto a la estación, me doy cuenta de que no he llorado. Debería llorar, ¿no? Acabo de tirar por la borda diez años de carrera. Acabo de convertirme en el meme de recursos humanos que circulará por todos los grupos de WhatsApp del sector.

«¿Os habéis enterado de lo de la de McCann?»

«¿La que le dijo que os jodan al de Mendizábal?»

«Esa. Dicen que le dio un brote o algo.»

Pero no lloro.

Lo que siento es más raro. Es como cuando llevas horas con un dolor de cabeza sordo y de repente se va. Esa ausencia que casi marea.

Alivio.

Eso es lo que siento.

Compro el billete en la máquina. El próximo AVE a Pontevedra sale en cuarenta minutos. Hago transbordo en Ourense.

Mi abuela no sabe que voy. Debería llamarla.

Saco el móvil. Tengo catorce llamadas perdidas de Patricia, dos de Alberto de recursos humanos, y una de un número que no reconozco pero que probablemente sea el abogado de la empresa. También tengo diecisiete mensajes de WhatsApp del grupo «Agencia McC» que no pienso leer.

Marco el número de mi abuela.

Un tono.

Dos.

Tres.

—¿Sí?

La voz de Carmela. Ochenta y tres años y sigue contestando al teléfono como si esperara una llamada del médico.

—Abuela, soy Lola.

—¡Lola! —Su tono cambia. Se vuelve cálido, como chocolate caliente —. ¡Ay, mi niña! ¿Qué tal estás? Hace siglos que no llamas.

—Ya, abuela, perdona.

—¿Va todo bien? Tienes voz rara.

Miro el panel de salidas. Mi tren aparece en la pantalla. Vía 12.

—He dejado el trabajo.

Silencio al otro lado.

—¿Cómo que lo has dejado?

—Es una historia larga. —Empiezo a andar hacia la vía—. Pero estoy bien. O voy a estarlo.

—¿Qué vas a hacer?

La pregunta otra vez. Pero en boca de mi abuela suena diferente. Suena a preocupación real, no a curiosidad morbosa.

—No lo sé. Por eso te llamo. Voy para allá.

—¿Para aquí? ¿A Vila do Cacau?

—Si no te importa que me quede unos días...

—¡Importarme! ¿Pero qué dices, boba? Esta es tu casa. Siempre lo ha sido.

Algo se afloja en mi pecho. Un nudo que no sabía que tenía.

—Gracias, abuela.

—¿A qué hora llegas?

—Sobre las seis, creo. Hago transbordo en Ourense.

—Perfecto. Le digo a Rosi que te recoja. Yo no puedo conducir con la cadera.

—Puedo coger un taxi.

—¿Un taxi? ¿Tú sabes lo que cuesta un taxi de Pontevedra hasta aquí? No seas boba. Rosi está encantada.

No tengo fuerzas para discutir. Además, Rosi siempre me cayó bien. Es la vecina de mi abuela, la de la panadería. Cuando era pequeña me regalaba magdalenas los domingos.

—Vale, abuela. Nos vemos en unas horas.

—Lola.

—¿Sí?

Un silencio breve. Oigo su respiración a través del teléfono.

—Cariño, ¿sigues queriendo abrir la chocolatería?

Me quedo quieta en medio del andén. La gente pasa a mi alrededor con sus maletas de ruedas, sus niños, sus prisas.

La chocolatería.

La Chocolatería Carmela.

Cerrada desde hace dos años, cuando mi abuela se rompió la cadera y no pudo seguir. Lleva toda mi vida en mi familia. Mi bisabuela la abrió en 1952. Mi abuela la convirtió en leyenda local.

Cuando era adolescente, después del escándalo que casi destruye a mi familia, juré que nunca volvería a ese pueblo. Que me iría a Madrid, que triunfaría, que demostraría que Lola Campo era mucho más que la nieta de la chocolatera del pueblo.

Mira cómo me ha ido.

—Abuela —digo—, creo que necesitamos hablar de muchas cosas.

—Pues ven. —Puedo oír su sonrisa—. Aquí te espero. Y, Lola...

—¿Sí?

—Tráete ropa cómoda. La chocolatería lleva dos años cerrada. Hay mucho polvo que limpiar.

Cuelgo.

El tren entra en la estación.

Y por primera vez en diez años, siento que voy hacia algún sitio que tiene sentido.

Capítulo 2

Kilómetros de diferencia

El AVE huele a café de máquina y a ambientador industrial. Hay algo reconfortante en los trenes de larga distancia: el anonimato, el movimiento constante, la sensación de que mientras estás aquí dentro el mundo exterior no puede tocarte.

Me he sentado en un asiento de ventanilla. Al lado tengo a un señor de unos sesenta años que ha abierto un táper de tortilla de patatas nada más sentarse y que ahora duerme con la boca abierta. España en estado puro.

El móvil sigue vibrando.

Lo he puesto en silencio, pero cada pocos minutos la pantalla se ilumina con un nuevo mensaje. Patricia. El grupo de la agencia. Un número desconocido que ya ha llamado tres veces.

Debería apagarlo.

No lo apago.

En lugar de eso, abro Instagram. Reflejo automático. Mis dedos conocen el camino: deslizar, doble toque, deslizar. Fotos de gente que conozco vagamente haciendo cosas que me dan igual. Alguien ha tenido un bebé. Alguien se ha comprado un coche. Alguien está en Bali y quiere que lo sepamos todos.

Llego al perfil de @LaVidaliciosa sin darme cuenta de que la estaba buscando.

Valentina Ferrer. Dos millones de seguidores. Ex compañera de la agencia. La mujer que me robó la mejor idea que he tenido en mi vida y la convirtió en una campaña que ganó un León de Oro en Cannes.

Su última publicación es de hace tres horas. Está en algún sitio con paredes blancas y plantas enormes, sosteniendo un smoothie verde mientras mira al infinito con expresión de estar teniendo un pensamiento profundo.

«A veces hay que desconectar para reconectar »

Trescientos cuarenta y dos comentarios. La mayoría variaciones de «eres increíble» y «necesito saber dónde es ese sitio».

Cierro Instagram.

Miro por la ventana.

El paisaje ha empezado a cambiar. Hemos dejado atrás las llanuras de Castilla y ahora hay colinas, árboles, verde. Mucho verde. El verde de Galicia es diferente al de cualquier otro sitio. Es un verde que parece mojado incluso cuando no llueve.

No he vuelto a casa en cuatro años.

Cuatro años.

Suena peor cuando lo pienso así, en números concretos. Cuatro años sin ver a mi abuela más que por videollamada. Cuatro años de excusas: el trabajo, el dinero, el tiempo. Cuatro años diciéndome que ya iría, que el mes que viene, que en vacaciones.

La última vez que estuve en Vila do Cacau fue para el funeral del abuelo Manuel. Llegué un viernes por la noche y me fui el domingo a primera hora. Ni siquiera dormí en la casa familiar. Me quedé en un hostal de Pontevedra porque no podía soportar la idea de despertarme en mi antigua habitación.

Cobarde.

Eso es lo que soy.

El señor de la tortilla se despierta con un ronquido. Me mira con ojos de sueño.

—¿Ya hemos pasado Zamora?

—Hace un rato.

—Joder, cómo corre este trasto. —Se estira en el asiento—. ¿Tú adónde vas?

—A Galicia.

—¿De vacaciones?

La pregunta debería ser fácil de responder. No lo es.

—Algo así.

—Yo voy a ver a mi hija. Vive en Vigo. Trabaja en Citroën, la fábrica. Buen sueldo, buen horario. —Me mira como evaluándome—. ¿Tú a qué te dedicas?

A decirle a clientes millonarios que se vayan a la mierda, aparentemente.

—Publicidad. Bueno, me dedicaba. Acabo de dejarlo.

—¿Dejarlo? ¿Así, sin más?

—Así, sin más.

El señor asiente despacio, como si estuviera procesando la información.

—Mi hija dice que los jóvenes de hoy no aguantáis nada. Que a la mínima lo dejáis todo.

—Su hija suena encantadora.

—Es borde, pero tiene razón. —Se ríe—. Aunque mira, igual también tenéis razón vosotros. Mi generación aguantó demasiado. Trabajos de mierda, jefes gilipollas, treinta años en el mismo sitio para que luego te jubilen con una palmadita en la espalda.

—Bueno, tampoco es que tengamos muchas alternativas.

—Bah. Eso decíamos nosotros también. Y mira, aquí seguimos.

El tren entra en un túnel y el vagón se oscurece. Cuando salimos, el verde es aún más intenso. Más gallego.

Saco la libreta del bolso. Es una Moleskine negra que me regalé a mí misma hace dos años con la promesa de que escribiría en ella todos los días. Tiene exactamente siete páginas usadas.

La abro por una página en blanco.

Escribo: «Cosas que hacer en Vila do Cacau.»

Debajo: «1. No morir de aburrimiento.»

Tacho el uno. Escribo: «1. Ver la chocolatería.»

«2. Hablar con la abuela sobre el escándalo.»

Me quedo mirando la segunda línea.

El escándalo. Así es como lo llamamos en mi familia. Como si fuera un episodio de culebrón y no algo que destrozó la reputación de mi

familia durante años.

Tenía quince años cuando pasó. Hubo una intoxicación alimentaria en el pueblo. Varias personas acabaron en el hospital. Y alguien, no sé quién, decidió que el chocolate de mi abuela era el culpable.

Nunca se demostró nada. Las pruebas fueron inconcluyentes. Pero en un pueblo pequeño, las pruebas dan igual. Lo que importa es lo que la gente cree. Y durante meses, la gente creyó que Chocolatería Carmela había envenenado a media docena de vecinos.

Mi abuela aguantó. Siguió abriendo cada día, siguió haciendo sus bombones y sus tabletas, siguió sonriendo a clientes que la miraban con desconfianza. Pero yo no pude.

Yo me fui.

Me fui a Madrid en cuanto cumplí los dieciocho. Estudié publicidad porque era lo más alejado del chocolate que se me ocurrió. Me cambié el acento. Dejé de decir «bota» en lugar de «vota» y «rapaza» en lugar de «chica». Me convertí en otra persona.

Una persona que ahora está en un tren volviendo a casa porque su vida en Madrid ha resultado ser una mentira que se ha contado a sí misma durante diez años.

Cierro la libreta.

* * *

El transbordo en Ourense es un caos controlado. Veinte minutos para cambiar de tren, un café aguado en el bar de la estación, y otro vagón que huele a humanidad comprimida.

Este tren es más viejo. Más lento. Las ventanillas tienen esa suciedad pegajosa de años de uso. Pero el paisaje que pasa al otro lado es cada vez más familiar.

Reconozco los montes.

Reconozco los ríos.

Reconozco las aldeas con sus iglesias de piedra y sus hórreos cubiertos de musgo.

Cuando era niña, este trayecto me parecía eterno. Ahora pasa demasiado rápido.

El tren llega a Pontevedra a las seis menos cuarto. Bajo al andén con mi maleta de ruedas y el bolso cruzado, y busco a Rosi entre la gente.

No tardo en encontrarla.

Rosi Mariño tiene cincuenta y tantos años, el pelo teñido de un rubio que no engaña a nadie, y una presencia que se nota a tres manzanas de distancia. Lleva un vestido de flores, sandalias de cuña, y está agitando los brazos como si estuviera dirigiendo el tráfico aéreo.

—¡Lola! ¡Lola, aquí!

Como si pudiera no verla.

—Hola, Rosi.

—¡Ay, mi niña! —Me envuelve en un abrazo que huele a levadura y a perfume de farmacia—. ¡Pero qué delgada estás! ¿No comes en Madrid? ¿Qué te dan de comer en esa ciudad?

—Ansiedad, básicamente.

Rosi se ríe como si hubiera dicho algo graciosísimo.

—Bueno, eso se acaba. Tu abuela tiene el frigorífico lleno. Lleva dos días cocinando.

—No hacía falta...

—¿Que no hacía falta? Lola, llevas cuatro años sin venir. Cuatro. ¿Tú sabes lo que es eso para tu abuela?

El reproche es sutil pero efectivo. Rosi tiene ese don: decirte exactamente lo que no quieres oír mientras sonríe como si te estuviera halagando.

—Ya —digo—. Lo sé.

—Bueno, bueno, ya estás aquí. Eso es lo que importa. —Me quita la maleta de las manos—. Venga, al coche. Tenemos media hora de carretera y quiero que me cuentes todo.

—¿Todo?

—Todo. Tu abuela me ha dicho que has dejado el trabajo. —Me mira de reojo mientras caminamos hacia el aparcamiento—. ¿Es verdad?

—Es verdad.

—¿Y se puede saber por qué?

Pienso en Fernando Mendizábal y su corbata amarilla. En el azul que tenía que ser más azul. En los diez años de mi vida que he pasado sonriendo a gente que no se lo merecía.

—Digamos que tuve un momento de claridad.

Rosi asiente como si eso lo explicara todo.

—Mi primo Anxo tuvo uno de esos. Ahora vive en una autocaravana en Portugal y hace pulseras de macramé.

—No creo que llegue a tanto.

—Mejor. Las pulseras son feísimas.

* * *

La carretera de Pontevedra a Vila do Cacau serpentea entre colinas verdes y aldeas de piedra. Rosi conduce su Seat Ibiza como si estuviera en una carrera de rally, tomando las curvas con una confianza que me hace agarrarme al asidero de la puerta.

—¿Y qué tal tu madre? —pregunta mientras adelanta a una furgoneta—. ¿Sabe que vienes?

Mi madre. Otra conversación que estoy evitando.

—Todavía no.

—Lola.

—Ya lo sé, ya lo sé. La llamo mañana.

—Tu madre se va a enterar por el grupo de WhatsApp del pueblo antes de que la llames.

—El pueblo tiene grupo de WhatsApp.

—El pueblo tiene tres grupos de WhatsApp. El oficial, el de las fiestas, y el de cotilleos que finge no ser de cotilleos.

—Joder.

—Bienvenida a casa.

El coche toma una curva cerrada y de pronto ahí está: el mar. La ría de Arousa extendiéndose hacia el horizonte, con sus bateas de mejillones flotando como piezas de un tablero de ajedrez marino. El sol de la tarde tiñe el agua de dorado.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Bonito, ¿eh? —dice Rosi, que debe de haber notado algo en mi cara.

—Sí.

—Pues imagínate lo bonito que habría sido si hubieras venido antes.

—Rosi.

—Es broma. Bueno, medio broma.

Pasamos por aldeas que reconozco vagamente. Casas de piedra con hortensias en los jardines. Cruceiros en las encrucijadas. Señoras mayores sentadas en sillas de plástico delante de sus puertas, vigilando el paso de los coches como si estuvieran haciendo inventario.

Y entonces, al tomar una última curva, veo el cartel.

VILA DO CACAU

Benvidos

El corazón me da un vuelco.

El pueblo se extiende delante de nosotras: casas de piedra apiñadas en torno a una plaza, una iglesia con campanario, el puerto pesquero al fondo. Más pequeño de lo que recordaba. Más bonito, también.

—¿Lista? —pregunta Rosi.

No.

—Sí.

El coche baja por la calle principal. Paso por delante de la farmacia, del bar O Náutico, de la tienda de ultramarinos que ya existía cuando era niña. Todo sigue igual. Todo ha cambiado.

Y entonces la veo.

La Chocolatería Carmela.

El edificio de piedra del siglo XIX sigue ahí, en la esquina de la plaza, con sus balcones de forja y su fachada de granito gris. Pero el cartel está desteñido por el sol. Los escaparates están vacíos. Y en la puerta hay un letrero que dice «CERRADO» con letras que alguna vez fueron doradas y ahora son de un marrón triste.

Dos años cerrada.

Dos años de polvo acumulándose en las vitrinas. Dos años de silencio donde antes había olor a cacao y risas de clientes.

—Tiene buena pinta, ¿eh? —dice Rosi con un tono que intenta ser optimista.

—Tiene pinta de que necesita mucho trabajo.

—Bueno, para eso estás aquí. —Me guiña un ojo—. Y hablando de trabajo, tu abuela te espera. Venga, que se enfría la cena.

El coche se detiene delante de una casa a dos calles de la plaza. La casa de mi abuela. La casa donde pasé todos los veranos de mi infancia, donde aprendí a hacer trufas, donde soñé con ser cualquier cosa menos chocolatera.

Bajo del coche.

El aire huele a salitre, a algas, a algo que se está cocinando en alguna cocina cercana. Huele a casa.

La puerta de la casa se abre antes de que pueda llamar.

Y ahí está Carmela.

Mi abuela tiene ochenta y tres años, el pelo blanco recogido en un moño, y unos ojos oscuros que siempre parecen saber más de lo que dicen. Camina con un bastón desde que se rompió la cadera, pero eso no le impide moverse con una determinación que daría envidia a gente de la mitad de su edad.

—Mira quién aparece —dice, con una sonrisa que le ilumina toda la cara—. La hija pródiga.

—Hola, abuela.

—Ven aquí.

Me abraza. Huele a lavanda y a manteca de cacao. A hogar.

—Estás muy flaca —dice, apartándose para mirarme—. ¿No te daban de comer en Madrid?

—Es la segunda vez que me lo dicen en diez minutos.

—Pues será verdad. Venga, adentro. La cena está lista.

Entro en la casa.

Todo está exactamente como lo recordaba. Los muebles de madera oscura. Las fotos en las paredes. El crucifijo sobre la puerta del salón. El olor a guiso que viene de la cocina.

Me detengo delante de una foto. Es antigua, en blanco y negro. Mi bisabuela Concepción delante de la chocolatería el día de la inauguración, 1952. Lleva un delantal blanco y una sonrisa enorme.

—Era guapa, ¿eh? —dice mi abuela, que se ha colocado a mi lado—. Y testaruda como ella sola. Mira que abrir una chocolatería en un pueblo de pescadores...

—Funcionó.

—Funcionó porque ella hizo que funcionara. —Carmela me mira—. Los Campo siempre hemos sido así. Testarudos.

—¿Eso es un cumplido o un insulto?

—Depende del día.

Me río. Es la primera vez que me río de verdad en semanas.

—Venga —dice mi abuela—. A cenar. Y luego hablamos.

—¿De qué?

Carmela me mira con esos ojos que siempre parecen ver más de lo que muestras.

—De todo, cariño. De la chocolatería. De tu trabajo. Del escándalo. —Hace una pausa—. Hay cosas que nunca te conté. Creo que ya es hora.

Se dirige hacia la cocina, dejándome con la foto de mi bisabuela y un nudo en el estómago.

Hay cosas que nunca te conté.

Miro la chocolatería a través de la ventana. Cerrada. Oscura. Esperando.

Voy hacia la cocina.
Es hora de cenar.
Es hora de hablar.
Es hora de volver a casa.

Capítulo 3

Cacao y telarañas

La cena consiste en caldo gallego, empanada de berberechos y filloas de postre. Mi abuela cocina como si estuviera alimentando a un regimiento, y cada vez que vacío el plato aparece más comida como por arte de magia.

—Come, come —dice Carmela, empujando hacia mí otra ración de empanada—. Que estás en los huesos.

—Abuela, voy a reventar.

—Mejor. Así mañana tienes fuerzas para la chocolatería.

Ahí está. El tema que lleva flotando entre nosotras toda la cena como un elefante en la habitación. O como un hórreo, que es más gallego.

—Sobre eso... —empiezo.

—Mañana. —Mi abuela corta el aire con la mano—. Esta noche descansas. Mañana hablamos de negocios.

—Pero antes has dicho que había cosas que...

—Mañana, Lola.

Su tono no admite réplica. Es el mismo tono que usaba cuando tenía diez años y quería quedarme despierta viendo la tele. Algunas cosas no cambian.

—Vale —digo—. Mañana.

Carmela asiente, satisfecha. Se levanta de la mesa con ayuda del bastón y empieza a recoger los platos.

—Déjame a mí —digo.

—Tú a dormir. El cuarto de siempre está preparado.

El cuarto de siempre. Mi antigua habitación. La que no he pisado en cuatro años.

Subo las escaleras con la maleta. El pasillo huele a madera vieja y a ese ambientador de lavanda que mi abuela lleva usando desde que tengo memoria. Las fotos de la pared me miran mientras paso: mi madre de pequeña, mis abuelos el día de su boda, yo con siete años sosteniendo un bombón de chocolate más grande que mi cara.

La puerta de mi habitación está entreabierta.

Entro.

Todo está igual. La cama con la colcha de ganchillo. El escritorio donde hacía los deberes de verano. El póster de los Backstreet Boys que mi abuela se ha negado a quitar porque «le tiene cariño». Las vistas al jardín donde las hortensias siguen floreciendo como si el tiempo no hubiera pasado.

Me siento en la cama. Los muelles crujen.

El móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco.

Veintitrés mensajes de WhatsApp del grupo de la agencia. Once llamadas perdidas de Patricia. Un correo de recursos humanos con el asunto «URGENTE: Proceso disciplinario».

Apago el móvil.

Mañana.

Todo mañana.

Me tumbo en la cama sin quitarme la ropa y cierro los ojos. Huelo a salitre, a lavanda, a hogar.

Me duermo antes de poder pensar en nada más.

La luz del sol me despierta a las ocho de la mañana. Ocho de la mañana un día laborable y no hay ninguna alarma, ningún email urgente, ninguna reunión de las que te roban el alma.

Por un momento no sé dónde estoy.

Luego lo recuerdo.

Vila do Cacau. La casa de mi abuela. Mi nueva vida. O lo que sea que esto vaya a ser.

Me levanto. Me ducho en el baño diminuto del pasillo, donde el agua caliente tarda tres minutos en llegar y la presión es la justa para no

quedarte con champú en el pelo. Me visto con lo primero que pillo de la maleta: vaqueros, camiseta, zapatillas.

Bajo a la cocina.

Mi abuela ya está allí, claro. Tiene ochenta y tres años y se levanta al amanecer como si fuera una obligación moral. Hay café recién hecho y tostadas con mantequilla en la mesa.

—Buenos días, bela durmiente —dice sin girarse de los fogones—. ¿Has dormido bien?

—Como un tronco.

—Normal. Necesitabas descansar. —Se gira y me mira de arriba abajo—. ¿Esa es la ropa que te vas a poner?

—¿Qué tiene de malo?

—Nada, nada. Es que pensaba que las de Madrid ibais más... arregladas.

—Abuela, voy a limpiar una chocolatería abandonada, no a una gala.

Carmela chasquea la lengua pero no dice nada. Me siento a la mesa y le doy un sorbo al café. Está fuerte, como a mí me gusta. Como solo sabe hacerlo ella.

—Bueno —digo—. ¿Vas a contarme lo de anoche?

—¿El qué de anoche?

—Lo de «hay cosas que nunca te conté».

Mi abuela se sienta frente a mí. Sus ojos oscuros me estudian durante un momento largo.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—¿Antes de ver la chocolatería?

—Abuela.

—Vale, vale. —Suspira—. Pero primero ve a verla. Necesitas entender lo que hay antes de entender lo que hubo.

No tiene sentido, pero con mi abuela pocas cosas lo tienen hasta que de repente lo tienen todo.

—¿Tienes las llaves? —pregunto.

Carmela se levanta y abre el cajón de la alacena. Saca un llavero con dos llaves de latón, antiguas, del tipo que ya no hacen.

—La grande es de la puerta principal. La pequeña es del obrador. — Me las pone en la mano—. Ve. Mira. Y luego vuelve y hablamos.

Las llaves pesan más de lo que deberían.

O quizás soy yo la que les está dando demasiado peso.

Salgo a la calle.

Vila do Cacau de día es diferente a Vila do Cacau de noche. Más ruidoso. Más vivo. Hay señoras con bolsas de la compra, pescadores volviendo del puerto, niños corriendo hacia algún sitio. El olor a mar se mezcla con el de pan recién hecho y el de café de bar.

La chocolatería está a dos calles. Las cuento mientras camino.

Paso por delante de la panadería de Rosi, que está atendiendo a una cliente pero me ve por el escaparate y me saluda agitando la mano como si lleváramos años sin vernos en lugar de doce horas. Paso por delante del bar O Náutico, donde tres señores mayores ya están sentados en la terraza con sus cañas de las once aunque son las nueve de la mañana. Paso por delante de la farmacia, donde una chica joven que no reconozco está colocando productos en el escaparate.

Y entonces llego a la plaza.

La Chocolatería Carmela ocupa la esquina noroeste, junto al cruceiro de piedra y frente a la fuente donde de pequeña tiraba monedas pidiendo deseos que nunca se cumplían. El edificio es de finales del XIX: dos plantas de granito gris, balcones de forja, una puerta de madera con cristales emplomados que alguna vez fueron el orgullo de mi bisabuela.

Ahora los cristales están sucios. La madera necesita una mano de barniz. El cartel de «Chocolatería Carmela» apenas se lee bajo capas de sol y lluvia acumuladas.

Me acerco.

Meto la llave en la cerradura.

Giro.

La puerta se abre con un quejido de bisagras oxidadas.

El olor me golpea primero.

Polvo. Humedad. Y debajo, muy debajo, como un fantasma que se niega a irse: cacao. Cacao tostado, manteca de cacao, ese aroma dulce y amargo que fue la banda sonora de mi infancia.

Entro.

La tienda está exactamente como la recuerdo, solo que cubierta de una capa de abandono. El mostrador de mármol blanco ahora es gris de polvo. Las vitrinas art déco están vacías, pero los cristales conservan las huellas de dedos de clientes que ya no existen. Las baldas de madera donde se exhibían las tabletas y los bombones ahora solo exhiben telarañas.

Paso la mano por el mostrador. Mis dedos dejan un rastro en el polvo.

Dos años.

Dos años de silencio.

Camino hacia el fondo, donde una cortina de terciopelo granate separa la tienda del obrador. La cortina está rígida de suciedad. La aparto y entro.

El obrador es más grande de lo que parece desde fuera. Hay una mesa de mármol para temperar, ollas de cobre colgadas en la pared, moldes de silicona apilados en estantes, una temperadora industrial que mi abuela compró en los noventa y que entonces era lo más moderno del mercado. Ahora parece un artefacto de otra época.

Todo está cubierto de polvo. Todo huele a cerrado.

Pero la estructura está bien. Las paredes no tienen humedades. El suelo de baldosa hidráulica sigue intacto. Con una buena limpieza, con algo de trabajo...

Algo me llama la atención.

En la estantería del fondo, entre botes de cacao en polvo caducado y moldes olvidados, hay una libreta. Está encuadernada en cuero marrón, desgastado por el uso, con las esquinas dobladas de tanto abrirla y cerrarla.

La cojo.

La abro.

La letra es antigua, inclinada hacia la derecha, escrita con pluma. Las páginas están amarillentas pero el texto sigue siendo legible.

«Recetas de Concepción Campo, 1952.»

Mi bisabuela.

Paso las páginas con cuidado. Trufas de café. Bombones de licor. Tabletas con sal de las Rías. Cada receta está escrita con una precisión obsesiva: cantidades exactas, tiempos de reposo, temperaturas de temperado.

Hay notas en los márgenes. «Añadir más manteca si el día es húmedo.» «El chocolate belga no vale, usar solo del bueno.» «Para bodas, decorar con hoja de oro.»

Y al final, en la última página escrita, una frase suelta:

«El secreto no está en el chocolate. Está en quien lo hace.»

Se me hace un nudo en la garganta.

—Vaya, vaya. Mira quién ha vuelto.

Me giro.

En la puerta del obrador hay una mujer de unos sesenta años, con el pelo gris recogido en una coleta y un delantal de flores que ha visto mejores tiempos. La reconozco vagamente: Maruja, la del estanco. Cotilla profesional desde antes de que existiera el término.

—Hola, Maruja.

—¡Pero si te acuerdas de mí! —Entra sin que nadie la haya invitado y mira a su alrededor con ojos de tasadora—. ¿Qué, vas a abrir otra vez?

—Todavía no lo sé.

—Porque tu abuela ya no está para estos trotes, ¿sabes? Con la cadera y eso.

—Sí, lo sé.

—Y esto necesita mucho trabajo. —Pasa el dedo por la mesa de mármol y lo mira con disgusto—. Mucho, mucho trabajo.

—Ya me he dado cuenta.

—Aunque mira, estaría bien que hubiera otra vez chocolatería. Desde que cerró, para comprar chocolate hay que ir a Pontevedra. Y el del súper no es lo mismo. El del súper sabe a plástico.

—Maruja, acabo de llegar. Todavía no...

—Claro, claro. Tú tomate tu tiempo. —Se acerca un poco más—. Oye, ¿y es verdad que dejaste el trabajo? ¿En Madrid? Rosi me ha dicho que tuviste un... ¿cómo se dice? ¿Un brote?

Voy a matar a Rosi.

—No fue un brote. Fue una decisión.

—Ya, ya. Una decisión. —Asiente con esa cara de «lo que tú digas»—. Bueno, si necesitas algo, ya sabes dónde estoy. El estanco, al lado del ayuntamiento.

—Gracias, Maruja.

—Y si necesitas hablar, también. Que yo sé escuchar, ¿eh? —Me guiña un ojo—. Y sé guardar secretos.

Lo dudo mucho.

Maruja se va por donde ha venido, dejando tras de sí un rastro de perfume dulzón y preguntas sin responder.

Apenas me ha dado tiempo a respirar cuando aparece otro visitante.

Señor Fermín, el del bar O Náutico. Viene a «ver qué tal» y de paso a preguntarme si es verdad que en Madrid me pagaban tres mil euros al mes, porque eso le ha dicho su sobrino que trabaja allí y no se lo cree.

Después de Fermín viene Carmiña, la de la mercería, que quiere saber si voy a necesitar telas para uniformes porque ella tiene un proveedor muy bueno en Vigo.

Después de Carmiña viene Xosé, el pescador, que no tiene ninguna excusa para estar aquí pero que pasa por delante y decide entrar «a echar un ojo».

En dos horas, media docena de vecinos han desfilado por la chocolatería. Todos con preguntas. Todos con opiniones. Todos

mirándome como si fuera una especie rara que ha vuelto a su hábitat natural después de años en cautividad.

Cuando por fin me quedo sola, me siento en el suelo del obrador, con la espalda contra la pared y la libreta de mi bisabuela en las manos.

Miro a mi alrededor.

Polvo. Telarañas. Maquinaria obsoleta. Un negocio muerto en un pueblo donde todo el mundo sabe todo de todos.

¿En qué coño me he metido?

Saco el móvil del bolsillo. Lo enciendo por primera vez desde anoche. Ignoro los mensajes de la agencia. Ignoro las llamadas de Patricia. Abro Instagram.

Mi feed sigue igual: fotos perfectas de gente perfecta viviendo vidas perfectas. Valentina ha subido otra publicación, esta vez en una playa paradisíaca. «Encontrando mi paz interior »

Cierro su perfil.

Abro la cámara.

Hago una foto del obrador tal como está: sucio, abandonado, lleno de potencial o de problemas según cómo lo mires. Añado un filtro suave, el que hace que todo parezca más cálido de lo que es.

Escribo un pie de foto. Lo borro. Escribo otro. Lo borro también.

Al final pongo: «Nuevos comienzos. »

Publico.

Guardo el móvil.

Me levanto del suelo.

Hay mucho trabajo que hacer. Pero primero tengo que volver a casa de mi abuela.

Hay cosas que nunca me contó.

Y ya es hora de que lo haga.

Salgo de la chocolatería. Cierro con llave. El sol de media mañana me da en la cara.

Mi móvil vibra.

Lo miro.

Es Instagram. La foto que acabo de subir tiene veintisiete likes. En tres minutos.

No está mal para una cuenta de tres mil seguidores medio muertos.

Vibra otra vez. Un comentario: «¿Estás en Galicia? ¿Qué haces ahí?»

Y otro: «¿Eso es una chocolatería? Quiero saber más.»

Y otro: «¿Vas a hacer contenido desde ahí? NECESITO ver esto.»

Me quedo mirando la pantalla.

Veintisiete likes que ahora son cuarenta y tres.

Tres comentarios que ahora son ocho.

Y una idea que empieza a formarse en mi cabeza.

Una idea que puede que sea brillante o puede que sea una gilipollez monumental.

Pero es la primera idea que he tenido en mucho tiempo que no viene de un brief de cliente ni de una estrategia de marca.

Es mía.

Solo mía.

A lo mejor esto funciona.

Capítulo 4

Lo que el pueblo no olvida

Mi abuela está sentada en el sillón del salón cuando llego, con una taza de manzanilla entre las manos y la mirada perdida en algún punto de la pared. No me oye entrar. O finge no oírme, que con Carmela nunca se sabe.

—Ya estoy aquí —digo.

—Ya lo veo.

—He estado en la chocolatería.

—Ya lo sé. Me lo ha dicho Maruja. Y Fermín. Y Carmiña. —Levanta la vista hacia mí—. En este pueblo es imposible hacer nada sin que se entere todo el mundo.

—Eso también lo he notado.

Mi abuela señala el sillón frente al suyo. Me siento. Entre nosotras hay una mesita con un álbum de fotos que no estaba ahí esta mañana.

—¿Has encontrado la libreta? —pregunta.

—¿La de la bisabuela?

—Esa.

—Sí. Estaba en la estantería del obrador.

Carmela asiente despacio.

—Tu bisabuela escribía todo. Todo. Cada receta, cada variación, cada error. Decía que el chocolate tiene memoria, que recuerda quién lo ha tocado y cómo. —Hace una pausa—. Era un poco rara, mi madre. Pero tenía razón.

—Abuela, me dijiste que había cosas que nunca me habías contado.

—Te lo dije.

—Pues cuéntamelas.

Mi abuela me mira durante un momento largo. Sus ojos oscuros, los mismos que tengo yo, los mismos que tenía mi madre antes de teñirse de rubio y fingir que era de otra parte, me estudian como si estuviera decidiendo si estoy preparada.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Porque una vez que lo sepas, no puedes des-saberlo.

—Abuela, por favor.

Carmela suspira. Deja la taza de manzanilla en la mesita. Abre el álbum de fotos.

—Mira —dice, señalando una fotografía en blanco y negro.

Es la chocolatería. La reconozco por la fachada, aunque parece más nueva, más brillante. Delante hay un grupo de personas: mi bisabuela Concepción con su delantal blanco, un hombre alto con bigote que debe de ser mi bisabuelo, y junto a ellos, otra pareja.

—¿Quiénes son? —pregunto, señalando a los desconocidos.

—Los Ponte. Evaristo y Dolores Ponte. Socios de tu bisabuela.

—¿Socios? Pensaba que la chocolatería siempre había sido solo nuestra.

—Y lo fue. Después. —Carmela pasa la página—. Cuando mi madre abrió el negocio en el 52, no tenía dinero suficiente. Los Ponte pusieron la mitad del capital. A cambio, se llevaban la mitad de los beneficios.

—Vale, eso tiene sentido. ¿Y qué pasó?

—Pasó que el negocio funcionó. Funcionó muy bien. Y los Ponte querían más.

Mi abuela pasa otra página. Ahora las fotos son de los años sesenta: la chocolatería llena de clientes, vitrinas repletas de bombones, mi bisabuela más mayor pero igual de sonriente.

—Evaristo Ponte quería expandirse. Abrir otra tienda en Pontevedra, otra en Vigo. Convertir Chocolatería Carmela en una cadena. Mi madre se negó.

—¿Por qué?

—Porque decía que el chocolate no se puede hacer en serie. Que cada pieza tiene que tener las manos de quien la hace. Que si lo industrializabas, perdía el alma. —Carmela sonríe—. Ya te dije que era un poco rara.

—¿Y los Ponte qué hicieron?

—Se enfadaron. Mucho. Hubo peleas, amenazas, abogados. Al final, mi madre les compró su parte. Les pagó hasta el último céntimo. Pero los Ponte nunca lo olvidaron.

—Espera. —Algo empieza a encajar en mi cabeza—. ¿Los Ponte? ¿Como Braulio Ponte, el del restaurante de la plaza?

Mi abuela me mira fijamente.

—Braulio es el nieto de Evaristo.

Joder.

—¿Me estás diciendo que la familia que odia a nuestra familia sigue viviendo en el pueblo?

—No nos odian. Ya no. Han pasado setenta años.

—Pero...

—Lola, esto es un pueblo. Aquí las familias conviven aunque se hayan odiado a muerte. Es lo que hay.

Me recuesto en el sillón. Intento procesar la información.

—Vale. ¿Y esto qué tiene que ver con el escándalo?

Carmela cierra el álbum.

—El escándalo fue en 2005. La intoxicación.

—Lo sé. Estaba ahí.

—No, cariño. Estabas, pero no sabías lo que estaba pasando de verdad.

Me inclino hacia adelante.

—¿Qué quieres decir?

Mi abuela se levanta del sillón con ayuda del bastón. Camina hacia la ventana. Mira hacia fuera, hacia la calle donde el sol de mediodía hace brillar las piedras de granito.

—La intoxicación fue real. Seis personas acabaron en el hospital. Eso pasó. Pero el chocolate no fue el culpable.

—Las pruebas fueron inconcluyentes.

—Las pruebas fueron manipuladas.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarlo con un cuchillo.

—¿Qué?

—Alguien cambió las muestras. Alguien se aseguró de que los análisis no fueran concluyentes ni a favor ni en contra. Alguien quería que la duda quedara ahí, flotando, para siempre.

—Abuela, eso es... ¿Quién haría algo así?

Carmela se gira hacia mí.

—Nunca pude probarlo. Pero tengo mis sospechas.

—¿Los Ponte?

—No lo sé. De verdad que no lo sé. Pero lo que sí sé es que la intoxicación vino de otro sitio. Hubo un proveedor nuevo ese mes, alguien que trajo marisco de fuera para varios negocios del pueblo. La gente que enfermó había comido todos en el mismo sitio la noche anterior.

—¿Y por qué nos culparon a nosotros?

—Porque es más fácil culpar a quien ya no te cae bien. Porque llevábamos cincuenta años siendo los que mejor nos iba del pueblo. Porque la envidia existe, Lola. Existe y es fea.

Me levanto. Necesito moverme. Camino hasta la otra ventana, la que da al jardín, la que tiene vistas a las hortensias que mi abuela lleva cuidando desde antes de que yo naciera.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—Porque eras una niña. Porque te fuiste. Porque pensé que era mejor que lo olvidaras.

—¿Olvidarlo? Abuela, ese escándalo es la razón por la que me fui de aquí. Es la razón por la que nunca volví.

—Lo sé.

Su voz suena tan triste que me giro a mirarla.

—Lo sé, cariño. Y lo siento. Pero no podía hacer nada. No tenía pruebas. Solo sospechas y rabia y... —Se le quiebra la voz—. Y vergüenza. Vergüenza de no haber podido proteger el negocio de mi madre. Vergüenza de no haber podido protegerte a ti.

Cruzo el salón. Abrazo a mi abuela. Huele a lavanda y a manzanilla y a algo que solo puedo describir como hogar.

—No fue culpa tuya —digo.

—Tampoco fue tuya.

Nos quedamos así un momento. Dos mujeres Campo, tercas como mulas, abrazándose en un salón lleno de fotos de gente que ya no está.

Mi abuela se aparta primero.

—Bueno —dice, secándose los ojos con el dorso de la mano—. Ya está. Ya lo sabes todo.

—¿Todo?

—Todo lo importante.

Algo en su tono me dice que no es verdad. Que hay más. Pero también sé que no voy a sacarle nada más hoy.

—Vale —digo—. Gracias por contármelo.

—Gracias a ti por volver. —Me coge la mano—. ¿Vas a reabrir la chocolatería?

La pregunta del millón. La que llevo evitando desde que llegué.

—No lo sé, abuela. Hay mucho trabajo. Y no sé si...

—¿Si qué?

—Si soy capaz.

Carmela me mira con esos ojos que siempre ven más de lo que muestras.

—Eres una Campo. Claro que eres capaz.

Mi móvil vibra en el bolsillo. Lo ignoro.

Vibra otra vez.

Y otra.

—Cógelo —dice mi abuela—. Puede ser importante.

Saco el móvil.

Ciento cuarenta y siete notificaciones de Instagram.

—Hostia puta.

—¿Qué pasa?

Abro la aplicación. La foto que subí esta mañana, la del obrador polvoriento con el filtro cálido, tiene más de dos mil likes. Doscientos comentarios. Y sigue subiendo.

—¿Qué pasa? —repite mi abuela.

—La foto que he subido. Se ha... no sé cómo decirlo. Se ha vuelto viral. Bueno, viral para mis estándares.

—¿Eso es bueno o malo?

—No tengo ni idea.

Empiezo a leer los comentarios.

«¿Es una chocolatería de verdad? ¡Qué sitio más bonito!»

«Necesito saber más sobre este proyecto.»

«¿Vas a documentar la restauración? Por favor di que sí.»

«Galicia + chocolate + pueblito = ME APUNTO.»

Y entonces lo veo.

Un comentario de una cuenta verificada.

@LaVidaliciosa: «¡Qué casualidad! Yo también voy a Galicia muy pronto. A lo mejor nos vemos 😘»

Se me hiela la sangre.

—¿Lola? ¿Estás bien? Te has puesto blanca.

—Valentina —murmuro.

—¿Quién?

—Valentina Ferrer. La... una ex compañera de trabajo. —No puedo explicarle a mi abuela quién es Valentina. No puedo explicarle que esta mujer me robó una idea, me robó un ascenso, me robó la confianza en mí misma—. Dice que viene a Galicia.

—Bueno, Galicia es grande.

—Abuela, no lo entiendes. Si Valentina dice que viene a Galicia y ha comentado mi foto, es que viene aquí. A Vila do Cacau. A ver qué estoy haciendo.

—¿Y eso es malo?

Es peor que malo. Es un desastre.

Valentina Ferrer tiene dos millones de seguidores. Valentina Ferrer convierte todo lo que toca en contenido. Valentina Ferrer es capaz de aparecer en mi pueblo, en mi chocolatería, y quedarse con la historia como se quedó con mi campaña.

—Tengo que hacer algo —digo.

—¿El qué?

No lo sé. Pero algo.

Miro la foto otra vez. Los likes siguen subiendo. Los comentarios siguen llegando. La gente quiere saber más. La gente quiere ver el proceso. La gente quiere una historia.

Y si hay algo que aprendí en diez años de publicidad, es que quien cuenta la historia primero, gana.

—Abuela, ¿puedo usar tu wifi?

—Claro. La contraseña es «chocolatecarmela», todo junto, sin mayúsculas.

Por supuesto que lo es.

Me siento en el sofá. Abro Instagram. Voy a mi perfil.

Tres mil seguidores. Fotos mediocres de brunchs y puestas de sol. Una cuenta que no dice nada sobre quién soy ni qué hago.

Es hora de cambiar eso.

Abro la cámara. Me hago un selfie en el salón de mi abuela, con las fotos antiguas de fondo. No me pongo filtro. No sonrío de manera forzada. Solo yo, con ojeras y el pelo recogido en un moño desastroso, mirando a cámara.

Escribo:

«Me llamo Lola. Tengo 34 años. Hace tres días mandé a la mierda mi trabajo en una agencia de publicidad de Madrid. Ayer cogí un tren a Galicia. Hoy estoy en el pueblo donde nací, mirando la chocolatería de mi abuela que lleva dos años cerrada.

No sé qué voy a hacer con mi vida. No sé si voy a reabrir el negocio. No sé si esto es el peor error que he cometido o el mejor.

Pero voy a contároslo. Todo. Lo bueno, lo malo y lo vergonzoso.

Bienvenidos a mi crisis de los treinta y tantos. »

Reviso el texto. Es demasiado largo. Es demasiado honesto. Es exactamente lo contrario de lo que haría Valentina.

Publico.

—¿Qué has puesto? —pregunta mi abuela.

—La verdad.

—¿Toda?

—La suficiente.

Mi abuela asiente.

—Bien. La verdad siempre es un buen comienzo.

Me quedo mirando la pantalla. Los likes empiezan a llegar. Uno. Cinco. Veinte. Cincuenta.

Puede que esto funcione.

O puede que acabe de cometer el segundo peor error de mi semana.

De cualquier forma, ya no hay vuelta atrás.

Mi móvil suena. No una notificación: una llamada.

Miro la pantalla.

Es mi madre.

Mierda.

—¿No vas a coger? —pregunta mi abuela.

—Es mamá.

—Ah. —Carmela se levanta del sillón—. Voy a preparar más manzanilla. Vas a necesitarla.

Descuelgo.

—Hola, mamá.

—Lola Campo Reyes. —La voz de mi madre suena exactamente como sonaba cuando tenía quince años y llegaba tarde a casa—. ¿Me puedes explicar qué coño está pasando?

La conversación que llevo evitando desde que cogí el taxi en Madrid.

Ya no puedo evitarla más.

—Es una historia larga —digo.

—Tengo tiempo.

Me recuesto en el sofá. Cierro los ojos.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Por el principio. Y no te saltes nada.

Suspiro.

El principio.

Vale.

Aquí vamos.

Capítulo 5

Madres, mentiras y el inspector

Mi madre se llama Lucía. Tiene cincuenta y ocho años, vive en Barcelona desde que se divorció de mi padre, y posee el don de hacerte sentir como si tuvieras doce años con solo pronunciar tu nombre completo.

—A ver si lo he entendido —dice al otro lado del teléfono, con ese tono que usa cuando está conteniendo las ganas de gritar—. Has dejado el trabajo. Sin avisar. Sin tener otro. Sin ahorros.

—Tengo algunos ahorros.

—¿Cuántos?

—Los suficientes.

—Lola.

—Unos tres mil euros.

El silencio que sigue es el tipo de silencio que solo una madre puede producir. Denso. Cargado. Lleno de todos los «te lo dije» que no está diciendo pero que ambas sabemos que está pensando.

—Tres mil euros —repite—. En Madrid. Con los alquileres como están.

—Es que no voy a volver a Madrid.

—¿Perdona?

—Estoy en Vila do Cacau. Con la abuela.

Otro silencio. Este es diferente. Más afilado.

—¿Estás en casa de mi madre?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

—¿Y no se te ha ocurrido llamarme?

—Mamá, han sido dos días muy intensos.

—Dos días. —Su voz sube medio tono—. Dos días en los que mi hija deja su trabajo, desaparece de Madrid, y aparece en Galicia sin decirme nada. Y yo me entero por el grupo de WhatsApp del pueblo. Por el grupo de WhatsApp, Lola.

Maldita sea, Rosi.

—Iba a llamarte hoy.

—Ya, claro.

—Es verdad.

—¿Y qué piensas hacer allí? ¿Quedarte de vacaciones indefinidas? ¿Vivir de tu abuela?

—Voy a reabrir la chocolatería.

Lo digo antes de saber que lo estoy diciendo. Las palabras salen de mi boca como si llevaran esperando años a que alguien les abriera la puerta.

Al otro lado del teléfono, silencio absoluto.

—¿Mamá?

—¿La chocolatería? —Su voz suena rara. Tensa—. ¿La chocolatería de mi madre?

—¿Conoces otra?

—Lola, ese sitio lleva dos años cerrado.

—Lo sé. He estado esta mañana.

—Y antes de eso, después del... después de lo que pasó, nunca volvió a ser lo mismo.

—También lo sé.

—Entonces, ¿por qué?

La pregunta flota entre nosotras. Barcelona y Galicia conectadas por una señal de móvil y por toda la historia que nunca hemos sabido cómo hablar.

—Porque alguien tiene que hacerlo —digo—. Porque la abuela no puede sola. Porque... —Me detengo. Respiro—. Porque necesito hacer algo que tenga sentido. Y esto lo tiene.

Mi madre no responde inmediatamente. Oigo su respiración al otro lado. Oigo algo más: un suspiro largo, del tipo que sale cuando llevas años guardándote algo.

—Tu abuela te ha contado lo de los Ponte.

No es una pregunta.

—Sí.

—¿Y lo del escándalo? ¿Lo que pasó de verdad?

—También.

—Joder. —Mi madre casi nunca dice tacos. Que lo haga ahora significa algo—. Lola, ese pueblo... esa gente... Hay razones por las que me fui.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. No sabes lo que es crecer ahí, con todo el mundo mirándote, juzgándote, decidiendo quién eres antes de que tú puedas decidirlo.

—Mamá, llevo un día aquí y ya he tenido a seis vecinos desfilando por la chocolatería para interrogarme.

—¿Ves? Eso es exactamente a lo que me refiero.

—Pero también he tenido a gente preguntándome si voy a volver a abrir. Gente que echa de menos el chocolate de la abuela. Gente que... —Me froto los ojos—. No sé, mamá. Es complicado.

—Todo es complicado en ese pueblo.

Silencio otra vez. Pero este es distinto. Menos combativo.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —pregunta.

—No lo sé. Unas semanas. Unos meses. Depende.

—¿De qué?

—De si esto funciona.

Mi madre suspira.

—Vale. Está bien. Es tu vida y tus decisiones. —Pausa—. Pero Lola, ten cuidado.

—¿Con qué?

—Con todo. Con el pueblo. Con la gente. Con remover cosas del pasado que a lo mejor es mejor dejar donde están.

—Mamá, suenas como la abuela.

—No me insultes.

Me río. Es una risa pequeña, casi involuntaria, pero ahí está.

—Oye —digo—, ¿puedo preguntarte algo?

—Depende.

—¿Por qué te fuiste? De verdad. No la versión oficial de «quería estudiar en la ciudad». La de verdad.

El silencio que sigue es tan largo que pienso que ha colgado.

—Porque no podía respirar —dice finalmente—. Porque cada vez que salía a la calle, alguien me recordaba quién se suponía que tenía que ser. La hija de Carmela. La nieta de Concepción. La que heredaría la chocolatería. —Hace una pausa—. Y yo no quería eso. No quería que mi vida estuviera decidida antes de empezar.

—Y ahora estoy yo aquí, haciendo exactamente lo que tú huiste de hacer.

—La diferencia es que tú lo eliges.

Tiene razón. Joder, tiene razón.

—Mamá...

—Tengo que colgar. Llámame en unos días, ¿vale? Y dale un beso a tu abuela de mi parte.

—¿No quieres hablar con ella?

—Otro día. Hoy no tengo fuerzas.

Cuelga antes de que pueda responder.

Me quedo mirando el móvil. La pantalla se oscurece. Mi reflejo me devuelve la mirada: ojeras, pelo desastroso, expresión de alguien que no sabe muy bien qué está haciendo con su vida.

Bienvenida al club.

Mi abuela aparece en la puerta del salón con dos tazas de manzanilla.

—¿Qué tal ha ido?

—Podría haber sido peor.

—¿Te ha gritado?

—Un poco.

—Normal. —Me pasa una taza—. Tu madre siempre ha sido de mecha corta. Igual que tu abuelo. Igual que tú.

—Yo no tengo mecha corta.

Carmela me mira con una ceja levantada.

—Acabas de dejar tu trabajo diciéndole a tu jefe que se fuera a la mierda.

Punto para la abuela.

Nos sentamos en el sofá. El sol de la tarde entra por la ventana y hace brillar las motas de polvo que flotan en el aire. Por un momento, todo está en calma.

Y entonces alguien llama a la puerta.

—Ay, Señor. —Mi abuela se levanta con ayuda del bastón—. ¿Y ahora quién será?

—Déjame a mí.

Voy hacia la entrada. Abro la puerta.

Y me quedo helada.

En el umbral hay un hombre. Alto, pelo oscuro, mandíbula seria, ojos del color del café sin azúcar. Lleva una camisa azul remangada hasta los codos y unos vaqueros que han visto mejores tiempos. Tiene pinta de llevar demasiadas horas despierto y de no estar particularmente contento de estar aquí.

—¿Lola Campo? —pregunta.

—Depende de quién pregunte.

—Inspector Martín Vilar. Policía Nacional.

Se me congela la sonrisa.

—¿Policía?

—¿Puedo pasar?

—¿Tengo opción?

—Siempre hay opción. Pero preferiría que eligiera la correcta.

Lo miro. Me mira. Es el tipo de mirada que dice «no tengo tiempo para gilipolleces» mezclada con «llevo cuarenta y ocho horas sin dormir».

—Pase —digo, haciéndome a un lado.

El inspector Vilar entra en el salón. Mi abuela, que estaba a medio camino hacia la cocina, se detiene en seco.

—¿Carmela Campo? —pregunta él.

—La misma. ¿Y usted es?

—Inspector Martín Vilar.

—¿Policía? —Mi abuela frunce el ceño—. ¿Qué ha pasado?

—Eso es lo que intento averiguar. —Vilar saca una libreta del bolsillo trasero. Muy vieja escuela—. ¿Conocen a una mujer llamada Valentina Ferrer?

El nombre me golpea como un cubo de agua fría.

—Sí —digo, antes de poder pensarlo—. La conozco. ¿Por qué?

—¿Qué relación tienen?

—Trabajamos juntas. Bueno, trabajábamos. En la misma agencia de publicidad. En Madrid.

—¿Son amigas?

—No.

—¿Enemigas?

—Inspector, ¿puede decirnos qué está pasando?

Vilar me mira durante un momento largo. Tiene una forma de mirar que resulta incómoda. Como si estuviera leyendo cosas que no quieres que lea.

—Valentina Ferrer llegó a Vila do Cacau hace tres horas —dice—. Vino en coche desde Madrid. Se registró en la pensión de Dona Elvira a las dos de la tarde.

—Vale.

—A las cuatro y media, un vecino llamó a la policía local porque oyó gritos procedentes de un edificio de la plaza.

El corazón me da un vuelco.

—¿Qué edificio?

Vilar me mira fijamente.

—Su chocolatería, señora Campo.

No.

No, no, no.

—Eso es imposible —digo—. La chocolatería está cerrada. Yo tengo las llaves. Nadie puede entrar.

—¿Está segura de que tiene todas las llaves?

Miro a mi abuela. Mi abuela me mira a mí.

—Hay una copia —dice Carmela, despacio—. La tenía Rosi. Por si pasaba algo.

—¿Alguien más tiene acceso? —pregunta Vilar.

—No que yo sepa.

El inspector anota algo en su libreta. Su expresión no cambia. Es una cara de póker profesional.

—¿Qué le ha pasado a Valentina? —pregunto.

—Está en el hospital de Pontevedra.

—¿Está...?

—Viva. Por ahora. —Vilar guarda la libreta—. La encontraron inconsciente. Golpe en la cabeza. Había sangre en el suelo del obrador.

El obrador. Donde esta mañana estuve yo. Donde encontré la libreta de mi bisabuela. Donde hice la foto que subí a Instagram.

—Inspector —digo, y mi voz suena rara incluso para mí—. ¿Cómo sabía Valentina dónde estaba la chocolatería? Acaba de llegar al pueblo.

—Buena pregunta. —Vilar me mira con esos ojos de café sin azúcar —. Quizás usted pueda responderla. He visto su publicación de Instagram. La del obrador. Con la dirección geoetiquetada.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

—Yo no...

—Señora Campo, no la estoy acusando de nada. Todavía. Pero necesito que me cuente exactamente qué relación tenía con la víctima, por qué publicó esa foto, y dónde ha estado usted entre las dos y las cinco de la tarde de hoy.

—Aquí. He estado aquí toda la tarde. Con mi abuela.

—¿Puede confirmarlo, señora? —pregunta Vilar, mirando a Carmela.

—Sí. Lola no se ha movido del sofá. Hemos estado hablando.

—¿De qué?

—De cosas de familia. No es asunto suyo.

Vilar esboza algo que podría ser una sonrisa si le pusieras mucha imaginación.

—Todo es asunto mío cuando hay una mujer en el hospital con el cráneo fracturado.

El silencio que sigue es espeso. Puedo oír el tic-tac del reloj de pared. Puedo oír mi propio corazón latiendo demasiado fuerte.

—Inspector —digo—, ¿puedo ver la chocolatería?

—¿Perdone?

—La chocolatería. Quiero ver qué ha pasado.

—Es una escena del crimen.

—Es mi local. Bueno, de mi abuela. Pero voy a ser yo quien lo reabra.

Vilar me estudia durante un momento largo.

—¿Por qué quiere verla?

—Porque necesito entender. Porque Valentina y yo teníamos... historia. Y porque si alguien la ha atacado en mi chocolatería, quiero saber quién y por qué.

—Eso es trabajo de la policía.

—Ya. Pero la policía no conoce a Valentina como yo. No sabe cómo funciona. No sabe a quién puede haber cabreado.

—¿Y usted sí?

—Tengo algunas ideas.

Vilar guarda la libreta en el bolsillo. Se pasa una mano por el pelo, gesto de cansancio.

—Mañana —dice—. Mañana a las nueve. La recogeré aquí y la llevaré a ver el local. Pero no toca nada, no dice nada, y si le pregunto algo, responde.

—Trato hecho.

—No es un trato. Es una orden.

Se dirige hacia la puerta. Antes de salir, se gira.

—Señora Campo, una última cosa.

—¿Sí?

—Esa foto de Instagram. La segunda, la del texto largo sobre su crisis de los treinta. —Me mira con algo que podría ser curiosidad profesional o algo más—. Es bastante buena. Honesta.

Y se va.

Me quedo mirando la puerta cerrada.

Mi abuela aparece a mi lado.

—Bueno —dice—. Eso ha sido interesante.

—Valentina está en el hospital.

—Ya lo he oído.

—Alguien la ha atacado en nuestra chocolatería.

—También lo he oído.

—¿Y no vas a decir nada más?

Carmela me mira con esos ojos que siempre ven más de lo que muestras.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que es una coincidencia muy rara que esa mujer aparezca en el pueblo el mismo día que tú subes esa foto? ¿Que alguien la estaba esperando? ¿Que esto huele muy mal?

—Sí. Exactamente eso.

—Pues ya lo he dicho.

Se da la vuelta y camina hacia la cocina.

—Voy a hacer la cena. Tú deberías descansar. Mañana va a ser un día largo.

Me quedo sola en el salón.

La luz del atardecer entra por la ventana. Las motas de polvo siguen flotando, indiferentes a todo.

Saco el móvil del bolsillo.

Instagram tiene doscientas notificaciones nuevas. El post de mi crisis ha superado los cinco mil likes.

No me importa.

Busco el perfil de Valentina. @LaVidaliciosa.

Su última publicación es de esta mañana. Una foto desde el coche, con el paisaje gallego de fondo. «Rumbo a una aventura ¿Quién me adivina adónde voy?»

Trescientos comentarios de gente intentando adivinarlo.

Ninguno acertó.

Nadie podía saber que la aventura acabaría con ella en un hospital.

Cierro Instagram.

Mañana a las nueve. El inspector Vilar. La chocolatería convertida en escena del crimen.

Y yo en medio de todo, sin saber cómo coño he llegado hasta aquí.

Voy hacia la cocina.

Mi abuela tiene razón.

Mañana va a ser un día muy largo.

Capítulo 6

La escena del crimen

No he dormido una mierda.

Me he pasado la noche dando vueltas en la cama, mirando el techo, pensando en Valentina con el cráneo fracturado en el suelo de mi chocolatería. Bueno, de la chocolatería de mi abuela. Pero da igual. El caso es que alguien entró allí, alguien la golpeó, y ahora yo tengo una cita con un inspector de policía que me mira como si fuera sospechosa de algo.

A las ocho y media ya estoy vestida, duchada y tomándome el tercer café de la mañana. Mi abuela me observa desde el otro lado de la mesa con esa expresión suya de estar pensando cosas que no dice.

—Vas a tener un infarto como sigas bebiendo café así —comenta.

—Es eso o quedarme dormida delante del inspector.

—El inspector. —Carmela pronuncia la palabra como si le supiera rara—. Martín Vilar. Me suena el apellido.

—Es un apellido común.

—Ya, pero me suena de algo. —Se queda pensativa—. Su madre era de por aquí, creo. De Cambados. O de Sanxenxo. Por ahí.

—Abuela, no creo que su árbol genealógico sea relevante ahora mismo.

—Todo es relevante en un pueblo pequeño.

A las nueve menos cinco, alguien llama a la puerta.

—Puntual —dice mi abuela—. Eso está bien.

Abro.

El inspector Vilar tiene el mismo aspecto que anoche, solo que con ojeras más profundas y una taza de café de la gasolinera en la mano. Lleva la misma camisa azul, lo que me hace preguntarme si ha dormido o si simplemente no se ha cambiado.

—Buenos días —dice.

—Eso habrá que verlo.

Me mira con algo que podría ser fastidio o diversión. Con él es difícil saberlo.

—Lista para irnos.

No es una pregunta.

Cojo la chaqueta del perchero y me despido de mi abuela con un beso.

—Ten cuidado —me dice al oído—. Y no le cuentes más de lo necesario.

Consejo de abuela gallega. Anotado.

Salimos a la calle. El coche de Vilar es un Seat León gris que ha visto tiempos mejores. El interior huele a café frío y a ambientador de pino, esa combinación que solo encuentras en coches de gente que pasa demasiadas horas conduciendo.

—Puede sentarse delante —dice, abriendo la puerta del copiloto.

—Qué amable.

—No es amabilidad. Es que atrás hay carpetas.

Efectivamente, el asiento trasero está cubierto de carpetas, papeles y lo que parece ser una bolsa de deporte arrugada. El coche de alguien que vive más en la carretera que en ningún otro sitio.

Me siento. Él arranca.

La chocolatería está a dos minutos en coche. Podríamos haber ido andando, pero supongo que esto es más oficial. O más intimidante. Probablemente las dos cosas.

—He hecho algunas llamadas esta mañana —dice Vilar mientras conduce—. Sobre usted.

—Qué honor.

—Su antigua agencia no tiene muy buena opinión de cómo se fue.

—Mi antigua agencia puede irse a la mierda.

—Eso me han dicho que dijo. Literalmente.

Mierda. Patricia ha hablado.

—Mire, inspector, lo que pasara en mi trabajo no tiene nada que ver con esto.

—Todo tiene que ver con todo hasta que demuestro lo contrario.

—Eso suena a frase de película.

—Es una frase de mi jefe. —Me mira de reojo—. También he investigado a Valentina Ferrer. Su relación laboral. Lo de la campaña de Cannes.

El estómago se me contrae.

—Así que sabe lo del León de Oro.

—Sé que usted presentó una idea para una campaña de sostenibilidad. Sé que esa idea acabó asociada al nombre de Ferrer. Sé que ella ganó un premio y usted no.

—Qué resumen más bonito.

—También sé que la denunció a recursos humanos. Y que la denuncia no prosperó.

—Porque Valentina era la favorita del director creativo. Porque yo era una curranta más y ella era la estrella. Porque así funciona el mundo, inspector.

Vilar no responde. Aparca el coche frente a la chocolatería.

Hay cinta policial en la puerta. Amarilla con letras negras. Como en las series, pero peor, porque esto es real.

—Antes de entrar —dice Vilar, sin apagar el motor—, necesito que entienda algo.

—Adelante.

—No está aquí como investigadora. Está aquí porque conocía a la víctima y porque el crimen ocurrió en su propiedad. Eso la convierte en testigo potencial, no en ayudante.

—Entendido.

—No toque nada.

—Entendido.

—Y si ve algo que le resulte raro, me lo dice a mí. No actúa por su cuenta.

—Inspector, lo que me resulta raro es todo esto. Pero sí, entendido.

Vilar apaga el motor. Salimos del coche.

La chocolatería tiene un aspecto diferente a la luz de la mañana y con cinta policial cruzando la entrada. Más siniestra. Más triste. Como si el edificio supiera lo que ha pasado dentro.

Un agente de uniforme está junto a la puerta. Asiente cuando ve a Vilar.

—Buenos días, inspector. La científica ha terminado hace una hora.

—Bien. Vamos a entrar.

Vilar levanta la cinta para que pase. Entro.

El olor me golpea primero.

Ya no es solo polvo y humedad y ese fantasma de cacao que noté ayer. Ahora hay algo más. Algo metálico. Sangre, supongo. O lo que queda de ella después de que la policía científica haya hecho su trabajo.

La tienda está igual que ayer, pero el obrador no.

Hay manchas oscuras en el suelo. Marcas de tiza donde estaba el cuerpo. La mesa de mármol tiene polvo de huellas dactilares por todas partes. Los estantes están desordenados, como si alguien hubiera buscado algo.

—La encontraron ahí —dice Vilar, señalando las marcas de tiza—. Boca abajo. El golpe fue en la parte posterior del cráneo. Objeto contundente, probablemente metálico.

—Las ollas de cobre —digo sin pensar.

Vilar me mira.

—Hay ollas de cobre colgadas en la pared. Mi abuela las usaba para hacer las coberturas. Pesan bastante.

Vilar camina hacia la pared. Efectivamente, hay un hueco donde debería haber una olla. Un gancho vacío entre los demás.

—Falta una.

—Eso parece.

—La encontramos en el suelo, junto al cuerpo. Tenía sangre y cabello adheridos. —Vilar anota algo en su libreta—. Usted sabía que estas ollas estaban aquí.

—Claro que lo sabía. He pasado todos los veranos de mi infancia en este obrador.

—Y ayer estuvo aquí sola durante... cuánto, una hora.

—Más o menos.

—Tiempo suficiente para familiarizarse con lo que había.

Me giro hacia él.

—Inspector, si está insinuando que yo tuve algo que ver con esto, ahórrese el esfuerzo. Ayer a las cuatro estaba en el sofá de mi abuela hablando con mi madre por teléfono. Puede comprobar el registro de llamadas.

—Ya lo he comprobado. La llamada duró cuarenta y tres minutos.

—Entonces sabe que no pude estar aquí.

—Sé que su teléfono no estaba aquí. No es lo mismo.

Hostia puta. Este tío es peor que los clientes de la agencia.

—Mire —digo, intentando mantener la calma—, entiendo que tiene que hacer su trabajo. Entiendo que soy una persona de interés o como quiera llamarlo. Pero yo no he hecho nada. Y si de verdad quiere saber quién atacó a Valentina, debería estar buscando a otra gente.

—Qué gente.

—No lo sé. Pero Valentina no vino aquí por casualidad. Vio mi foto de Instagram y decidió aparecer. La pregunta es por qué.

Vilar se apoya contra la mesa de mármol. Me estudia con esos ojos de café sin azúcar.

—Cuénteme más sobre ella.

—Sobre Valentina.

—Sí.

Me siento en un taburete que hay junto a la pared. Está lleno de polvo pero me da igual. Necesito sentarme.

—Valentina Ferrer tiene dos millones de seguidores en Instagram. Es influencer, aunque ella odia esa palabra. Prefiere creadora de contenido. —Hago una pausa—. La conocí hace cinco años, cuando entró en la agencia. Era becaria. Yo llevaba tres años allí.

—Y se hicieron amigas.

—Al principio sí. O eso creía yo. Valentina tiene ese don: te hace sentir especial, como si fueras la persona más interesante del mundo. Hasta que te das cuenta de que hace lo mismo con todo el mundo.

—Qué pasó con la campaña.

Respiro hondo.

—Era para una marca de moda sostenible. Yo llevaba meses trabajando en el concepto. Lo presenté en una reunión interna. Valentina estaba allí. —Me froto los ojos—. Una semana después, ella presentó la misma idea al director creativo. Pero mejor. Más pulida. Con un vídeo de demostración que había grabado por su cuenta.

—Y él le dio el proyecto a ella.

—Le dio el proyecto, el equipo, el presupuesto. Y cuando ganó el León de Oro, ella subió al escenario sola. Ni siquiera me mencionó en los agradecimientos.

Vilar no dice nada durante un momento.

—Eso es motivo suficiente para querer hacerle daño.

—Es motivo suficiente para odiarla. No es lo mismo.

—Para usted.

—Para cualquiera con dos dedos de frente. —Me levanto del taburete—. Mire, inspector, si quisiera vengarme de Valentina, no lo haría golpeándola en la cabeza en mi propia chocolatería. Eso es de imbécil. Y muchas cosas seré, pero imbécil no.

Vilar casi sonríe. Casi.

—Tiene un punto.

—Gracias.

—Pero eso no la descarta.

—Ya. Supongo que no.

Camino por el obrador, evitando las manchas del suelo. Miro los estantes desordenados. Algo me llama la atención.

—Inspector.

—Qué.

—La libreta de mi bisabuela. Estaba aquí ayer. En este estante.

Señalo el hueco entre los botes de cacao caducado y los moldes olvidados. El mismo sitio donde encontré la libreta de cuero marrón con las recetas de Concepción Campo.

—Ya no está.

Vilar se acerca.

—Descríbala.

—Cuero marrón, esquinas gastadas, tamaño más o menos como un libro de bolsillo. Dentro había recetas escritas a mano. De 1952.

—Y dice que estaba aquí ayer.

—Sí. La encontré cuando vine por la mañana. La abrí, la leí un poco... Mierda. —Me doy cuenta—. La dejé en el suelo.

—En el suelo.

—Estaba sentada ahí, contra la pared. Me la llevé conmigo cuando me fui. Pero no, espera... —Intento recordar—. No. La dejé aquí. Iba a volver a por ella pero entonces empezaron a llegar los vecinos y luego me fui a casa de mi abuela y...

—Se le olvidó.

—Se me olvidó.

Vilar mira alrededor.

—Si la libreta estaba aquí y ahora no está, alguien se la ha llevado.

—Valentina.

—O quien atacó a Valentina.

Nos miramos.

—Inspector, esa libreta tiene las recetas originales de la chocolatería. Las que mi bisabuela creó cuando abrió el negocio. Si alguien la ha robado...

—Podría querer las recetas.

—O podría querer que nosotros no las tengamos.

Vilar saca el móvil y hace una foto del estante vacío.

—Voy a pedir que revisen el inventario de lo que encontraron aquí. Si la libreta estaba en la escena, debería estar registrada.

—Y si no lo está...

—Entonces tenemos un segundo crimen. Robo con agresión.

Salimos del obrador. La luz del sol me ciega un momento después de la penumbra del interior.

Fuera, el pueblo sigue con su vida normal. Señoras con bolsas de la compra. Niños camino del colegio. El olor a pan recién hecho desde la panadería de Rosi.

Rosi.

—Inspector.

—Qué.

—Ayer mi abuela mencionó que Rosi, la panadera, tiene una copia de las llaves de la chocolatería. Por si pasaba algo.

—Ya. La he interrogado esta mañana.

—Ah.

—Dice que las llaves estaban en un cajón de su casa. Pero cuando fue a buscarlas para enseñármelas, no estaban.

El estómago se me encoge.

—Alguien se las robó.

—O ella miente. Todavía no lo sé.

—Rosi no miente. Es incapaz de guardar un secreto. Es la persona más cotilla del pueblo.

—A veces los cotillas son los mejores mentirosos. Saben qué contar y qué callar.

No había pensado en eso.

Vilar mira hacia la panadería. Desde aquí puedo ver a Rosi a través del escaparate, atendiendo a una clienta con su sonrisa de siempre.

—Una última cosa —dice Vilar—. Anoche mencionó que tenía ideas sobre quién podría haber querido hacer daño a Ferrer.

—Dije que tenía ideas sobre a quién podría haber cabreado.

—Es lo mismo.

—No lo es. Valentina cabreaba a mucha gente. Era su talento especial.

—Nombres.

Pienso. Valentina tenía enemigos en la agencia, seguro. Gente a la que había pisado para subir. Pero ninguno de ellos estaría aquí, en Vila do Cacau.

Y entonces me acuerdo.

—El comentario —digo—. En mi foto de Instagram. Valentina comentó que venía a Galicia. Pero antes de eso, hubo otros comentarios. Gente que quería saber más sobre la chocolatería.

—Tiene capturas.

—No. Pero puedo mirarlo ahora.

Saco el móvil. Abro Instagram. Voy a la foto del obrador.

Los comentarios siguen ahí. Los leo despacio, buscando algo que me llame la atención.

Y lo encuentro.

Un comentario de una cuenta sin foto de perfil. Sin publicaciones. Nombre de usuario: @usuario847362.

El comentario dice: Interesante ubicación. Cuidado con lo que compartes.

—Inspector.

Le enseño la pantalla.

Vilar lo lee. Su expresión no cambia, pero algo en sus ojos se endurece.

—Cuándo se publicó este comentario.

—Ayer. A las... —Miro la marca de tiempo—. A las doce y cuarenta y tres.

—Tres horas antes de que atacaran a Ferrer.

—Sí.

Vilar saca su propia libreta y apunta el nombre de usuario.

—Voy a rastrear esta cuenta. Probablemente sea falsa, pero a veces se pueden encontrar conexiones.

—Inspector, alguien sabía que yo iba a publicar esa foto. Alguien estaba vigilando.

—O alguien aprovechó la oportunidad cuando la vio.

Me quedo mirando la pantalla del móvil. La foto del obrador polvoriento. El filtro cálido que le puse. La ubicación geoetiquetada que señaló exactamente dónde estaba.

He sido una imbécil.

Una imbécil de manual.

—Señora Campo.

Levanto la vista.

—Lola —digo—. Llámeme Lola. Cada vez que dice señora Campo pienso que está hablando de mi abuela.

Vilar casi sonríe otra vez.

—Lola. Voy a necesitar que me envíe capturas de todos los comentarios de esa publicación. Y de la otra, la del texto largo.

—Se la envío ahora mismo.

—También voy a necesitar que tenga cuidado.

—Cuidado con qué.

—Con todo. —Me mira fijamente—. Alguien atacó a una mujer en su chocolatería usando información que usted publicó. Eso significa que alguien la estaba observando. Y puede que siga haciéndolo.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Está intentando asustarme.

—Estoy intentando que sea precavida. Hay una diferencia.

Se mete en el coche. Yo me quedo de pie en la acera, con el móvil en la mano y el sol de la mañana calentándome la cara.

Antes de arrancar, Vilar baja la ventanilla.

—Una cosa más.

—Diga.

—La publicación que hizo anoche. La de su crisis de los treinta. —Hace una pausa—. No la borre.

—Por qué.

—Porque si alguien la está vigilando, borrar cosas solo le dirá que está nerviosa. Y ahora mismo, lo último que necesita es que piensen que tiene algo que ocultar.

Arranca y se va.

Me quedo sola en la plaza, frente a la chocolatería con cinta policial, pensando en todo lo que ha dicho.

Alguien me estaba observando.

Alguien puede que siga haciéndolo.

Y yo, en lugar de mantener un perfil bajo, me he dedicado a publicar mi vida en Instagram como si fuera una reality show.

Brillante, Lola. Absolutamente brillante.

Miro hacia la panadería. Rosi sigue ahí, atendiendo clientes.

Miro hacia el bar O Náutico. Los mismos señores de siempre con sus cañas mañaneras.

Miro hacia el restaurante de la esquina, el que tiene el cartel de Marisquería Ponte.

Y veo a alguien mirándome.

Un hombre. Sesenta y tantos años. Pelo canoso, cara redonda, delantal blanco. Está de pie en la puerta del restaurante, con los brazos cruzados, observándome con una expresión que no sé interpretar.

Nuestras miradas se cruzan.

Él no aparta la suya.

Yo tampoco.

Después de lo que parece una eternidad, el hombre se da la vuelta y entra en el restaurante.

Braulio Ponte.

El nieto del socio que mi bisabuela echó del negocio hace setenta años.

El hombre que, según mi abuela, nunca olvidó el rencor.

Saco el móvil.

Le envío las capturas al inspector Vilar.

Y añado un mensaje: Creo que tenemos que hablar de Braulio Ponte.

Capítulo 7

El enemigo de mi enemigo

Mi abuela está pelando patatas cuando vuelvo a casa. Las pela con un cuchillo, como se hacía antes, sin pelador ni tonterías modernas. Dice que el pelador quita demasiada carne y que eso es un desperdicio.

—Ya estás aquí —dice sin levantar la vista—. Qué tal ha ido.

—Hay sangre en el suelo del obrador. Han robado la libreta de la bisabuela. Y Braulio Ponte me ha estado mirando como si quisiera matarme.

Carmela deja de pelar.

—Espera. Para. Repite eso último.

—Braulio Ponte. Estaba en la puerta de su restaurante cuando he salido de la chocolatería. Me ha mirado fijamente durante... no sé, un minuto. Sin pestañear.

Mi abuela deja el cuchillo en la mesa. Se limpia las manos en el delantal.

—Siéntate.

—Abuela...

—Siéntate, Lola.

Me siento.

Carmela se sienta frente a mí. Sus ojos oscuros tienen esa expresión que reconozco de cuando era niña y sabía que estaba a punto de contarme algo importante.

—Braulio Ponte es un hombre rencoroso —dice—. Siempre lo ha sido. Cuando su abuelo murió, heredó el odio hacia nuestra familia junto con el restaurante.

—Ya me lo contaste.

—No te lo conté todo.

Claro que no. En esta familia nunca se cuenta todo.

—Hace veinte años, Braulio intentó comprar la chocolatería.

—Qué.

—Vino a verme con un cheque. Dijo que quería ampliar el restaurante, que necesitaba el local. Ofreció una cantidad ridícula, muy por debajo del valor real. —Carmela aprieta los labios—. Le dije que no.

—Y no se lo tomó bien.

—Se lo tomó fatal. Empezó a correr rumores sobre nosotros. Que si el chocolate no era de calidad, que si usábamos ingredientes de mierda, que si habíamos tenido problemas con sanidad.

El estómago se me contrae.

—El escándalo de 2005.

—No puedo probarlo. Pero siempre he pensado que Braulio tuvo algo que ver.

Me levanto de la silla. Necesito moverme.

—Abuela, eso es... joder, eso es muy gordo. Estás diciendo que Braulio pudo haber organizado la intoxicación para hundirte.

—Estoy diciendo que es posible. No que sea verdad.

—Pero si es verdad, si Braulio fue el responsable entonces, puede que también sea el responsable ahora. Valentina aparece en el pueblo, entra en la chocolatería, y alguien la ataca. Alguien con acceso a las llaves. Alguien que no quiere que el negocio vuelva a abrir.

Carmela no responde. No hace falta.

Saco el móvil del bolsillo. Busco el mensaje que le envié a Vilar hace media hora. Sin respuesta todavía.

—Voy a hablar con él —digo.

—Con quién.

—Con Braulio.

—Lola, no.

—Abuela, alguien ha atacado a una mujer en nuestra chocolatería. Alguien ha robado las recetas de tu madre. Y ese alguien puede que esté a cien metros de aquí, sirviendo pulpo a feira como si no hubiera pasado nada.

—Y qué vas a hacer. Ir a su restaurante y acusarle de intento de asesinato.

—Voy a ir a su restaurante y hacer preguntas.

—Eso es lo mismo.

—No si soy sutil.

Mi abuela me mira con una mezcla de preocupación y algo que podría ser orgullo. O resignación. Con ella nunca se sabe.

—Los Campo siempre hemos sido testarudos —dice.

—Eso me han dicho.

Me dirijo hacia la puerta.

—Lola.

Me giro.

—Ten cuidado. Braulio no es tonto. Si sospecha que vas a por él, reaccionará.

—Tranquila, abuela. Solo voy a comer.

Salgo antes de que pueda detenerme.

La Marisquería Ponte ocupa un edificio de piedra en la esquina de la plaza, justo enfrente de la chocolatería. El cartel es de madera pintada, con letras doradas que anuncian "Mariscos frescos desde 1968". Hay mesas en la terraza, sombrillas verdes, y un menú del día escrito con tiza en una pizarra.

Parece un restaurante normal. Acogedor, incluso.

Pero yo sé lo que hay detrás.

Entro.

El interior huele a marisco cocido y a vino blanco. Hay fotos antiguas en las paredes: barcos pesqueros, hombres con redes, el pueblo en los años setenta. Una barra de madera al fondo donde un camarero joven seca vasos con un trapo.

Y junto a la caja registradora, observándome, Braulio Ponte.

Es más bajo de lo que parecía desde la calle. Cara redonda, ojos pequeños, ese tipo de barriga que viene de años de probar tu propia comida. Lleva el mismo delantal blanco de antes.

—Buenas tardes —digo, acercándome a la barra—. Mesa para una, si es posible.

Braulio no responde inmediatamente. Me estudia con esos ojos pequeños, evaluándome.

—Tú eres la nieta de Carmela —dice. No es una pregunta.

—La misma.

—He oído que has vuelto.

—Las noticias vuelan.

—En este pueblo todo vuela. —Hace un gesto hacia el comedor—. Siéntate donde quieras. Hoy tenemos navajas, mejillones, y pulpo. El pulpo está muy bueno.

—Gracias.

Me siento en una mesa junto a la ventana. Desde aquí puedo ver la chocolatería al otro lado de la plaza. La cinta policial sigue ahí, amarilla contra el gris del granito.

El camarero joven viene a tomarme nota. Pido una ración de mejillones y una caña. Necesito tener algo delante para justificar mi presencia.

Mientras espero, observo el restaurante. Hay cuatro o cinco mesas ocupadas, sobre todo jubilados y lo que parecen turistas de paso. Nadie me presta atención excepto Braulio, que sigue detrás de la barra, secando vasos que no necesitan ser secados.

Los mejillones llegan. Están buenos, tengo que admitirlo. Frescos, con un punto de ajo y perejil que no domina el sabor del mar.

A mitad de la ración, Braulio se acerca a mi mesa.

—Qué tal todo —dice.

—Muy bueno. Los mejillones están perfectos.

—Los traen esta mañana. Directos de la batea.

—Se nota.

Silencio. Braulio no se va. Se queda ahí, de pie junto a mi mesa, con las manos en los bolsillos del delantal.

—Menudo lío lo de ayer —dice finalmente.

—Sí. Menudo lío.

—Esa chica, la influencer. He visto fotos suyas en el periódico digital. Guapa, eh.

—Supongo.

—La policía ha estado por aquí esta mañana. Preguntando cosas. —Me mira fijamente—. A mí también me han preguntado.

—Ah, sí. Y qué les has dicho.

—La verdad. Que no sé nada. Que no conozco a esa chica. Que ayer a las cuatro estaba aquí, en mi restaurante, sirviendo mesas como todos los días.

—Qué conveniente.

Algo cambia en los ojos de Braulio. Se vuelven más fríos.

—Qué quieres decir.

—Nada. Solo que es conveniente tener una coartada tan sólida.

—Es lo que hay cuando trabajas de sol a sol.

—Ya.

Braulio se inclina un poco hacia adelante. Su voz baja.

—Sé lo que piensas. Sé lo que piensa tu abuela. Siempre habéis pensado que mi familia os tiene manía.

—No es lo que pienso. Es lo que sé.

—Lo que sabes. —Se ríe, pero no es una risa amable—. Lo que sabes es la versión de tu abuela. La versión de los Campo. La familia que siempre ha mirado por encima del hombro al resto del pueblo.

—Eso no es...

—Mi abuelo trabajó como un mulo para montar este negocio. Puso dinero, sudor, años de su vida. Y tu bisabuela le echó en cuanto pudo. Le pagó cuatro duros y le cerró la puerta en las narices.

—Le compró su parte. A precio de mercado.

—A precio de mierda. Y luego se dedicó a contar por ahí que los Ponte éramos unos interesados. Que solo queríamos el dinero. —Braulio se endereza—. Así que sí, hay historia entre nuestras familias. Pero yo no he tocado a nadie. Yo no necesito atacar a nadie. Tengo mi restaurante, tengo mi vida. No me hace falta tu chocolatería de mierda.

Se da la vuelta y vuelve a la barra.

Me quedo mirando los mejillones. Se me ha quitado el hambre.

Dejo un billete de veinte en la mesa y salgo sin esperar el cambio.

El sol de mediodía me ciega un momento. La plaza está tranquila, solo un par de niños jugando junto a la fuente y las señoras de siempre sentadas en sus sillas de plástico.

Mi móvil vibra. Un mensaje de Vilar.

"Recibidas las capturas. Estoy rastreando la cuenta. Qué sabe de Braulio Ponte?"

Escribo: "Acabo de hablar con él. No es fan de mi familia."

La respuesta llega en segundos: "Ha hablado con él? Le dije que no actuara por su cuenta."

"No he actuado. He comido mejillones."

"Eso es actuar."

"Los mejillones estaban buenos."

No responde. Me lo imagino al otro lado del teléfono, con esa cara de no-tengo-tiempo-para-gilipolleces que parece ser su expresión por defecto.

Guardo el móvil y camino hacia la chocolatería.

La cinta policial sigue ahí, pero no hay ningún agente vigilando. Supongo que ya han terminado de procesar la escena.

Me quedo de pie frente a la puerta, mirando el interior a través del cristal emplomado. Veo sombras, formas. El mostrador. Las vitrinas vacías. El terciopelo granate de la cortina del fondo.

Y entonces veo otra cosa.

Una figura.

Alguien está dentro.

Me acerco más al cristal. Entrecierro los ojos para ver mejor.

Hay alguien en el obrador. Una silueta moviéndose detrás de la cortina.

El corazón se me acelera.

Miro alrededor. La plaza sigue vacía. Nadie está prestando atención.

Podría llamar a Vilar. Debería llamar a Vilar.

Pero para cuando llegue, quien sea que esté ahí dentro ya se habrá ido.

Meto la mano en el bolsillo. Las llaves siguen ahí, las que me dio mi abuela ayer.

Joder. Qué estoy haciendo.

Abro la puerta.

El olor a cerrado me golpea otra vez. Y debajo, todavía, ese rastro metálico que no quiero identificar.

—Hola —digo, y mi voz suena demasiado fuerte en el silencio.

Nadie responde.

Avanzo hacia el obrador. La cortina de terciopelo está medio abierta.

—Sé que hay alguien ahí.

Silencio.

Aparto la cortina.

El obrador está vacío.

No hay nadie. Solo las manchas en el suelo, los estantes desordenados, las ollas de cobre menos una.

Pero entonces lo noto.

Algo ha cambiado.

Los estantes. Ayer estaban desordenados, sí, pero de una manera específica. Ahora están más desordenados. Como si alguien hubiera estado buscando algo.

Y en el suelo, junto a la puerta trasera, hay una huella.

Una huella de barro fresco.

La puerta trasera. Ni siquiera sabía que había una puerta trasera.

Camino hacia ella. Es de madera vieja, pintada de verde, con una cerradura que parece no haberse usado en años. Pero cuando la empujo, se abre.

Da a un callejón estrecho que corre por detrás de los edificios de la plaza. Hay cubos de basura, cajas apiladas, el olor a pescado del restaurante de al lado.

Y en el suelo, más huellas de barro.

Alguien ha estado aquí. Alguien ha entrado por la puerta trasera mientras la policía vigilaba la principal.

Saco el móvil. Llamo a Vilar.

Responde al segundo toque.

—Qué pasa.

—Estoy en la chocolatería.

—Qué. Le dije que...

—Hay una puerta trasera. Alguien ha entrado por ella. Hay huellas de barro frescas.

Silencio.

—No toque nada —dice—. No se mueva. Voy para allá.

Cuelga.

Me quedo de pie en el obrador, mirando las huellas de barro, intentando entender qué está pasando.

Alguien ha vuelto.

Alguien está buscando algo.

Y no soy la única que quiere encontrarlo.

Vilar llega en menos de diez minutos. Esta vez no viene solo: le acompaña una agente joven con coleta y expresión de estar tomándose todo muy en serio.

—Garcés, asegure el perímetro trasero —dice Vilar al entrar.

La agente asiente y desaparece por la puerta trasera.

Vilar se gira hacia mí.

—Le dije que no actuara por su cuenta.

—Y yo le dije que no actué. Vi a alguien dentro desde la plaza.

—Y en lugar de llamarme, entró.

—Le he llamado.

—Después de entrar.

—Inspector, si hubiera llamado primero, quien fuera habría escapado y no tendríamos las huellas.

Vilar me mira con esa expresión suya de café sin azúcar. Pero no responde. Sabe que tengo razón.

Se agacha junto a las huellas de barro. Saca el móvil y hace fotos.

—Número 42 —dice—. Bota de trabajo, probablemente de goma. Las mismas que usan los pescadores.

—O los cocineros. En los restaurantes de marisco.

Vilar me mira.

—Braulio Ponte.

—Acabo de comer en su restaurante. Me ha dicho que no sabe nada. Pero...

—Pero.

—Pero me ha dejado muy claro que odia a mi familia. Y que no quiere que la chocolatería vuelva a abrir.

Vilar se incorpora. Se frota la cara con las manos, gesto de cansancio.

—Señora Campo...

—Lola.

—Lola. Voy a necesitar que deje de investigar.

—No estoy investigando.

—Ha ido al restaurante de un posible sospechoso para interrogarle.

—He ido a comer mejillones.

—Y de paso a interrogarle.

—Los mejillones estaban muy buenos.

Vilar casi sonríe. Esta vez lo veo claramente. Es una sonrisa pequeña, de medio lado, que le cambia toda la cara.

—Es usted imposible —dice.

—Me lo han dicho antes.

—No me sorprende.

Nos miramos durante un momento. Hay algo en el aire, algo que no sé nombrar. Tensión, supongo. O algo parecido.

La agente Garcés vuelve por la puerta trasera.

—Inspector, he encontrado algo.

Vilar rompe el contacto visual y se gira hacia ella.

—Qué.

—En el callejón. Junto a los cubos de basura. —Garcés sostiene una bolsa de plástico transparente con algo dentro—. Un guante de látex. Usado.

Me acerco a mirar. Efectivamente, es un guante de esos que usan los cocineros. O los cirujanos. O cualquiera que no quiera dejar huellas.

—Puede que tenga ADN —dice Garcés.

—Envíelo al laboratorio. Prioridad alta.

La agente asiente y sale.

Vilar se queda mirando el obrador con expresión pensativa.

—Quien haya sido, ha vuelto a buscar algo —digo—. Algo que no encontró ayer.

—La libreta de recetas.

—O algo más. Algo que no sabemos que existe.

—Y cómo sabe que no lo encontró.

—Porque si lo hubiera encontrado, no habría vuelto.

Vilar asiente despacio.

—Tiene lógica.

—A veces la tengo.

Otra casi-sonrisa. Me estoy acostumbrando a ellas.

—Voy a poner vigilancia en la chocolatería —dice—. Un agente de paisano. Si alguien vuelve a intentar entrar, lo pillaremos.

—Bien.

—Y usted va a dejar de meterse en la investigación.

—Inspector...

—No es una petición. —Me mira fijamente—. Entiendo que esto le afecta personalmente. Entiendo que quiere respuestas. Pero si sigue interfiriendo, voy a tener que detenerla por obstrucción a la justicia.

—No puede detenerme por comer mejillones.

—Puedo detenerla por entrar en una escena del crimen.

Mierda. Tiene razón.

—Vale —digo—. Mensaje recibido.

—De verdad.

—De verdad. Me quedo al margen.

Vilar me estudia durante un momento, como si estuviera decidiendo si creerme.

—Hay otra cosa —dice finalmente—. Valentina Ferrer ha recobrado el conocimiento.

El corazón me da un vuelco.

—Qué. Cuándo.

—Esta mañana. Los médicos dicen que está estable pero débil. Puede recibir visitas a partir de mañana.

—Quiero verla.

—Lo imaginaba.

—Puede que sepa quién la atacó.

—O puede que no recuerde nada. Los traumatismos craneales suelen causar amnesia del momento del impacto.

—Pero puede que recuerde algo de antes. Por qué vino aquí. Con quién habló.

Vilar asiente.

—Por eso voy a ir a verla mañana. —Hace una pausa—. Si quiere, puede venir conmigo.

Me quedo callada un momento.

—Está invitándome a participar en su investigación.

—Estoy invitándola a acompañarme a visitar a una persona que ambos conocemos. Es diferente.

—Suena a lo mismo.

—Las palabras importan, Lola.

Es la primera vez que usa mi nombre sin que se lo pida. Suena diferente en su voz. Más suave.

—Vale —digo—. Mañana. A qué hora.

—La recojo a las diez.

—Estaré lista.

Vilar asiente. Se dirige hacia la puerta.

—Inspector.

Se gira.

—Gracias. Por dejarme ir con usted.

—No me las dé todavía. Si resulta que Ferrer la acusa a usted del ataque, tendré que detenerla.

—Qué optimista.

—Soy realista. Hay diferencia.

Sale.

Me quedo sola en el obrador.

Miro las huellas de barro. Los estantes desordenados. El hueco donde estaba la libreta de mi bisabuela.

Alguien está buscando algo.

Alguien que conoce la chocolatería. Alguien que sabe que hay algo aquí que vale la pena encontrar.

Y yo voy a averiguar qué es.

Aunque tenga que hacerlo desde el margen.

Salgo de la chocolatería y cierro con llave.

Mañana. Valentina. Respuestas.
O más preguntas.
Con esta historia, probablemente más preguntas.

Capítulo 8

La víctima

El hospital de Pontevedra huele a desinfectante y a comida de cafetería. Ese olor universal de todos los hospitales del mundo, da igual si estás en Galicia o en Japón. Un olor que te recuerda que la vida es frágil y que al final todos acabamos en un sitio así, queramos o no.

Vilar conduce en silencio. Llevamos veinte minutos de carretera y apenas hemos cruzado tres frases. Él parece concentrado en la conducción. Yo estoy concentrada en no pensar demasiado en lo que voy a encontrarme.

—Está nerviosa —dice de pronto.

No es una pregunta.

—Un poco.

—Por qué.

—Porque la última vez que vi a Valentina fue hace seis meses, en una fiesta de la agencia, y le dije que era una trepa sin escrúpulos.

Vilar me mira de reojo.

—Literalmente eso.

—Literalmente eso. Bueno, con más tacos. Había bebido.

—Y ahora va a verla en una cama de hospital.

—Sí.

—Con el cráneo fracturado.

—Gracias por recordármelo.

Vilar casi sonríe. Empiezo a reconocer esa casi-sonrisa. Es su forma de decir que algo le hace gracia sin admitirlo abiertamente.

—No tiene que disculparse por nada —dice—. Está aquí como testigo, no como amiga.

—Ya. Pero aun así.

—Aun así qué.

No sé cómo explicarlo. La verdad es que odio a Valentina. La he odiado durante años. Me robó una idea, un ascenso, la confianza en mi propio talento. Pero verla en un hospital, sabiendo que alguien la golpeó en la cabeza en mi chocolatería...

Es complicado.

Todo es muy complicado.

—Nada —digo—. Olvídelo.

Vilar no insiste. Eso me gusta de él. No presiona cuando nota que no quieres hablar.

Llegamos al hospital a las diez y media. Aparcamos en el parking subterráneo, que huele a gasolina y a humedad, y subimos en un ascensor que ha visto tiempos mejores.

La habitación de Valentina está en la tercera planta. Vilar habla con la enfermera de guardia mientras yo me quedo en el pasillo, mirando las puertas cerradas y los carteles de "Silencio por favor".

—Puede recibir visitas —dice Vilar al volver—. Pero no más de quince minutos. Y si se cansa, nos vamos.

—Entendido.

—Una cosa más.

—Diga.

—Deje que hable yo primero. Haga preguntas solo si yo le doy permiso.

—Inspector, sé comportarme en un interrogatorio.

—Esto no es un interrogatorio. Es una visita. Hay diferencia.

—Las palabras importan, ya lo sé.

Entramos.

La habitación es pequeña, con paredes de ese verde pálido que solo existe en los hospitales. Hay una ventana que da a un patio interior, una silla de plástico, y una cama con sábanas blancas.

Y en la cama, Valentina.

No la habría reconocido.

La Valentina que yo conocía era perfecta. Siempre perfecta. Pelo brillante, maquillaje impecable, ropa que parecía sacada de una revista. La Valentina que tengo delante tiene la cabeza vendada, la cara pálida, y ojeras que ningún filtro de Instagram podría disimular.

Parece humana.

Es lo primero que pienso. Parece humana por primera vez desde que la conozco.

—Hola, Valentina —dice Vilar, acercándose a la cama—. Soy el inspector Martín Vilar. Ya hablamos ayer por teléfono.

Valentina asiente despacio. Sus ojos se mueven hacia mí.

—Lola.

Su voz suena ronca. Débil.

—Hola, Valentina.

—Joder. —Intenta sonreír pero le sale una mueca—. De todas las personas que podían aparecer en mi habitación de hospital.

—Ya ves.

—El karma es una puta.

—Eso dicen.

Vilar nos mira a las dos con expresión de estar tomando notas mentales.

—Señora Ferrer, si se siente con fuerzas, me gustaría hacerle algunas preguntas sobre lo que pasó.

—Llámeme Valentina. Señora Ferrer suena a mi madre.

—Valentina. Puede contarnos qué recuerda del día del ataque.

Valentina cierra los ojos un momento. Cuando los abre, mira hacia la ventana, evitando el contacto visual.

—Llegué al pueblo sobre las dos. Había visto la foto de Lola en Instagram y... —Hace una pausa—. Quería ver qué estaba haciendo.

—Por qué.

—Porque sí. Porque me dio curiosidad.

Mentira. Lo noto en su tono. Vilar también lo nota, pero no dice nada.

—Y luego qué pasó —pregunta.

—Fui a la chocolatería. La puerta estaba abierta.

—Abierta —repito antes de poder contenerme.

Vilar me lanza una mirada de advertencia.

—Sí, abierta —dice Valentina—. Bueno, no abierta del todo. Entornada. Como si alguien hubiera entrado y no la hubiera cerrado bien.

—Y usted entró.

—Entré. Es que... —Valentina se muerde el labio—. Quería ver el sitio. Había algo en la foto de Lola, no sé. Parecía auténtico. Diferente a todo lo que hace la gente en redes.

Me quedo callada. No esperaba eso.

—Qué pasó cuando entró —pregunta Vilar.

—Al principio nada. Estaba todo muy oscuro, muy sucio. Olía a cerrado. Fui hacia el fondo, donde está el obrador. Y entonces...

—Entonces.

Valentina cierra los ojos otra vez.

—No me acuerdo.

—Nada.

—Nada. Solo sé que estaba mirando unas estanterías y de pronto... negro. Como si alguien hubiera apagado la luz.

—No vio a nadie.

—No.

—No oyó nada.

—No. Bueno... —Frunce el ceño—. Quizás. Un ruido. Como de... no sé, algo metálico. Pero no estoy segura de si fue antes o si me lo estoy inventando.

Vilar anota algo en su libreta.

—Valentina —digo, y Vilar no me detiene—. Por qué viniste de verdad.

Ella me mira. Sus ojos, sin maquillaje, parecen más pequeños. Más vulnerables.

—Ya te lo he dicho. Curiosidad.

—Mentira.

—Lola.

—Hiciste ocho horas de coche desde Madrid para ver una chocolatería abandonada en un pueblo de mierda. No me creo que fuera solo por curiosidad.

Silencio.

Vilar nos observa sin intervenir.

—Vale —dice Valentina finalmente—. No fue solo curiosidad.

—Entonces qué.

—Quería hablar contigo.

—Conmigo.

—Sí. —Aparta la mirada—. Sobre lo que pasó. En la agencia.

El corazón me da un vuelco.

—Qué pasa con lo que pasó en la agencia.

—Es que... —Valentina se remueve en la cama. Parece incómoda. Más que incómoda—. Me he enterado de algo. Algo sobre la campaña. La de Cannes.

—Qué te has enterado.

—Que no fui yo quien filtró tu idea.

Me quedo helada.

—Perdona, qué.

—Yo pensaba que sí. Durante años pensé que había sido yo la que... pero no. Hace dos semanas me enteré de que alguien más estuvo en esa reunión. Alguien que no debería haber estado.

—Quién.

—Fernando.

El nombre me golpea como un puñetazo.

—Fernando Mendizábal. El director creativo.

—Sí. Estaba escuchando desde su despacho. La puerta estaba entreabierta. Él oyó tu presentación y luego vino a hablar conmigo. Me dio la idea como si fuera suya. Me dijo que la desarrollara, que la presentara yo, que él me apoyaría.

Noto que Vilar me está mirando. Noto que mis manos están temblando.

—Estás diciendo que Fernando me robó la idea y te la dio a ti.

—Estoy diciendo que los dos me usó. A mí para presentarla. A ti para generarla. Él se quedó con el mérito de haberla apadrinado. Ganamos el León y él subió dos puestos en la empresa.

Me siento en la silla de plástico. Necesito sentarme.

—Joder —digo.

—Lo sé.

—Joder, Valentina.

—Lo sé.

—Llevo cinco años odiándote por algo que no hiciste.

—Bueno, algo hice. No pregunté de dónde venía la idea. No cuestioné nada. Me dejé llevar porque me convenía. —Hace una pausa—. Pero no te la robé. Al menos no conscientemente.

Miro a Vilar. Él me devuelve la mirada con expresión neutra.

—Cómo te enteraste de esto —pregunta.

—Una ex compañera. Trabajaba en el despacho de al lado del de Fernando. Me lo contó en una cena hace dos semanas. Llevaba años guardándose el secreto porque tenía miedo de que Fernando la despidiera.

—Y decidiste venir a contármelo en persona —digo.

—Sí.

—Por qué no llamar. Por qué no mandar un mensaje.

—Porque quería verte la cara. Porque... —Valentina suspira—. Porque me sentía como una mierda, vale. Llevo años siendo la villana de tu historia y resulta que yo también fui víctima. Quería disculparme en persona.

—Pues menuda forma de hacerlo.

—Ya. No salió como esperaba.

Nos quedamos en silencio un momento. Es un silencio raro. Denso. Lleno de cosas que ninguna de las dos sabe cómo decir.

Vilar carraspea.

—Valentina, una última pregunta. Tenía previsto encontrarse con alguien más en el pueblo.

—No.

—Nadie sabía que venía.

—Nadie. Bueno, lo publiqué en Instagram desde el coche. Pero no di detalles.

—Y no recibió ningún mensaje extraño antes de venir. Ninguna amenaza.

Valentina duda.

—Hubo algo.

—Qué.

—Un DM. En Instagram. Hace unos días.

Vilar saca el móvil.

—De qué cuenta.

—No me acuerdo del nombre. Era raro, con números. El mensaje decía algo como "Sé lo que hiciste. Pronto todos lo sabrán".

—Tiene captura.

—No. Lo borré. Pensé que era un troll.

Vilar y yo intercambiamos una mirada.

—Valentina —digo—. La cuenta que te mandó ese mensaje. Podría ser la misma que comentó en mi foto. Una cuenta sin perfil, con números en el nombre.

—Es posible. No me fijé mucho.

—Pero el mensaje hablaba de algo que hiciste. Sé lo que hiciste.

—Sí.

—Qué hiciste.

Valentina me mira fijamente.

—No lo sé, Lola. He hecho muchas cosas. Algunas de las que no estoy orgullosa. Pero no sé a cuál se refería.

La enfermera entra en la habitación.

—Disculpen, pero la paciente necesita descansar.

Vilar asiente.

—Ya nos íbamos. —Se gira hacia Valentina—. Si recuerda algo más, llámeme. Cualquier cosa, por pequeña que parezca.

—Lo haré.

Me levanto de la silla. Camino hacia la puerta. Pero antes de salir, me giro.

—Valentina.

—Qué.

—Gracias. Por contarme lo de Fernando.

Ella asiente despacio.

—Lo siento, Lola. De verdad.

—Ya.

Salgo de la habitación.

En el pasillo, Vilar camina a mi lado sin decir nada. Llegamos al ascensor. Bajamos en silencio.

No es hasta que estamos en el coche, con las puertas cerradas y el parking vacío a nuestro alrededor, cuando hablo.

—La cuenta falsa. La que comentó en mi foto. La que le mandó el DM a Valentina.

—Sí.

—Sabía que Valentina venía. Sabía que yo había publicado la ubicación. Sabía...

—Sabía muchas cosas —completa Vilar—. Demasiadas para ser casualidad.

—Alguien nos estaba vigilando a las dos.

—Eso parece.

—Pero por qué. Qué gana atacando a Valentina en mi chocolatería.

Vilar arranca el motor. No responde inmediatamente.

—Hay varias posibilidades —dice mientras sale del parking—. Una: el objetivo era Valentina. Alguien quería hacerle daño y aprovechó la oportunidad cuando vio que venía.

—Vale.

—Dos: el objetivo era usted. Alguien quería incriminarla. Atacar a una persona con la que tiene un conflicto conocido, en su propiedad, usando información que usted publicó.

—Joder.

—Tres: el objetivo era la chocolatería. O algo que hay en ella. Y Valentina simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Pienso en la libreta desaparecida. En las huellas de barro. En quien volvió a buscar algo que no encontró.

—Las recetas —digo—. La libreta de mi bisabuela.

—Es una posibilidad.

—Pero quién querría unas recetas de chocolate de hace setenta años.

—Alguien que sepa lo que valen.

—Solo valen algo para mi familia.

—Está segura.

No lo estoy. La verdad es que no tengo ni idea de lo que hay en esa libreta más allá de las pocas páginas que leí. Recetas, sí. Pero qué más.

—Necesito hablar con mi abuela —digo.

—Buena idea.

—Y usted necesita encontrar esa cuenta falsa.

—Estamos en ello. Pero rastrear cuentas anónimas lleva tiempo. Si usaron VPN o crearon la cuenta desde un cibercafé, puede ser imposible.

—Hay cibercafés todavía.

—En los pueblos, sí.

—Vila do Cacau no tiene cibercafé.

—Pontevedra sí. Y Vigo. Y cualquier biblioteca pública con wifi.

Mierda.

Vilar conduce en silencio durante unos minutos. El paisaje gallego pasa por la ventanilla, verde y húmedo, indiferente a todo lo que está pasando.

—Lola.

—Qué.

—Lo que ha dicho Ferrer sobre la campaña. Sobre Fernando.

—Qué pasa.

—La afecta.

—Pues claro que me afecta. Llevo cinco años pensando que Valentina me traicionó y resulta que el traidor fue mi jefe. El tío al que le dije que se fuera a la mierda hace tres días.

—El mismo al que le dijo que se fuera a la mierda.

—Sí.

—Sin saber que él era el verdadero responsable.

—Sin saberlo.

Vilar asiente despacio.

—A veces el karma funciona aunque no lo sepas.

Lo miro. Está concentrado en la carretera, pero hay algo en su expresión. Algo que podría ser comprensión. O solidaridad.

—Inspector.

—Martín.

—Qué.

—Me llamo Martín. Si voy a llamarla Lola, puede llamarme Martín.

Es la primera vez que me ofrece su nombre. Suena diferente cuando lo dice él. Más cercano.

—Vale, Martín. Puedo hacerte una pregunta.

—Depende.

—Por qué te has metido en este caso. Eres de la Nacional, no de la local. Un ataque en un pueblo pequeño no debería ser tu jurisdicción.

Vilar no responde inmediatamente. Sus manos aprietan el volante un poco más fuerte.

—Es complicado.

—Todo es complicado últimamente.

—Mi madre era de por aquí. De Cambados. Pasé los veranos de mi infancia en esta zona.

—Tu madre era.

—Murió hace dos años.

—Lo siento.

—Gracias. —Hace una pausa—. Cuando vi que había un caso en Vila do Cacau, pedí que me lo asignaran. Quería... no sé. Volver. Ver cómo estaba todo.

—Y te encontraste con un intento de asesinato.

—Me encontré con muchas cosas.

Algo en su tono me hace pensar que no está hablando solo del caso.

Llegamos a Vila do Cacau a la una del mediodía. El sol está alto y la plaza está llena de gente: turistas de paso, vecinos haciendo la compra, los jubilados de siempre en la terraza del bar.

Vilar aparca frente a la casa de mi abuela.

—Mañana seguimos —dice—. Voy a presionar con lo de la cuenta falsa. Y a investigar más sobre los Ponte.

—Vale.

—Y Lola.

—Qué.

—Tenga cuidado. Si alguien la está vigilando, no les dé más información de la necesaria.

—Significa que no publique más fotos en Instagram.

—Significa que piense antes de publicar.

—Eso es lo mismo que me decía mi ex.

—Su ex suena listo.

—Era imbécil. Pero en eso tenía razón.

Vilar casi sonríe otra vez.

—Hasta mañana, Lola.

—Hasta mañana, Martín.

Salgo del coche.

Antes de que pueda llegar a la puerta de mi abuela, mi móvil vibra.

Un mensaje de un número desconocido.

Lo abro.

"Deberías haber dejado las cosas como estaban. Ahora es demasiado tarde."

Se me hiela la sangre.

Miro alrededor. La plaza sigue igual. Nadie parece estar mirándome. Pero la sensación de estar siendo observada me recorre la espalda como un escalofrío.

Guardo el móvil.

Entro en casa.

Mi abuela está en la cocina, haciendo la comida. Huele a guiso de carne y a laurel.

—Ya estás aquí —dice—. Qué tal ha ido.

—Abuela, tenemos que hablar.

—Sobre qué.

—Sobre la libreta de la bisabuela. Necesito saber qué había en ella. Todo lo que había.

Carmela deja el cucharón en la olla. Se gira hacia mí.

—Por qué.

—Porque alguien la ha robado. Alguien que sabía lo que contenía. Y creo que esa libreta es la razón de todo lo que está pasando.

Mi abuela me mira durante un momento largo.

—Siéntate —dice—. Esto va a llevar un rato.

Me siento.
Y Carmela empieza a hablar.

Capítulo 9

El secreto de Concepción

Mi abuela apaga el fuego del guiso. Se sienta frente a mí en la mesa de la cocina, con ese gesto de quien va a contar algo que lleva mucho tiempo guardándose.

—Tu bisabuela era muchas cosas —empieza—. Trabajadora. Testaruda. Visionaria, a su manera. Pero también era... complicada.

—Complicada cómo.

—Concepción no solo hacía chocolate, Lola. También lo investigaba. Pasaba horas en el obrador experimentando con ingredientes, con técnicas, con combinaciones que nadie había probado antes.

—Vale. Era perfeccionista.

—Era más que eso. —Carmela hace una pausa—. En los años cincuenta, cuando abrió la chocolatería, el chocolate en España era... básico. Tabletas industriales, bombones simples. Nada especial. Pero Concepción había viajado. Antes de la guerra, sus padres la mandaron a estudiar a Bruselas. Pasó dos años en Bélgica aprendiendo de los mejores maestros chocolateros.

No sabía eso. Nunca me lo habían contado.

—Cuando volvió, trajo consigo técnicas que aquí nadie conocía. Temperado a mano con termómetro de precisión. Ganaches con infusiones de hierbas gallegas. Combinaciones de cacao con productos locales: sal de las Rías, miel de eucalipto, licor de orujo.

—Las recetas de la libreta.

—Algunas. Pero no solo eso.

Carmela se levanta. Camina hacia la alacena y saca una caja de madera que estaba escondida detrás de los botes de legumbres. Es pequeña, del tamaño de un libro, con un candado oxidado.

—Esto es de tu bisabuela —dice, poniéndola en la mesa—. Me lo dio antes de morir. Me hizo prometer que lo guardaría hasta que alguien

de la familia estuviera preparado para entenderlo.

—Y crees que ese alguien soy yo.

—Creo que ya no tengo opción.

Abre el candado con una llave diminuta que llevaba colgada al cuello. Dentro de la caja hay papeles amarillentos, fotografías antiguas, y un sobre lacrado con las iniciales CC.

—Concepción Campo —digo.

—Sí.

Mi abuela saca el sobre y me lo entrega.

—Léelo.

Rompo el lacre con cuidado. Dentro hay una carta escrita a mano, con la misma letra inclinada que vi en la libreta de recetas.

Leo en voz alta:

"A quien tenga el valor de seguir mi camino:

El chocolate no es solo dulce. Es medicina. Es historia. Es poder.

En esta libreta he guardado más que recetas. He guardado fórmulas que curan, que calman, que despiertan. Conocimientos que aprendí en Bruselas de maestros que los heredaron de sus abuelos, que los heredaron de los primeros europeos que probaron el cacao.

Hay quienes matarían por este conocimiento. Hay quienes han matado.

Si estás leyendo esto, es porque la libreta está en peligro. Protégela. O destrúyela. Pero nunca dejes que caiga en manos equivocadas.

Concepción Campo, 1987."

Me quedo mirando la carta.

—Abuela, esto es...

—Ya lo sé.

—Estás diciendo que la libreta contiene... qué, recetas medicinales. Drogas.

—No drogas. —Carmela niega con la cabeza—. Remedios. Técnicas antiguas para usar el cacao como tratamiento. Para la ansiedad,

para el dolor, para problemas del corazón. Cosas que la medicina moderna ha olvidado o ignorado.

—Pero eso suena a pseudociencia.

—Suena. Pero Concepción no era charlatana. Tenía formación. Documentaba todo. Si decía que algo funcionaba, es porque lo había probado.

Me recuesto en la silla. Intento procesar lo que estoy oyendo.

—Entonces la libreta no solo tiene recetas de bombones.

—Tiene dos partes. La primera mitad son las recetas normales. Las que usábamos en la chocolatería. La segunda mitad... —Carmela suspira—. La segunda mitad nunca la usé. Concepción me dijo que no estaba preparada. Que cuando llegara el momento, lo sabría.

—Y ese momento nunca llegó.

—No. Cerré la chocolatería antes de tener que enfrentarme a ello.

Miro la caja. Los papeles amarillentos. Las fotografías de una mujer que murió antes de que yo naciera pero cuya sombra parece estar sobre todo lo que está pasando.

—Abuela, si la libreta tiene ese valor, si hay gente dispuesta a... a hacer lo que le han hecho a Valentina por conseguirla... entonces quien la haya robado sabe lo que contiene.

—Eso parece.

—Pero quién. Quién más sabía lo de las fórmulas.

Carmela aparta la mirada.

—Abuela.

—Los Ponte —dice finalmente—. Evaristo Ponte lo sabía. Era socio cuando Concepción aún vivía. Vio la libreta. Intentó convencerla de que comercializaran esa parte del negocio.

—Déjame adivinar. Ella se negó.

—Se negó. Dijo que esos conocimientos no eran para venderlos. Que eran un legado familiar, no un producto.

—Y Evaristo se cabreó.

—Evaristo se cabreó mucho. Fue una de las razones por las que Concepción decidió comprarle su parte. No confiaba en él.

Me levanto de la silla. Necesito moverme. Camino hasta la ventana y miro hacia la calle. Todo parece normal ahí fuera. Señoras con bolsas, niños jugando, el sol de mediodía sobre las piedras de granito.

Pero nada es normal.

—Braulio —digo—. Si su abuelo sabía lo de las fórmulas, puede que él también lo sepa.

—Es posible.

—Puede que haya esperado todo este tiempo a que la chocolatería cerrara para poder buscar la libreta sin que nadie sospechara.

—También es posible.

—Joder, abuela. Por qué no me contaste esto antes.

—Porque esperaba que nunca fuera necesario. Porque quería protegerte.

Me giro hacia ella.

—Protegerme de qué.

—De esto. De saber que nuestra familia guarda un secreto que hay gente dispuesta a matar por conseguir.

La palabra "matar" queda flotando en el aire entre nosotras.

Valentina no está muerta. Pero podría haberlo estado.

Mi móvil vibra en el bolsillo. Lo saco.

Es Martín.

"La cuenta falsa ha sido borrada. Pero antes de eso, rastreamos la IP. Fue creada desde la biblioteca municipal de Pontevedra. Voy a revisar las cámaras de seguridad."

Escribo: "Tengo información nueva. Sobre la libreta. Es importante."

La respuesta llega en segundos: "Qué tipo de información."

"Demasiado largo para mensaje. Puedes venir."

"En una hora."

Guardo el móvil.

—El inspector viene —le digo a mi abuela.

—Ya me lo imaginaba.

—Vas a tener que contarle todo esto.

Carmela asiente despacio.

—Lo sé. Ya me estoy haciendo a la idea.

Mientras esperamos a Martín, ordeno los papeles de la caja. Hay fotografías de Concepción en diferentes épocas: joven en Bruselas, de mediana edad en la chocolatería, anciana en esta misma cocina. Hay cartas en francés que no entiendo. Hay recortes de periódico sobre la inauguración del negocio en 1952.

Y hay algo más.

Una fotografía pequeña, escondida en el fondo de la caja. Está doblada por la mitad, como si alguien hubiera querido ocultar parte de la imagen.

La desdoblo.

Son cuatro personas delante de lo que parece ser un edificio antiguo. Un castillo o una mansión. Reconozco a Concepción, joven, con el pelo oscuro recogido en un moño. A su lado hay un hombre alto con bigote, otro hombre más bajo con gafas, y una mujer rubia con expresión seria.

Detrás de la foto, hay una inscripción: "Bruselas, 1935. El último día."

—Abuela.

Carmela se acerca.

—Quiénes son estas personas.

Mi abuela coge la foto. La mira durante un momento largo.

—No lo sé con certeza. Concepción nunca hablaba de su tiempo en Bélgica. Pero creo que eran sus maestros. Los chocolateros con los que estudió.

—El último día. Qué significa eso.

—Que fue antes de la guerra. Muchos de esos maestros eran judíos. Cuando los nazis invadieron...

No hace falta que termine la frase.

Miro la foto otra vez. Cuatro personas sonriendo a la cámara, sin saber lo que estaba por venir. Sin saber que aquellos conocimientos que compartían tendrían que ser guardados en secreto durante décadas.

—Las fórmulas —digo—. No son solo de Concepción.

—No. Son de todos ellos. Un legado colectivo que mi madre prometió proteger.

Joder.

Esto es mucho más grande de lo que pensaba.

Alguien llama a la puerta. Miro el reloj: ha pasado exactamente una hora.

Martín es puntual. Eso ya lo sabía.

Mi abuela abre. Martín entra con esa expresión suya de concentración permanente, pero algo en sus ojos cambia cuando ve la caja abierta sobre la mesa.

—Qué es todo esto.

—Siéntese, inspector —dice Carmela—. Tengo que contarle una historia.

Martín se sienta. Mi abuela también. Yo me quedo de pie, apoyada contra la encimera, observando.

Carmela empieza a hablar. Le cuenta lo de Bruselas, lo de los maestros chocolateros, lo de las fórmulas medicinales. Le cuenta lo de Evaristo Ponte y su obsesión por comercializar los secretos. Le cuenta lo de la carta de Concepción y su advertencia.

Martín escucha sin interrumpir. Toma notas en su libreta. Su expresión no cambia, pero puedo ver que está procesando cada palabra.

Cuando Carmela termina, hay un silencio largo.

—Déjeme ver si lo he entendido —dice Martín—. La libreta robada contiene fórmulas antiguas de valor potencialmente medicinal. Fórmulas que vienen de maestros chocolateros belgas de antes de la Segunda Guerra Mundial. Y Evaristo Ponte, el abuelo de Braulio, sabía de su existencia y quería explotarlas comercialmente.

—Correcto —dice Carmela.

—Y usted cree que Braulio Ponte puede haber heredado ese conocimiento. Y ese deseo.

—Es una posibilidad.

Martín se queda pensativo.

—Hay algo que no encaja —dice.

—El qué.

—Si Braulio sabía de las fórmulas, por qué esperar hasta ahora. La chocolatería cerró hace dos años. Ha tenido tiempo de sobra para entrar y buscar.

—Quizás no sabía dónde estaba la libreta —sugiero—. Quizás necesitaba que alguien la encontrara primero.

Martín me mira.

—Alguien como usted.

—Yo encontré la libreta el primer día que entré en el obrador. Y publiqué una foto desde dentro.

—Geoetiquetada.

—Geoetiquetada.

Martín asiente despacio.

—Entonces alguien estaba vigilando. Esperando a que alguien de la familia volviera y encontrara la libreta. Y cuando lo hizo, actuó.

—Pero Valentina se cruzó en medio —digo.

—O fue usada como distracción. Atacarla en la chocolatería aseguraba que la policía se centraría en ella, en su conexión con usted, mientras el verdadero objetivo era otro.

—La libreta.

—La libreta.

Nos miramos. Hay algo en su expresión que no había visto antes. Respeto, quizás. O la satisfacción de que las piezas empiecen a encajar.

—Voy a pedir una orden para registrar el restaurante de Braulio Ponte —dice Martín—. Y su domicilio.

—Puede hacer eso.

—Puedo si tengo indicios suficientes. Y creo que ahora los tengo.

Se levanta. Guarda la libreta en el bolsillo.

—Señora Campo, voy a necesitar que me entregue esa caja y todo su contenido. Es evidencia.

Mi abuela duda.

—Son recuerdos de mi madre.

—Lo entiendo. Pero pueden ser la clave para resolver este caso. Le prometo que se los devolveré cuando termine la investigación.

Carmela me mira. Yo asiento.

—Está bien —dice—. Lléveselo.

Martín coge la caja con cuidado. Antes de irse, se gira hacia mí.

—Lola.

—Qué.

—El mensaje que recibió antes. El de número desconocido.

—Cómo sabes que he recibido un mensaje.

—Porque la conozco. Y porque tiene cara de haber recibido malas noticias.

Joder. Este tío es demasiado observador.

Le enseño el móvil. Lee el mensaje en silencio.

—Deberías haber dejado las cosas como estaban. Ahora es demasiado tarde —lee en voz alta—. Sabe de quién es.

—Número oculto. Igual que la cuenta de Instagram.

—Probablemente la misma persona.

—Probablemente.

Martín me devuelve el móvil. Nuestros dedos se rozan un segundo.

—Tenga cuidado —dice—. Hablo en serio.

—Siempre lo haces.

—Porque siempre es necesario.

Se va.

Me quedo con mi abuela en la cocina. El guiso se ha enfriado. Ninguna de las dos tiene hambre.

—Bueno —dice Carmela—. Ya está. Ya lo sabe todo.

—No todo. Todavía no sabemos quién atacó a Valentina. Ni quién me está mandando mensajes.

—Pero estamos más cerca.

—Sí. Supongo que sí.

Mi móvil vibra otra vez. Por un momento pienso que es otro mensaje amenazante. Pero no.

Es Instagram.

Una notificación de mi cuenta.

Alguien me ha etiquetado en una publicación.

Abro la app.

Es una foto de la chocolatería. Tomada desde fuera, a través del cristal. Se ve el interior oscuro, las vitrinas vacías, la cinta policial.

La ha publicado una cuenta nueva. Sin seguidores. Sin foto de perfil.

El pie de foto dice: "Los secretos no se quedan enterrados para siempre. Pregúntale a tu bisabuela. Ah, espera. No puedes."

Se me hiela la sangre.

Quien quiera que sea, sabe de Concepción. Sabe de los secretos.

Y está jugando conmigo.

Le hago captura a la publicación y se la envío a Martín.

Escribo: "Mira esto."

La respuesta llega en segundos: "No se mueva. Voy para allá."

No pienso moverme.

Pero tampoco pienso quedarme de brazos cruzados.

Alguien está amenazándome. Alguien que conoce la historia de mi familia mejor de lo que la conocía yo hasta hace una hora.

Y voy a descubrir quién es.

Aunque sea lo último que haga.

Capítulo 10

Mentiras a la gallega

Martín tarda exactamente doce minutos en volver. Los sé porque me los he pasado mirando el reloj de la cocina como si fuera a darme alguna respuesta.

Mi abuela está sentada en su sillón, con las manos cruzadas sobre el regazo y esa expresión de calma que pone cuando por dentro está hecha un manojo de nervios. La conozco desde hace treinta y cuatro años. Sé distinguir.

—Deja de mirar el reloj —dice.

—No estoy mirando el reloj.

—Llevas diez minutos haciéndolo.

—Doce.

Carmela suspira.

Cuando llaman a la puerta, casi me caigo de la silla al levantarme.

Martín entra con el móvil en la mano y cara de no haber dormido en días. Detrás de él viene la agente Garcés, la de la coleta y la expresión seria.

—La publicación ha sido borrada —dice Martín sin preámbulos—. Pero he conseguido que el equipo técnico la archive antes. Están rastreando la cuenta.

—Déjame adivinar. Biblioteca de Pontevedra otra vez.

—No. Esta vez es diferente. —Me mira—. La IP corresponde a una conexión wifi de Vila do Cacau.

El estómago me da un vuelco.

—Quieres decir que quien ha publicado eso está aquí. En el pueblo.

—Eso parece.

Mi abuela y yo intercambiamos una mirada.

—Los Ponte —dice ella.

—Estamos en ello. —Martín guarda el móvil—. Tengo la orden de registro. Vamos a revisar el restaurante y el domicilio de Braulio Ponte en los próximos treinta minutos.

—Quiero ir —digo.

—No.

—Martín...

—Lola, no. Esto es un operativo policial. No puede haber civiles presentes.

—Es que no soy una civil cualquiera. Es mi familia la que está en peligro. Mi chocolatería donde atacaron a Valentina. Mis fotos las que están usando para...

—Precisamente por eso. —Martín da un paso hacia mí. Su voz baja un tono—. Si está usted presente y encontramos algo, cualquier abogado podría argumentar contaminación de pruebas. Podría echar abajo todo el caso.

Mierda. Tiene razón.

—Quédese aquí —dice—. Con su abuela. No abra la puerta a nadie que no sea yo o la agente Garcés. Y por el amor de Dios, no publique nada en Instagram.

—Ya he aprendido la lección.

—Eso espero.

Se gira hacia Carmela.

—Señora Campo, cualquier cosa que recuerde sobre las fórmulas, sobre los Ponte, sobre cualquier detalle que pueda ser relevante, escríbalo. Todo. Por pequeño que parezca.

Mi abuela asiente.

Martín se va. Garcés le sigue. La puerta se cierra.

Y yo me quedo ahí, en medio del salón, con la sensación de ser completamente inútil.

—Bueno —dice Carmela—. Ya le has oído. A esperar.

—Odio esperar.

—Ya lo sé. Pero a veces es lo único que se puede hacer.

Me siento en el sofá. Me levanto. Camino hasta la ventana. Vuelvo al sofá.

—Lola, me estás poniendo nerviosa.

—Ya estoy nerviosa.

—Pues no me la pegues.

Mi abuela se levanta con ayuda del bastón y camina hacia la cocina.

—Voy a hacer café. Tú siéntate y respira.

No quiero sentarme. No quiero respirar. Quiero salir ahí fuera y ver qué coño está pasando.

Pero en lugar de eso, saco el móvil y hago lo que no debería hacer: abro Instagram.

Mi perfil sigue ahí. Los dos posts que publiqué: la foto del obrador y el texto sobre mi crisis. Entre los dos suman casi diez mil likes. Diez mil personas que no conozco, mirando mi vida desde sus pantallas.

Me da un escalofrío.

Cierro Instagram y abro WhatsApp. Tengo cuarenta y tres mensajes sin leer del grupo de la agencia. Los ignoro. Tengo seis llamadas perdidas de Patricia. Las ignoro también.

Hay un mensaje de mi madre.

"He visto las noticias. Qué está pasando ahí. Llámame."

Las noticias. Joder. No había pensado en eso.

Abro Google y busco "Vila do Cacau agresión".

El primer resultado es de un periódico digital de Pontevedra. El titular dice: "Una influencer madrileña, agredida en una chocolatería abandonada de Vila do Cacau".

Leo el artículo por encima. Mencionan a Valentina. Mencionan la chocolatería. Mencionan que la policía está investigando.

No me mencionan a mí.

Todavía.

El segundo resultado es peor. Es de un medio más grande, de esos que cubren toda España. El titular: "Valentina Ferrer, la influencer de dos millones de seguidores, hospitalizada tras un ataque en Galicia".

Abro el artículo. Hay una foto de Valentina en una alfombra roja, sonriendo, perfecta. Y debajo, un texto que habla de su carrera, de sus colaboraciones con marcas, de su "estilo de vida aspiracional".

Y al final, un párrafo que me hiela la sangre:

"Fuentes cercanas a la investigación apuntan a que Ferrer había viajado a Vila do Cacau para visitar a una antigua compañera de trabajo, con la que mantenía una relación conflictiva."

Una antigua compañera de trabajo.

Con la que mantenía una relación conflictiva.

Yo.

Están hablando de mí.

—Abuela —digo—. Creo que tenemos un problema.

Carmela vuelve de la cocina con dos tazas de café.

—Qué pasa ahora.

Le enseño el móvil. Lee el artículo. Su expresión no cambia, pero veo cómo aprieta los labios.

—Relación conflictiva —repite.

—Van a pensar que fui yo.

—No van a pensar nada. La policía sabe que estabas aquí cuando pasó.

—La policía sí. Pero internet no. Y ya sabes cómo funciona internet.

Mi abuela me devuelve el móvil.

—Lola, escúchame. Lo que piense la gente de internet me da exactamente igual. Lo que importa es la verdad. Y la verdad es que tú no has hecho nada.

—Pero...

—Pero nada. —Se sienta a mi lado—. Cuando el escándalo de 2005, también hubo artículos. También hubo rumores. La gente del pueblo me miraba como si fuera una asesina. Y sabes qué hice.

—Seguir adelante.

—Seguir adelante. Abrir la chocolatería cada mañana. Sonreír a los clientes aunque me doliera. Demostrar con hechos que no tenía

nada que esconder.

—Abuela, esto es diferente. Internet es...

—Internet es un bar muy grande donde todo el mundo opina sin saber. Nada más. La gente que importa, la que te conoce de verdad, sabe quién eres.

Me quedo callada.

Quiero creerla. De verdad que quiero.

Pero también sé cómo funciona el mundo ahora. Una acusación en Twitter puede destruir una vida. Un hashtag puede convertirte en villano de la noche a la mañana.

Y yo ya tengo bastante con lo que está pasando como para añadir un juicio público a la mezcla.

Mi móvil vibra. Es Martín.

"Estamos en el restaurante. Puede venir. Hay algo que tiene que ver."

El corazón me da un salto.

—Tengo que irme —le digo a mi abuela.

—Qué ha pasado.

—No lo sé. Pero Martín quiere que vea algo.

Carmela me mira con esa expresión suya de preocupación contenida.

—Ten cuidado.

—Siempre.

—Eso es mentira y las dos lo sabemos.

Salgo corriendo.

La Marisquería Ponte está acordonada cuando llego. Hay dos coches de policía aparcados delante, un par de agentes de uniforme controlando el perímetro, y un grupo de vecinos curiosos a una distancia prudencial.

Reconozco a Maruja entre ellos. Por supuesto. Si hay drama en el pueblo, Maruja está en primera fila.

—Lola —me llama cuando paso por su lado—. Qué está pasando. Es verdad que Braulio ha...

—No puedo hablar ahora, Maruja.

—Pero es que dicen que han encontrado...

—Luego.

Cruzo el cordón policial. Un agente intenta detenerme pero Martín aparece en la puerta del restaurante y hace un gesto de que me deje pasar.

—Qué habéis encontrado —pregunto nada más entrar.

El restaurante está patas arriba. Las mesas apartadas, las sillas volcadas, el suelo lleno de papeles y objetos que han sacado de los armarios.

—Acompáñeme —dice Martín.

Me lleva hacia la parte de atrás, a lo que parece ser una oficina pequeña. Hay un escritorio de madera, un ordenador antiguo, y estantes llenos de carpetas.

Y en el escritorio, dentro de una bolsa de plástico para pruebas, algo que reconozco inmediatamente.

La libreta de mi bisabuela.

—La habéis encontrado.

—Estaba escondida en un doble fondo del escritorio. —Martín señala el mueble, que ahora tiene un lateral abierto revelando un compartimento secreto—. Braulio lo niega todo. Dice que alguien la puso ahí sin su conocimiento.

—Qué conveniente.

—Muy conveniente.

Miro la libreta a través del plástico. El cuero marrón, las esquinas gastadas. Las recetas de mi bisabuela. Los secretos que alguien estaba dispuesto a robar y a agredir por conseguir.

—Hay algo más —dice Martín.

—Qué.

—Esto.

Me enseña otra bolsa de plástico. Dentro hay un móvil. Viejo, de los que solo sirven para llamar y mandar mensajes.

—Un teléfono de prepago —explica—. Estaba en el mismo compartimento. Lo estamos analizando, pero de momento hemos encontrado un número al que se han enviado varios mensajes en los últimos días.

—El que me mandó las amenazas.

—No. Ese número es diferente. Este teléfono se ha comunicado con otro número de prepago. Conversaciones cortas, siempre iniciadas desde aquí.

—Braulio hablaba con alguien.

—Eso parece. Alguien que le estaba dando instrucciones. O información.

Joder.

Braulio no actuaba solo.

—Dónde está ahora —pregunto.

—En el coche patrulla. Le estamos llevando a comisaría para interrogarle formalmente.

—Puedo verle.

Martín me mira.

—Por qué.

—Porque quiero mirarle a la cara. Quiero ver si es capaz de sostenerme la mirada sabiendo lo que ha hecho.

Martín duda un momento. Luego asiente.

—Dos minutos. Y no diga nada que pueda comprometer la investigación.

Salimos del restaurante. El coche patrulla está aparcado a unos metros, con las luces apagadas pero el motor encendido. A través del cristal veo a Braulio en el asiento trasero, esposado, con la cabeza gacha.

Me acerco.

Él levanta la vista.

Nuestras miradas se cruzan.

Y entonces hace algo que no esperaba.

Sonríe.

Es una sonrisa pequeña, casi imperceptible. Pero está ahí. Una sonrisa que dice "no tienes ni idea de lo que está pasando".

Me quedo helada.

—Lola.

Martín me toca el brazo.

—Qué.

—Vámonos. Aquí ya no hay nada más que ver.

Me alejo del coche. Pero la sonrisa de Braulio se queda grabada en mi cabeza.

No es la sonrisa de alguien que ha sido pillado.

Es la sonrisa de alguien que tiene un plan.

Estamos a mitad de camino hacia la casa de mi abuela cuando algo me viene a la cabeza.

—Martín.

—Qué.

—Las llaves. Las que tenía Rosi. Habéis averiguado algo.

Martín frena el coche. Estamos en una calle lateral, junto al parque infantil que lleva vacío desde que los niños del pueblo se van a jugar a otros sitios.

—Rosi Mariño —dice despacio—. Hay algo que debe saber.

—Qué.

—Cuando la interrogamos ayer, nos dijo que las llaves habían desaparecido de su casa. Que no sabía cómo.

—Sí, ya me lo contaste.

—Lo que no le conté es que encontramos sus huellas en la puerta trasera de la chocolatería.

El aire se me queda atrapado en la garganta.

—Qué.

—Huellas recientes. De los últimos días.

—Pero... Rosi es amiga de mi abuela. Lleva cuarenta años siendo su amiga.

—Lo sé.

—No puede haber sido ella la que...

—Lola, no estoy diciendo que atacara a Valentina. Pero sí estoy diciendo que estuvo en la chocolatería recientemente. Y que no nos lo contó.

Pienso en Rosi. En su sonrisa enorme. En sus abrazos que huelen a levadura. En las veces que me ha traído bolsas de pan recién hecho desde que llegué.

No puede ser.

—Tengo que hablar con ella —digo.

—No es buena idea.

—Martín, Rosi es como de mi familia. Si sabe algo, me lo contará a mí antes que a la policía.

—Precisamente por eso no debería...

—Dos minutos. Sin presiones. Solo una conversación entre amigas.

Martín me mira. Puedo ver la lucha en sus ojos. El policía contra el hombre que empieza a confiar en mí.

—Voy con usted —dice finalmente.

—No. Si apareces tú, se cerrará en banda. Déjame a mí.

—Lola...

—Por favor.

Silencio. Largo. Tenso.

—Diez minutos —dice—. La espero aquí. Si no sale en diez minutos, entro.

—Trato hecho.

Bajo del coche y camino hacia la panadería.

Rosi está detrás del mostrador cuando entro. Hay dos clientas mirando las barras de pan. Espero a que se vayan.

Cuando estamos solas, Rosi me mira con una sonrisa que no le llega a los ojos.

—Lola, cariño. Qué sorpresa.

—Tenemos que hablar, Rosi.

—Claro. De qué.

—De la chocolatería. De la puerta trasera. De tus huellas.

La sonrisa desaparece.

Rosi mira hacia la calle, como si estuviera comprobando que no hay nadie escuchando. Luego baja la persiana del escaparate y gira el cartel de "Abierto" a "Cerrado".

—Siéntate —dice, señalando una silla junto al mostrador.

Me siento.

Rosi se sienta frente a mí. De pronto parece más vieja. Más cansada.

—No fui yo quien atacó a esa chica —dice—. Tienes que creerme.

—Entonces explícame qué hacías en la chocolatería.

Rosi cierra los ojos un momento.

—Fui a buscar algo. Algo que tu abuela me pidió que guardara hace años.

—Qué.

—Un documento. Estaba escondido en el obrador, detrás de uno de los armarios. Tu abuela quería que lo recuperara antes de que tú encontraras... otras cosas.

—La libreta.

Rosi asiente.

—Carmela no quería que la vieras. No todavía. Pensaba que era demasiado pronto, que necesitabas tiempo para adaptarte antes de enterarte de los secretos de la familia.

—Pero llegué antes de que pudieras cogerla.

—Sí. Y luego todo se complicó.

Me recuesto en la silla. Intento procesar lo que estoy oyendo.

—Rosi, por qué no le contaste esto a la policía.

—Porque me daba miedo. Porque sabía que mis huellas estaban ahí y que parecería sospechoso. Porque... —Se le quiebra la voz—. Porque soy una cobarde, Lola. Llevo toda la vida siendo la mejor amiga de tu abuela, guardando sus secretos, protegiéndola de todo. Y cuando más me necesitaba, me acobardé.

—La puerta trasera. Estaba abierta cuando llegó Valentina. Fuiste tú quien la dejó así.

Rosi asiente despacio.

—No la cerré bien. Tenía prisa. Y luego, cuando me enteré de lo que había pasado...

No termina la frase.

No hace falta.

—Joder, Rosi.

—Lo sé.

—Tienes que contarle esto a la policía.

—Lo sé.

—Ahora mismo.

—Lo sé, lo sé, lo sé. —Las lágrimas empiezan a caer por sus mejillas —. Pero me da tanto miedo, Lola. Nunca he tenido problemas con la ley. Nunca he...

—Rosi. —Le cojo las manos—. No has hecho nada malo. Has sido descuidada, sí. Pero no has atacado a nadie. Si cuentas la verdad ahora, todo saldrá bien.

—Tú crees.

—Lo creo.

No estoy segura de creerlo. Pero es lo que necesita oír.

Rosi se seca las lágrimas con el dorso de la mano.

—Tu abuela va a matarme.

—Mi abuela te quiere. Y yo también.

—Soy una vieja tonta.

—Eres una vieja tonta que intenta proteger a su amiga. Hay cosas peores.

Rosi casi sonríe.

—Vamos —digo—. El inspector está fuera. Se lo cuentas todo y nos quitamos esto de encima.

—Vale. Vale.

Se levanta. Se alisa el delantal. Respira hondo.

—Lola.

—Qué.

—Gracias. Por no odiarme.

—Rosi, te conozco de toda la vida. No podría odiarte aunque quisiera.

Salimos de la panadería.

Martín nos espera junto al coche, con los brazos cruzados y expresión de saber exactamente lo que ha pasado.

—Señora Mariño —dice—. Creo que tenemos que hablar.

Rosi asiente.

—Sí, inspector. Creo que sí.

Me alejo mientras Martín empieza a tomarle declaración. No necesito oírlo. Ya sé lo que va a decir.

Camino hacia la casa de mi abuela con la cabeza llena de preguntas.

Rosi dejó la puerta abierta.

Braulio tenía la libreta y un teléfono de prepago.

Alguien le estaba dando instrucciones.

Y Valentina está en el hospital porque estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Las piezas empiezan a encajar.

Pero todavía falta algo.

Todavía falta el porqué.

Quién quiere tanto esas fórmulas. Y qué piensa hacer con ellas.

Llego a la puerta de mi abuela.

Antes de entrar, mi móvil vibra.

Otro mensaje de número desconocido.

"Braulio solo es el principio. El verdadero juego está por empezar."

Miro la pantalla.

Miro la calle vacía.

Miro las ventanas de las casas vecinas, preguntándome detrás de cuál está la persona que me está escribiendo.

El verdadero juego está por empezar.

Joder.

Entro en casa y cierro la puerta con llave.

Capítulo 11

El hombre de Bruselas

Mi abuela está sentada en el sillón cuando entro. Tiene la mirada perdida en algún punto de la pared y las manos quietas sobre el regazo. Carmela nunca tiene las manos quietas. Siempre está haciendo algo: tejiendo, pelando verduras, pasando las cuentas de un rosario que heredó de su madre.

Verla así me asusta más que todos los mensajes anónimos juntos.

—Abuela.

No responde.

—Abuela, qué pasa.

Levanta la vista. Sus ojos están rojos.

—He hablado con Rosi.

Mierda. Claro. El pueblo es pequeño. Las noticias vuelan.

—Ya lo sé. He estado con ella. Va a declarar ante la policía.

—Me ha llamado llorando. Dice que es culpa suya. Que si hubiera cerrado bien la puerta, esa chica no estaría en el hospital.

Me siento a su lado en el sofá.

—No es culpa de Rosi. Es culpa del que golpeó a Valentina.

—Ya. Pero ella se siente responsable. Y yo también.

—Tú por qué.

Carmela suspira.

—Porque fui yo quien le pidió que fuera a buscar el documento. Porque quería protegerte de los secretos de la familia y mira cómo ha acabado todo.

—Abuela, no podías saber que...

—Claro que no podía saber. Pero debería haber imaginado. Los Ponte llevan setenta años esperando una oportunidad así. Y yo se la di en bandeja.

Me quedo callada. No sé qué decir. Porque tiene razón, en parte. Y porque consolarla con mentiras no va a servir de nada.

—La libreta está a salvo —digo finalmente—. La policía la ha encontrado en el restaurante de Braulio.

—Eso me ha dicho Martín.

—Martín te ha llamado.

—Ha venido. Hace un rato. Mientras estabas con Rosi.

—Y qué te ha dicho.

—Que Braulio no actuaba solo. Que hay alguien más.

—Sí. Eso ya lo sabía.

—También me ha dicho otra cosa. —Carmela me mira fijamente—. Me ha preguntado por un nombre. Un nombre que no había oído en más de cuarenta años.

El corazón me da un vuelco.

—Qué nombre.

—Henrik Janssen.

No me suena de nada.

—Quién es.

—Era. Murió hace décadas. —Carmela se levanta del sillón con ayuda del bastón. Camina hacia la ventana—. Henrik Janssen era uno de los maestros de mi madre en Bruselas. El que aparece en la foto, el hombre alto con bigote.

La foto de la caja. Los cuatro delante del edificio antiguo. El último día.

—Qué tiene que ver con todo esto.

—No lo sé. Pero Martín dice que han encontrado ese nombre en el teléfono de Braulio. En los mensajes.

—Un hombre que murió hace décadas aparece en los mensajes de Braulio.

—No él. Su apellido. Los mensajes mencionan "el legado Janssen".

Me levanto.

—Abuela, qué es el legado Janssen.

Carmela no responde inmediatamente. Sigue mirando por la ventana, hacia la calle donde la vida del pueblo continúa como si nada estuviera pasando.

—Mi madre nunca hablaba de Bruselas —dice finalmente—. Era un tema prohibido. Pero una vez, cuando yo tenía quince o dieciséis años, le pregunté por qué guardaba la libreta como si fuera un tesoro.

—Y qué te dijo.

—Me dijo que las recetas no eran suyas. Que las había heredado de sus maestros. Y que uno de ellos, Henrik Janssen, le había hecho prometer algo antes de que ella volviera a España.

—Qué.

—Que si alguna vez alguien venía buscando el legado, ella debía protegerlo. Costara lo que costara.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Alguien ha venido buscándolo.

—Eso parece.

—Pero quién. Braulio no puede saber nada de maestros chocolateros belgas de los años treinta.

—Braulio no. Pero quien le está dando instrucciones, quizás sí.

Nos quedamos en silencio.

Mi móvil vibra. Es Martín.

"Puedes venir a comisaría. Hay novedades."

Le enseño el mensaje a mi abuela.

—Ve —dice—. Yo estoy bien.

—No quiero dejarte sola.

—Lola, tengo ochenta y tres años. He sobrevivido a una guerra civil, a una dictadura y a cuarenta años de matrimonio con tu abuelo. Creo que puedo sobrevivir unas horas sola.

—Abuela...

—Que vayas, pesada.

Cojo la chaqueta y salgo.

La comisaría de Pontevedra está a veinte minutos en coche. Podría coger el de mi abuela, que lleva dos años aparcado en el garaje acumulando polvo, pero no me fío de que arranque. Así que llamo a un taxi.

El taxista es un señor de unos sesenta años que huele a tabaco y a ambientador de pino. Me pregunta si soy turista. Le digo que no. Me pregunta de dónde soy. Le digo que de aquí. Me pregunta qué hago yendo a comisaría a estas horas.

—Es largo de explicar.

—Tenemos veinte minutos.

—Prefiero no hablar.

El taxista se encoge de hombros y pone la radio. Fútbol. Algo sobre el Celta y un fichaje que no ha salido bien.

Miro por la ventana. El paisaje gallego pasa a toda velocidad: verde, húmedo, lleno de curvas. Intento ordenar mis pensamientos.

Henrik Janssen. El legado Janssen. Maestros chocolateros belgas. La Segunda Guerra Mundial.

Hay algo aquí que no estoy viendo. Algo que conecta el pasado con el presente, los años treinta con ahora mismo.

El taxi me deja en la puerta de comisaría. Pago en efectivo. Entro.

Martín me está esperando en el vestíbulo. Lleva la misma ropa de esta mañana pero con más arrugas. Parece que no haya dormido en días.

—Gracias por venir —dice.

—Gracias por llamarme.

—Acompáñeme.

Me lleva por un pasillo hasta una sala pequeña con una mesa, dos sillas y un espejo que claramente es de esos que son ventana desde el otro lado. He visto suficientes series policíacas para reconocerlo.

—Esto es una sala de interrogatorios.

—Es la única que tengo libre.

—Me estás interrogando.

—Le estoy informando. Hay diferencia.

Me siento en una de las sillas. Martín se sienta enfrente.

—Hemos analizado el teléfono de prepago —dice—. Los mensajes son crípticos, pero hemos podido reconstruir parte de la conversación.

—Y qué dicen.

Martín saca una carpeta y la abre sobre la mesa. Dentro hay impresiones de los mensajes.

—El primer mensaje es de hace tres semanas. Dice: "La nieta ha vuelto. Es el momento."

El estómago se me contrae.

—La nieta. Soy yo.

—Eso creemos.

—Pero yo llegué hace cuatro días. Este mensaje es de antes.

—Lo que significa que alguien sabía que ibas a volver. Antes de que tú misma lo supieras.

Joder.

—Cómo es posible.

—No lo sabemos. Pero hay más. —Martín señala otro mensaje—. Este es de hace dos semanas: "Prepara el acceso. Cuando publique la ubicación, actúa."

—Cuando publique la ubicación. Mi foto de Instagram.

—Alguien esperaba que publicaras algo geoetiquetado. Contaban con ello.

Me recuesto en la silla. Intento respirar.

—Me han estado vigilando.

—Eso parece.

—Desde antes de que llegara.

—Sí.

—Pero por qué. Cómo sabían que iba a volver.

Martín no responde. Pasa a otro mensaje.

—Este es el que menciona el legado Janssen. Dice: "El legado Janssen está en la libreta. La segunda mitad. No falles."

—La segunda mitad. Las fórmulas medicinales.

—Sí. Pero hay algo más. Mire esto.

Me enseña el último mensaje. Es de hace dos días, justo después del ataque a Valentina.

"La intrusa lo ha complicado todo. Consigue la libreta antes de que la policía la encuentre. El cliente se impacienta."

—El cliente —repito.

—Alguien está pagando por esto. Alguien fuera del pueblo.

—Fuera del pueblo. Fuera de España.

—Es posible.

Me quedo mirando los mensajes. Las palabras bailan delante de mis ojos.

La nieta ha vuelto. El legado Janssen. El cliente se impacienta.

Esto es mucho más grande de lo que pensaba.

—Martín, qué sabes del legado Janssen.

—Poco. He estado investigando. Henrik Janssen era un maestro chocolatero belga, descendiente de una familia con tradición en el oficio desde el siglo XVIII. Murió en 1943, en un campo de concentración.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Era judío.

—Sí. Y antes de ser deportado, se dice que entregó todos sus conocimientos a sus alumnos más cercanos. Recetas, técnicas, fórmulas que había desarrollado durante décadas.

—Mi bisabuela.

—Tu bisabuela fue una de ellos.

Miro la carpeta. Los mensajes. Las palabras de un hombre que murió hace ochenta años resonando en el presente.

—Hay gente que busca esas fórmulas —digo—. Gente dispuesta a pagar por ellas.

—Eso parece.

—Pero quién. Quién puede saber que existen. Han pasado décadas.

—Hay mercados para todo, Lola. Coleccionistas. Empresas. Gente con dinero que busca cosas únicas.

—Recetas de chocolate no son exactamente arte robado.

—No. Pero fórmulas medicinales antiguas que nadie más tiene... eso sí puede valer una fortuna.

Me levanto de la silla. Necesito moverme.

—Entonces alguien, este "cliente", ha contratado a Braulio para robar la libreta.

—Braulio era el hombre sobre el terreno. El que tenía acceso, conocimiento del pueblo, motivos propios para odiar a tu familia.

—Pero hay un intermediario. Alguien que le daba instrucciones.

—Sí. Y ese es el que estamos buscando.

—Cómo.

Martín se levanta también.

—El número del otro teléfono de prepago. Estamos intentando rastrearlo, pero es difícil. Quien sea que esté detrás de esto, sabe lo que hace.

—Genial. Un criminal competente. Justo lo que necesitaba.

Martín casi sonríe.

—Hay algo más que quería decirte.

—Qué.

—Valentina Ferrer ha dado una nueva declaración. Dice que antes de perder el conocimiento, oyó algo.

—Qué oyó.

—Una voz. Hablando por teléfono. No entendió las palabras, pero dice que el acento era raro.

—Raro cómo.

—No español. Puede que extranjero.

—Entonces el que atacó a Valentina no era Braulio.

—Braulio tiene coartada. Estaba en el restaurante a esa hora, con testigos.

—Joder.

—Sí.

Nos miramos. La sala de interrogatorios de pronto parece muy pequeña. O quizás es que estamos demasiado cerca.

—Martín.

—Qué.

—Por qué me cuentas todo esto. Soy civil. No debería tener acceso a la investigación.

Martín desvía la mirada un momento. Cuando vuelve a mirarme, hay algo diferente en sus ojos.

—Porque te están vigilando. Porque eres un objetivo. Y porque creo que tienes derecho a saber a qué te enfrentas.

—Eso no es protocolo policial.

—No.

—Entonces por qué.

Silencio. Largo. Denso.

—Porque me importa lo que te pase —dice finalmente—. Y eso tampoco es protocolo.

El aire entre nosotros se vuelve eléctrico. No sé qué decir. No sé qué hacer.

Alguien llama a la puerta.

—Inspector —dice una voz desde fuera—. Tenemos algo.

Martín abre. Es la agente Garcés.

—Qué pasa.

—El número de prepago. Lo hemos localizado. Está activo ahora mismo.

—Dónde.

Garcés mira hacia mí, como dudando si debería hablar delante de una civil.

—Diga —ordena Martín.

—Vila do Cacau. El teléfono está en Vila do Cacau.

Se me hiela la sangre.

—Mi abuela está sola.

—Vamos —dice Martín.

Salimos corriendo.

El coche de Martín nunca me había parecido tan lento. Veinte minutos de carretera se convierten en una eternidad mientras él conduce y yo marco el teléfono de mi abuela una y otra vez.

No contesta.

—Puede que esté dormida —dice Martín.

—Mi abuela no duerme siestas.

—Puede que esté en el baño.

—Martín.

—Lo sé. Lo sé.

Marco otra vez. Buzón de voz.

Joder, joder, joder.

—Puedes ir más rápido.

—Estoy a ciento cuarenta.

—Pues ve a ciento sesenta.

Martín no responde, pero el coche acelera.

Llegamos a Vila do Cacau en quince minutos. Aparca en doble fila frente a la casa de mi abuela. Salgo antes de que el motor se apague.

La puerta está cerrada. Bien.

Llamo al timbre.

Nada.

Golpeo la puerta.

—Abuela. Abuela, soy yo.

Silencio.

Martín llega a mi lado.

—Apártate.

—Qué vas a hacer.

No responde. Retrocede un paso y da una patada a la puerta.

La madera cede. La puerta se abre.

Entramos.

El salón está vacío. La cocina está vacía. El olor a guiso de esta mañana sigue en el aire, pero no hay nadie.

—Abuela.

Subo las escaleras corriendo. Martín me sigue.

Su habitación. Vacía.

Mi habitación. Vacía.

El baño. Vacío.

—No está —digo—. Martín, no está.

—Tranquila. Puede haber salido.

—No sale. Casi nunca sale. Y no me coge el teléfono.

Bajo las escaleras de dos en dos. Voy hacia la cocina.

Y entonces lo veo.

En la mesa, un papel. Un papel que no estaba ahí esta mañana.

Lo cojo.

Está escrito a mano. Letra desconocida.

"La vieja a cambio de la libreta. Tienes 24 horas. No llames a la policía o la próxima vez que la veas será en un ataúd."

El papel se me cae de las manos.

Martín lo recoge. Lo lee.

—Joder —dice.

Es la primera vez que le oigo decir un taco.

Y eso, más que nada, me hace entender que estamos jodidos de verdad.

Capítulo 12

Veinticuatro horas

Me tiemblan las manos.

No es una forma de hablar. Me tiemblan de verdad, como si tuviera frío, aunque hace calor y estoy sudando. Las miro y no las reconozco. Parecen las manos de otra persona.

—Lola.

La voz de Martín suena lejana. Como si estuviera al otro lado de un túnel.

—Lola, mírame.

Levanto la vista. Sus ojos están fijos en los míos. Café sin azúcar, como siempre, pero ahora con algo más. Preocupación. O miedo. Con él cuesta distinguirlos.

—Vamos a encontrarla —dice.

—Cómo.

—Todavía no lo sé. Pero vamos a encontrarla.

Quiero creerle. Joder, necesito creerle. Pero la nota sigue ahí, en su mano, con esas palabras que no consigo sacarme de la cabeza.

La vieja a cambio de la libreta.

Como si mi abuela fuera un objeto. Como si ochenta y tres años de vida, de historias, de recetas transmitidas de generación en generación, pudieran intercambiarse por un cuaderno de cuero marrón.

—La libreta está en comisaría —digo—. Es prueba judicial.

—Lo sé.

—No pueden entregarla así como así.

—Lo sé.

—Entonces qué hacemos. Qué coño hacemos, Martín.

Mi voz suena histérica. No me gusta. No me reconozco.

Martín me coge por los hombros. Sus manos son firmes, cálidas.

—Escúchame. Vamos a sentarnos. Vamos a pensar. Y vamos a encontrar una solución.

—En veinticuatro horas.

—Sí.

—Es imposible.

—No lo es.

Me guía hasta el sofá. Me siento. Él se sienta a mi lado, más cerca de lo que estaría si esto fuera un interrogatorio normal. Pero esto no es normal. Nada de esto es normal.

—El teléfono de prepago —dice—. Seguía activo cuando salimos de comisaría. Si sigue encendido, podemos triangular la posición.

—Y si lo han apagado.

—Entonces buscamos otras opciones.

Saca su móvil y hace una llamada. Habla rápido, con ese tono de mando que usan los policías cuando las cosas van en serio. Menciona coordenadas, equipos técnicos, unidades de apoyo.

Yo me quedo mirando la nota.

La letra es angular, sin florituras. De alguien que escribe poco o que intenta disimular su caligrafía. El papel es normal, de esos que venden en cualquier papelería.

Nada especial.

Nada que dé pistas.

—El teléfono se apagó hace diez minutos —dice Martín, guardando el móvil—. La última señal fue cerca del puerto.

—El puerto.

—Hay almacenes abandonados. Barcos de pesca. Sitios donde esconder a alguien.

Me levanto.

—Vamos.

—No.

—Cómo que no. Mi abuela está ahí.

—Lola, no puedes venir a un operativo policial.

—Me importa una mierda el protocolo.

—No es protocolo. Es sentido común. Si apareces tú, pueden usar a tu abuela como escudo. Pueden matarla delante de ti para mandarnos un mensaje.

Las palabras me golpean como una bofetada.

Matarla.

No había pensado en eso. No había dejado que mi cerebro llegara tan lejos.

—Quédate aquí —dice Martín—. Voy a coordinar la búsqueda. Te llamaré en cuanto sepa algo.

—No puedo quedarme aquí sin hacer nada.

—Sí puedes. Y vas a hacerlo.

—Martín...

—Lola. —Se acerca. Su voz baja—. Entiendo cómo te sientes. De verdad. Pero si quieres ayudar a tu abuela, lo mejor que puedes hacer es dejarme trabajar.

Lo miro. Tiene razón. Lo sé. Pero eso no hace que sea más fácil.

—Prométeme que la vas a encontrar.

—No puedo prometerte eso.

—Prométemelo de todas formas.

Silencio. Sus ojos en los míos.

—Te prometo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano.

No es lo que quería oír. Pero es lo único que puede darme.

—Vale —digo—. Ve.

Se va.

Y yo me quedo sola en el salón de la casa de mi abuela, rodeada de fotos de familia y recuerdos de una vida que ahora mismo pende de un hilo.

Pasan dos horas.

Dos horas en las que camino de un lado a otro, miro el móvil cada treinta segundos, y me como las uñas hasta dejarlas en carne viva.

Martín no llama.

Intento llamarle yo. Buzón de voz.

Intento llamar a la agente Garcés. Buzón de voz.

Intento llamar a comisaría. Una voz automática me dice que espere. Espero quince minutos. Nadie contesta.

Joder.

Me siento en el sofá. Me levanto. Vuelvo a sentarme.

Mi móvil vibra.

Lo cojo tan rápido que casi se me cae.

No es Martín. Es un número desconocido.

Descuelgo.

—Hola, Lola.

La voz es masculina. Con acento extraño, como dijo Valentina. No español. Quizás del este de Europa. O de más al norte.

—Quién eres.

—Eso no importa. Lo que importa es que tengo a tu abuela y que tú tienes algo que yo quiero.

—La libreta está en la policía. No puedo acceder a ella.

—Eso es problema tuyo. No mío.

—Es que no entiendes que...

—No. Eres tú la que no entiende. —Su voz se endurece—. Llevo meses preparando esto. Años, si contamos desde el principio. No voy a irme con las manos vacías porque a una niñata le dé un ataque de pánico.

—Mi abuela tiene ochenta y tres años. Necesita medicación. Si le pasa algo...

—No le pasará nada si haces lo que te digo.

—Y qué quieres que haga exactamente. Que asalte una comisaría.

—Quiero que uses esa cabeza que tienes. —Una pausa—. He investigado sobre ti, Lola Campo. Sé que trabajabas en publicidad. Sé que eras buena vendiendo cosas que no existen. Convence a tu inspector de que te dé la libreta. Dile que vas a hacer un intercambio. Mañana a mediodía, en el faro de Punta Cabalo.

—Y si no lo consigo.

—Entonces tu abuela morirá sabiendo que la última de su estirpe fue demasiado cobarde para salvarla.

Se me revuelve el estómago.

—Cómo sé que está viva.

—Espera.

Silencio. Ruidos de fondo. Pasos.

Y entonces, la voz de mi abuela.

—Lola.

—Abuela. Abuela, estás bien.

—Estoy bien, cariño. No te preocupes por mí. Haz lo que tengas que hacer.

—Abuela, voy a sacarte de ahí. Te lo prometo.

—Lo sé. Siempre has sido testaruda. Como tu bisabuela.

La comunicación se corta.

Me quedo con el móvil en la mano, temblando.

Está viva.

Está viva y me ha dicho que no me preocupe, lo que significa exactamente lo contrario. Porque conozco a mi abuela. Porque sé cómo funciona su cabeza.

Mañana a mediodía.

El faro de Punta Cabalo.

Tengo que conseguir la libreta.

Pero cómo.

Marco el número de Martín otra vez. Esta vez, contesta al segundo tono.

—Lola, estoy en medio de...

—Me han llamado.

Silencio.

—Qué.

—El que tiene a mi abuela. Me ha llamado. Quiere la libreta mañana a mediodía. En el faro de Punta Cabalo.

—Joder.

—He hablado con ella. Está viva.

—Bien. Eso es bueno. —Oigo ruido de fondo, voces—. Espera, voy a un sitio más tranquilo.

Pasos. Una puerta que se cierra.

—Vale. Cuéntamelo todo.

Le cuento. La voz, el acento, las instrucciones. La frase sobre que había investigado sobre mí. La amenaza final.

Martín escucha sin interrumpir.

—El faro de Punta Cabalo —dice cuando termino—. Está a las afueras del pueblo. Zona aislada. Pocos testigos.

—Lo ha elegido a propósito.

—Obviamente. —Pausa—. Lola, no puedo darte la libreta.

—Lo sé.

—Es prueba judicial. Si la entrego a un criminal, mi carrera está acabada.

—Lo sé, Martín.

—Pero...

—Pero qué.

—Pero podemos hacer una copia.

Tardo un momento en procesar lo que está diciendo.

—Una copia.

—Fotografiar todas las páginas. Imprimirlas. Encuadernarlas en algo que parezca la original.

—Y si se da cuenta.

—No se dará cuenta si lo hacemos bien. Al menos no inmediatamente. Y eso nos daría tiempo.

—Tiempo para qué.

—Para pillarle.

Me quedo callada.

Es arriesgado. Es muy arriesgado. Si el secuestrador descubre el engaño antes de soltar a mi abuela...

Pero es lo único que tenemos.

—Vale —digo—. Hagámoslo.

—Voy a volver a comisaría. Tú quédate ahí. En una hora te recojo y vamos juntos.

—Por qué no puedo ir ya.

—Porque necesito preparar algunas cosas. Y porque quiero que descanses.

—No puedo descansar.

—Inténtalo.

Cuelga.

Me quedo mirando el móvil.

Descansar. Como si fuera posible.

Me levanto del sofá y camino hacia la cocina. El guiso de mi abuela sigue en la olla, frío, olvidado. El olor a laurel y carne me revuelve el estómago.

Abro el frigorífico. Hay una botella de albariño empezada. La cojo y me sirvo un vaso. Luego otro.

El alcohol baja caliente, relajando los nudos de mis hombros.

Miro por la ventana. El sol está bajando. Pronto será de noche.

En algún lugar de este pueblo, mi abuela está encerrada. Esperando. Confiando en que voy a salvarla.

Y yo estoy aquí, bebiendo vino, sin saber si voy a ser capaz.

Joder.

Dejo el vaso en la encimera. Salgo de la cocina.

Subo las escaleras hasta la habitación de mi abuela. Necesito... no sé qué necesito. Pero necesito algo.

La habitación huele a ella. A lavanda, a crema de manos, a esas pastillas de jabón antiguo que compra en la farmacia. La cama está hecha, con la colcha de ganchillo perfectamente estirada. En la mesilla hay una foto de mi abuelo, una novela a medio leer, y un rosario.

Me siento en la cama.

En el armario, detrás de la ropa, hay una caja de zapatos. Lo sé porque la he visto otras veces, cuando era niña y fisgoneaba donde no debía.

La saco.

Dentro hay cartas. Docenas de cartas atadas con una cinta. Cartas de mi abuelo, de cuando era joven y estaba haciendo el servicio militar. Cartas de mi madre, de cuando se fue a Barcelona y todavía escribía. Cartas de gente que no conozco.

Y al fondo, un sobre sin abrir.

Está dirigido a Carmela Campo. El remite dice: Henrik Janssen, Bruselas.

El corazón me da un vuelco.

Una carta de Henrik Janssen. El maestro chocolatero. El hombre que murió en un campo de concentración.

Mi abuela nunca la abrió.

Miro el sobre. El papel está amarillento, frágil. El sello es de 1938, según el matasellos.

Debería esperar. Debería enseñársela a Martín. Debería seguir el protocolo.

Pero mi abuela está secuestrada. Y esta carta puede tener respuestas.

Abro el sobre con cuidado.

Dentro hay una hoja, escrita a mano en francés. Mi francés es básico, pero suficiente para entender lo esencial.

"Querida Concepción:

Si estás leyendo esto, es que los tiempos oscuros han llegado y yo ya no estoy. No quería escribirte así, pero debo advertirte.

Hay gente que busca nuestro trabajo. Gente que no entiende que el conocimiento del cacao es un regalo, no una mercancía. He oído rumores de un coleccionista, un hombre sin escrúpulos que paga fortunas por secretos antiguos. Dicen que tiene contactos en todas partes. Que es paciente. Que espera generaciones si hace falta.

Protege la libreta. Protege las fórmulas. Y si algún día alguien viene a buscarlas, no cedas. El legado debe permanecer libre.

Con todo mi cariño,

Henrik."

Las manos me tiemblan.

Un coleccionista. Un hombre que espera generaciones.

Esto no empezó hace meses. Ni hace años.

Esto empezó hace casi un siglo.

Mi móvil suena. Es Martín.

—Estoy abajo. Baja.

—Martín, he encontrado algo.

—Qué.

—Una carta. De Henrik Janssen. Del 38.

Silencio.

—Baja —repite—. Ahora.

Guardo la carta en el bolsillo. Salgo de la habitación.

Bajo las escaleras.

Martín está en la puerta, con el coche en marcha y expresión de quien lleva demasiadas horas sin dormir.

—Enséñamela —dice.

Le doy la carta. La lee. Su expresión cambia.

—Un coleccionista —murmura—. Joder. Esto cambia todo.

—Por qué.

—Porque si hay alguien detrás de esto que lleva décadas buscando estas fórmulas, no estamos hablando de un criminal cualquiera. Estamos hablando de alguien con recursos. Con paciencia. Con contactos en todo el mundo.

—Y Braulio es solo un peón.

—Braulio, el intermediario, todos. Peones de alguien mucho más grande.

Nos miramos.

—Vamos a comisaría —digo—. Hagamos esa copia.

—Sí. Pero Lola...

—Qué.

—Mañana, en el faro. Puede que esto no salga bien.

—Lo sé.

—Puede que nos esté esperando una trampa.

—También lo sé.

—Y aun así quieres ir.

Lo miro fijamente.

—Es mi abuela, Martín. Iría aunque supiera que voy a morir.

Él asiente despacio.

—Vale. Entonces vamos a asegurarnos de que no muera nadie.

Subimos al coche.

Las luces del pueblo quedan atrás mientras nos dirigimos a Pontevedra.

Mañana a mediodía.

El faro de Punta Cabalo.

Y un coleccionista que lleva casi un siglo esperando este momento.

Aprieto la carta en mi bolsillo.

No sé si vamos a ganar.

Pero sé que vamos a luchar.

Capítulo 13

La noche más larga

La comisaría de Pontevedra a las diez de la noche tiene un aspecto diferente. Más vacía, más silenciosa, con esa luz de fluorescentes que hace que todo parezca más triste de lo que ya es.

Martín me lleva hasta una sala en el segundo piso. Hay una mesa grande, un escáner, una impresora, y la libreta de mi bisabuela en el centro, todavía dentro de su bolsa de pruebas.

—Tenemos cuatro horas para hacer esto —dice—. A las dos de la mañana quiero que estés descansando.

—No voy a poder dormir.

—Al menos inténtalo.

La agente Garcés entra con un maletín. Dentro hay material de encuadernación: cuero marrón, hilo encerado, pegamento, herramientas que parecen sacadas del taller de un artesano.

—Mi padre era encuadernador —explica Garcés al ver mi cara de sorpresa—. Me enseñó algunas cosas.

—Cuántas veces has falsificado pruebas judiciales.

—Esta es la primera. Y espero que la última.

Martín se pone guantes de látex y abre la bolsa de pruebas. Saca la libreta con cuidado, como si fuera una reliquia. Supongo que lo es.

—Vamos a fotografiar cada página —dice—. Anverso y reverso. Luego las imprimimos en papel envejecido y las encuadernamos.

—Y el cuero.

—Garcés ha encontrado un trozo que se parece bastante. No es idéntico, pero de noche, con poca luz, debería colar.

Empezamos a trabajar.

Yo paso las páginas. Martín fotografía. Garcés prepara la encuadernación.

Es un trabajo meticuloso, lento. Cada página tiene que quedar perfecta. Cada detalle cuenta.

Mientras trabajamos, voy leyendo las recetas de mi bisabuela. Trufas de café con un toque de canela. Bombones de licor de hierbas. Tabletas con sal marina y pimienta negra. Son recetas hermosas, escritas con amor, con ese cuidado de quien sabe que está dejando un legado.

Y luego, hacia la mitad de la libreta, las páginas cambian.

La letra sigue siendo la misma, pero el contenido es diferente. Ya no son recetas de bombones. Son fórmulas. Proporciones de cacao, extractos de plantas, tiempos de maceración. Y junto a cada fórmula, notas sobre sus efectos.

"Para el insomnio: cacao al 70% con valeriana y flor de azahar. Tomar una onza antes de dormir."

"Para la melancolía: cacao con extracto de hierba de San Juan y miel de romero. Efecto gradual, constante."

"Para el dolor crónico: cacao amargo con corteza de sauce y jengibre. Alivio en treinta minutos."

Miro a Martín.

—Esto es medicina —digo—. Medicina de verdad.

—Medicina antigua —responde él—. Antes de que existieran las farmacéuticas, la gente se curaba con lo que tenía a mano.

—Pero funciona. Si mi bisabuela lo escribió, es porque lo probó.

—Probablemente. Pero eso no significa que sea legal venderlo hoy en día.

—Por eso el coleccionista lo quiere.

—El coleccionista quiere el conocimiento. Lo que haga con él después es otra historia.

Seguimos fotografiando. Las fórmulas se vuelven más complejas. Hay una para mejorar la memoria. Otra para aumentar la concentración. Otra para...

Me detengo.

—Martín.

—Qué.

—Mira esto.

Le señalo una página hacia el final. La fórmula está escrita con letra más pequeña, más apretada, como si mi bisabuela hubiera tenido prisa o hubiera querido que pasara desapercibida.

"Para el corazón debilitado: cacao puro con digital purificada y extracto de espino blanco. PRECAUCIÓN: dosis exacta imprescindible. Error de un gramo puede ser fatal."

—Digital —dice Martín—. Eso es digitalina. Se usa en medicamentos para el corazón.

—Pero también es veneno si te pasas con la dosis.

Nos miramos.

—Quien tenga esta libreta —digo despacio— no solo tiene remedios. Tiene armas.

—Por eso vale tanto.

—Por eso han secuestrado a mi abuela.

Garcés levanta la vista de su trabajo.

—Inspector, quizás deberíamos informar a la central. Esto es más gordo de lo que pensábamos.

—Todavía no —dice Martín—. Si metemos a más gente, aumenta el riesgo de filtraciones. Y si el secuestrador se entera de que estamos preparando una trampa...

No termina la frase. No hace falta.

Seguimos trabajando en silencio.

A la una de la mañana, las fotografías están hechas. Garcés empieza a imprimir mientras Martín y yo repasamos las imágenes en el ordenador, asegurándonos de que no falta ninguna.

—Lola.

—Qué.

—La carta que encontraste. La de Janssen.

—Qué pasa con ella.

—Mencionaba a un coleccionista. Alguien que lleva generaciones buscando esto.

—Sí.

—He estado pensando. Si este coleccionista es real, si lleva décadas detrás de estas fórmulas, tiene que haber dejado algún rastro. Alguien con tanto dinero y tanta paciencia no puede ser completamente invisible.

—Qué estás sugiriendo.

—Que mientras tú haces el intercambio mañana, yo voy a investigar por otro lado.

Me giro hacia él.

—No vas a estar en el faro.

—Voy a estar cerca. Pero necesito que alguien siga el rastro del dinero, de las conexiones. Garcés estará contigo, con un equipo de apoyo.

—Martín, no me gusta este plan.

—A mí tampoco. Pero es el mejor que tenemos.

—Y si algo sale mal.

—Entonces estaré a diez minutos. Llegaré antes de que puedas decir chocolate.

Intento sonreír. No me sale.

—Oye —dice él, bajando la voz—. Sé que estás asustada. Es normal. Pero confío en ti. Eres más fuerte de lo que crees.

—Qué te hace pensar eso.

—Que llevas una semana metida en una pesadilla y sigues de pie. Que no has salido corriendo cuando podrías haberlo hecho. Que estás aquí, a la una de la mañana, falsificando pruebas para salvar a tu abuela.

—Eso no me hace fuerte. Me hace desesperada.

—A veces es lo mismo.

Nos quedamos mirándonos. La luz de los fluorescentes es horrible, pero sus ojos siguen siendo los mismos. Café sin azúcar. Cansados

pero decididos.

—Martín.

—Qué.

—Cuando esto acabe... si acaba bien... ¿puedo invitarte a un café?

Él casi sonríe.

—Pensaba que no te gustaba el café.

—No me gusta. Pero a ti sí.

—Es la peor invitación que me han hecho nunca.

—Ya. Bueno, estoy bajo mucho estrés.

Esta vez sí sonríe. Una sonrisa de verdad, pequeña pero real.

—Cuando esto acabe —dice—, te invito yo. A algo que nos guste a los dos.

—Trato hecho.

Garcés carraspea desde el otro lado de la sala.

—La impresión está lista. Podemos empezar a encuadernar.

El momento se rompe. Volvemos al trabajo.

A las tres de la mañana, la copia está terminada.

Garcés ha hecho un trabajo increíble. El cuero no es idéntico, pero se acerca mucho. Las páginas tienen un tono amarillento convincente. El tamaño, el peso, el tacto: todo parece auténtico.

—No aguantará un examen detallado —dice Garcés—. Pero para un vistazo rápido, debería funcionar.

—Solo necesitamos que funcione el tiempo suficiente para que suelten a mi abuela —digo—. Después me da igual si se dan cuenta.

Martín coge la libreta falsa y la sopesa en la mano.

—Bien. Ahora a descansar.

—Te he dicho que no puedo...

—Y yo te he dicho que lo intentes. —Me mira fijamente—. Lola, mañana vas a necesitar tener la cabeza despejada. Si estás agotada, cometerás errores. Y no podemos permitirnos errores.

Tiene razón. Otra vez.

—Vale. Dónde duermo.

—Hay una sala de descanso al final del pasillo. Un sofá, unas mantas. No es el Ritz, pero servirá.

—Y tú.

—Yo tengo que seguir trabajando.

—Martín...

—Duermo cuando puedo. Es parte del trabajo.

Quiero protestar, pero sé que no servirá de nada. Así que asiento y me dirijo hacia la puerta.

—Lola.

Me giro.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Martín.

Salgo de la sala.

La sala de descanso es exactamente como la describió: un sofá gastado, unas mantas que huelen a suavizante barato, una máquina de café que probablemente lleva años sin limpiarse.

Me tumbo en el sofá. Cierro los ojos.

Intento no pensar en mi abuela, sola, asustada, en algún lugar desconocido.

Intento no pensar en el faro, en el intercambio, en todo lo que puede salir mal.

Intento no pensar en el coleccionista, ese fantasma que lleva generaciones persiguiendo a mi familia.

No funciona.

Pero en algún momento, entre pensamientos y miedos, el cansancio me vence y me quedo dormida.

Sueño con chocolate.

Sueño con mi bisabuela, joven, en un taller de Bruselas, aprendiendo secretos de hombres con barbas y delantales blancos.

Sueño con mi abuela, pequeña, mirando cómo su madre templa chocolate en una mesa de mármol.

Sueño con mi madre, adolescente, huyendo del pueblo en un autobús de línea, prometiéndose a sí misma que nunca volverá.

Y sueño conmigo.

Conmigo en la chocolatería, con las vitrinas llenas de bombones, con el olor a cacao flotando en el aire, con clientes sonriendo al otro lado del mostrador.

Una chocolatería viva.

Una chocolatería que funciona.

Una chocolatería que es mía.

Me despierto de golpe.

Hay luz entrando por la ventana. Es de día.

Miro el móvil. Las ocho de la mañana.

Cuatro horas hasta el intercambio.

Me levanto del sofá. Me paso las manos por el pelo, intentando parecer menos desastrosa de lo que me siento.

Salgo al pasillo.

Martín está ahí, apoyado contra la pared, con dos vasos de café de máquina.

—Buenos días —dice.

—Tienes un aspecto horrible.

—Tú tampoco estás para portadas de revista.

—Touché.

Me pasa uno de los cafés. Lo acepto aunque no me gusta el café. Ahora mismo necesito cafeína más que aire.

—Hay novedades —dice—. He estado investigando toda la noche.

—Qué has encontrado.

—Un nombre. —Hace una pausa—. Pieter Van den Berg.

—Quién es.

—Un coleccionista belga. Ochenta y dos años. Una de las mayores fortunas de Flandes. Oficialmente, colecciona arte flamenco y manuscritos antiguos.

—Oficialmente.

—Extraoficialmente, se rumorea que tiene una colección privada de conocimientos prohibidos. Fórmulas alquímicas, remedios medievales, recetas perdidas. Cosas que la gente normal no sabe que existen.

—Y crees que es él.

—Creo que es posible. Su familia tiene conexiones con el mundo del chocolate desde hace generaciones. Su abuelo conoció a Henrik Janssen en los años treinta.

Se me eriza la piel.

—Su abuelo conoció a Janssen.

—Sí. Hay fotografías. Estaban en los mismos círculos de Bruselas.

—Entonces sabe de las fórmulas desde el principio.

—Desde antes de que tu bisabuela volviera a España. —Martín bebe un sorbo de café—. Lleva toda su vida esperando este momento. Y ahora que está viejo, quizás ha decidido que es hora de actuar.

—Por qué ahora.

—Porque la chocolatería cerró. Porque tu abuela está mayor. Porque tú volviste y moviste las piezas del tablero.

Joder.

Mi vuelta al pueblo. Mi foto de Instagram. Todo lo que he hecho desde que llegué ha sido exactamente lo que él esperaba.

—Soy una imbécil —digo.

—No. Eres alguien que no sabía que estaba siendo observada. Hay diferencia.

—No me hace sentir mejor.

—No pretendía hacerte sentir mejor. Pretendía que entendieras contra qué nos enfrentamos.

Termino el café de un trago. Sabe a rayos, pero me despierta.

—Vale. Entonces el plan sigue igual.

—El plan sigue igual. Tú vas al faro con la libreta falsa. Garcés y un equipo de apoyo estarán cerca. Yo sigo la pista de Van den Berg por si podemos pillarlo por otro lado.

—Y si Van den Berg no es el coleccionista.

—Entonces volvemos al punto de partida. Pero mi instinto me dice que es él.

—Tu instinto.

—Mi instinto no suele fallar.

Lo miro. Parece seguro. Parece convencido.

Ojalá yo me sintiera igual.

—Vamos —dice—. Hay que prepararse.

Me lleva a otra sala. Ahí está Garcés con un chaleco antibalas y un pinganillo.

—Esto es para ti —dice, pasándome el chaleco.

—Voy a ir con chaleco antibalas a un intercambio de rehenes.

—Vas a ir protegida. El chaleco va debajo de la ropa. Nadie lo verá.

Me pongo el chaleco. Pesa más de lo que esperaba. Incómodo, pero supongo que mejor eso que una bala en el pecho.

Garcés me coloca el pinganillo en el oído.

—Con esto podemos comunicarnos. Si algo va mal, dices "chocolate" y entramos.

—Chocolate.

—Es fácil de recordar y no levanta sospechas.

—Vale. Chocolate.

Martín me pasa la libreta falsa.

—Guárdala bien. No la sueltes hasta que tu abuela esté a salvo.

—Entendido.

Nuestras manos se rozan cuando cojo la libreta. Él no las retira inmediatamente.

—Lola.

—Qué.
—Ten cuidado. Por favor.
—Lo tendré.
—Y recuerda: si algo sale mal, no seas heroína. Sal de ahí.
—Mi abuela...
—Tu abuela querría que sobrevivieras. Pase lo que pase.
Asiento. No confío en mi voz.
Martín da un paso atrás.
—Nos vemos después —dice.
—Nos vemos después.
Sale de la sala.
Garcés me mira.
—Lista.
No.
Pero asiento de todas formas.
—Vamos.
Salimos de la comisaría.
El sol de mediodía nos espera.
Y en algún lugar, en un faro al borde del mar, mi abuela también.

Capítulo 14

El faro

El faro de Punta Cabalo se alza contra el cielo como un dedo de piedra señalando las nubes. Blanco y rojo, descolorido por años de sal y viento, con esa melancolía de las cosas que fueron útiles y ya no lo son.

Hace años que no funciona. Ahora es solo un monumento a otra época, rodeado de maleza y caminos de tierra que nadie mantiene.

El sitio perfecto para un intercambio de rehenes.

Garcés me deja a doscientos metros del faro.

—Desde aquí vas sola —dice—. Estaremos vigilando. Si pasa algo, di la palabra.

—Chocolate.

—Exacto. Y Lola...

—Qué.

—Buena suerte.

Bajo del coche.

El viento del mar me golpea la cara. Huele a sal, a algas, a ese olor particular del Atlántico que es diferente al de cualquier otro mar. El sol está alto pero hace frío. O quizás soy yo la que tiembla.

Camino hacia el faro.

La libreta falsa pesa en mi bolsillo como si fuera de plomo. El chaleco antibalas me aprieta el pecho, dificultándome la respiración. O quizás eso también soy yo.

A cien metros del faro, veo movimiento.

Una figura sale de detrás del edificio. Alta, delgada, vestida de negro. Lleva algo en la mano que podría ser un arma o podría ser un móvil. Desde esta distancia no distingo.

Sigo caminando.

A cincuenta metros, la figura se detiene. Yo también.

—Lola Campo —dice una voz. La misma voz del teléfono. Acento extranjero, quizás eslavo—. Has venido sola.

—Como pediste.

—Tienes la libreta.

—Dónde está mi abuela.

—Primero la libreta.

—Primero mi abuela.

Silencio. El viento sopla entre nosotros, arrastrando hojas secas y polvo.

—Eres testaruda —dice el hombre—. Como ella.

—Es de familia.

El hombre hace un gesto hacia el faro. Desde la puerta lateral sale otra figura, más pequeña, encorvada.

Mi abuela.

Tiene las manos atadas delante del cuerpo y una venda en los ojos. Camina despacio, insegura, guiada por alguien que no puedo ver desde mi ángulo.

—Abuela —grito.

—Lola. —Su voz suena cansada pero firme—. Estoy bien, cariño.

—Ahora —dice el hombre—, la libreta.

Meto la mano en el bolsillo. Saco la copia que hicimos anoche. Desde esta distancia, parece auténtica. Eso espero.

—La voy a dejar en el suelo —digo—. Tú sueltas a mi abuela. Nos cruzamos a mitad de camino.

—No.

—Cómo que no.

—Tú traes la libreta. Me la das. Luego suelto a la vieja.

—Eso no es lo que acordamos.

—No acordamos nada. Yo pongo las reglas.

Miro a mi abuela. Sigue de pie junto al faro, con la venda en los ojos, sin saber qué está pasando.

No tengo opción.

Empiezo a caminar.

Con cada paso, el hombre se vuelve más claro. Tiene unos cuarenta años, cara angulosa, ojos claros. Lleva una pistola en la mano derecha. No apunta a nadie específicamente, pero está ahí, visible, como un recordatorio de quién tiene el control.

A diez metros, me detengo.

—La libreta —dice.

Se la lanzo.

Él la coge al vuelo con la mano libre. La abre. Pasa las páginas rápidamente, sin detenerse a leer. Solo comprobando que hay contenido, que no es un bloque de papel en blanco.

Cierra la libreta.

Sonríe.

—Bien —dice—. El jefe estará contento.

—Ahora suelta a mi abuela.

—Por supuesto.

Hace otro gesto hacia el faro. La persona que sujetaba a mi abuela la empuja hacia adelante. Ella da unos pasos vacilantes, desorientada por la venda.

—Abuela, camina hacia mi voz. Recto. Despacio.

Carmela empieza a caminar. Yo avanzo hacia ella.

Nos encontramos a mitad de camino.

Le quito la venda. Sus ojos, oscuros y cansados, me miran con una mezcla de alivio y preocupación.

—Estás bien —digo, desatándole las manos—. Estás bien.

—Lola, la libreta...

—No te preocupes por eso ahora.

—Pero...

—Luego. Ahora vámonos.

La cojo del brazo y empezamos a caminar hacia donde dejé el coche de Garcés.

Diez metros.

Veinte metros.

Treinta metros.

Un grito detrás de nosotros.

—Para.

Me giro.

El hombre está mirando la libreta más de cerca ahora. Pasando las páginas despacio. Comparando algo.

—Esto no es la original —dice.

Mierda.

—Qué quieres decir. Claro que es la original.

—El papel. —Levanta la libreta—. El papel es demasiado nuevo. Y la tinta... —Huele una página—. La tinta no tiene el olor correcto.

Mierda, mierda, mierda.

—Es vieja —digo, intentando sonar convincente—. Lleva décadas guardada en un sitio seco. Por eso el papel está...

—No me tomes por imbécil.

Levanta la pistola.

Esta vez sí apunta. A mí.

—Dónde está la original.

—Eso es la original.

—Mientes.

—Te juro que...

El disparo corta el aire.

No siento dolor. Tardo un segundo en darme cuenta de que no me ha dado. Ha disparado al suelo, a mis pies. Un aviso.

—La próxima va a tu rodilla —dice—. Dónde está la original.

—Chocolate —susurro.

—Qué.

—He dicho chocolate.

Durante un momento, nada pasa.

Y entonces, el caos.

Coches de policía aparecen por tres direcciones diferentes. Sirenas. Luces. Voces gritando órdenes.

El hombre mira a su alrededor, calculando sus opciones.

—Policía —grita Garcés desde algún lugar—. Suelta el arma.

El hombre no suelta el arma.

En lugar de eso, corre hacia el faro.

Garcés y otros dos agentes van tras él. Oigo más gritos, más órdenes, el sonido de pasos sobre la gravilla.

Yo me quedo donde estoy, con mi abuela aferrada a mi brazo, intentando procesar lo que acaba de pasar.

—Lola —dice Carmela—. Lola, estás bien.

—Sí. Sí, estoy bien.

—Ese hombre...

—La policía lo tiene. Está todo bajo control.

No sé si es verdad. Pero necesito creerlo.

Un disparo.

Luego otro.

Y luego silencio.

Espero. Mi abuela y yo, de pie en medio de la nada, con el viento del mar en la cara y el corazón latiéndonos a mil por hora.

Garcés aparece unos minutos después. Tiene la cara pálida.

—El sospechoso está neutralizado —dice—. Herida no letal. Lo están trasladando al hospital.

—Y mi abuela.

—Una ambulancia viene en camino. Para las dos.

—Yo estoy bien.

—Protocolo. Todas las víctimas de secuestro pasan por revisión médica.

No tengo fuerzas para discutir.

La ambulancia llega diez minutos después. Nos suben a las dos. Mi abuela se tumba en la camilla y cierra los ojos, agotada. Yo me siento a su lado, cogiéndole la mano.

—Lo siento —digo—. Siento que hayas pasado por esto.

—No es culpa tuya.

—Claro que lo es. Si no hubiera vuelto, si no hubiera publicado esa foto...

—Lola. —Abre los ojos—. Escúchame. Ese hombre llevaba meses vigilando el pueblo. Esperando el momento. Si no hubieras sido tú, habría sido otra cosa. Habría encontrado otra forma de llegar a la libreta.

—Pero...

—Pero nada. Has venido a salvarme. Has arriesgado tu vida por mí. Eso es lo que importa.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Pensé que iba a perderte.

—Los Campo somos duros de matar. Ya deberías saberlo.

Intento reírme. Me sale algo parecido a un sollozo.

La ambulancia arranca. Las sirenas suenan mientras nos alejamos del faro.

Mi móvil vibra. Es Martín.

"He visto las noticias. Estás bien?"

Escribo: "Sí. Las dos. Y tú?"

"Tengo algo. Gordo. Te cuento cuando llegues al hospital."

Miro a mi abuela. Tiene los ojos cerrados otra vez, respirando despacio. Parece en paz.

Quizás esto ha terminado.

O quizás solo acaba de empezar.

El hospital de Pontevedra me recibe por segunda vez en una semana. Esta vez no vengo a visitar a Valentina. Esta vez soy yo la que entra por urgencias.

Los médicos revisan a mi abuela. Deshidratación leve, algunos moratones, pero nada grave. La mantienen en observación unas horas por precaución.

A mí me revisan también. Presión alta, taquicardia, los efectos normales de haber estado a punto de recibir un disparo. Me dan un calmante suave y me dicen que descanse.

No puedo descansar.

Martín llega a las cuatro de la tarde.

Entra en la sala de espera con una carpeta bajo el brazo y esa expresión suya de tener noticias importantes.

—Cómo está tu abuela —pregunta.

—Estable. La mantienen en observación.

—Bien. —Se sienta a mi lado—. El secuestrador se llama Dmitri Volkov. Ucraniano. Tiene antecedentes en media Europa por robo, extorsión y tráfico de antigüedades.

—Antigüedades.

—Es su especialidad. Trabaja para coleccionistas ricos que quieren objetos que no pueden conseguir legalmente.

—Van den Berg.

—Eso es lo gordo. —Abre la carpeta—. Mientras estabais en el faro, mis contactos en Bélgica han estado investigando. Pieter Van den Berg murió hace tres años.

Tardo un momento en procesar.

—Qué.

—Murió en 2020. Cáncer de páncreas. Está enterrado en el cementerio de Amberes.

—Pero entonces quién...

—Su hijo. Willem Van den Berg. Cincuenta y dos años. Heredó la fortuna de su padre y, aparentemente, también su obsesión.

—El coleccionista tiene heredero.

—El coleccionista es el heredero. Y según mis fuentes, Willem es peor que su padre. Más impaciente. Más dispuesto a cruzar líneas.

Me recuesto en la silla.

—Entonces Dmitri trabajaba para Willem.

—Exacto. Y Braulio era el contacto local. El que conocía el pueblo, la historia, las oportunidades.

—Un equipo.

—Un equipo muy bien organizado. —Martín cierra la carpeta—. La buena noticia es que tenemos a Dmitri. Está en quirófano ahora mismo, pero cuando salga, va a hablar.

—Cómo sabes que va a hablar.

—Porque le hemos ofrecido un trato. Información sobre Willem a cambio de una condena reducida.

—Y si no acepta.

—Aceptará. Dmitri es un profesional. Sabe que Willem lo abandonará en cuanto deje de serle útil. Su mejor opción es cooperar.

Miro hacia la ventana. El sol de la tarde entra sesgado, dibujando líneas en el suelo.

—Martín.

—Qué.

—Esto no ha terminado, verdad. Aunque cojáis a Dmitri, aunque Dmitri hable, Willem sigue ahí fuera. Sigue queriendo la libreta.

—Sí.

—Y va a intentarlo otra vez.

Martín no responde inmediatamente.

—Willem Van den Berg no va a pisar España —dice finalmente—. Tiene demasiado que perder. Pero puede que envíe a otros. Puede que espere. Puede que...

—Puede que pase el resto de mi vida mirando por encima del hombro.

—No necesariamente.

—Qué quieres decir.

—La libreta original sigue en comisaría. Es prueba judicial. Pero cuando el caso se cierre, volverá a tu familia.

—Y entonces qué. La guardo debajo de la cama y espero a que alguien venga a robarla.

—O la haces pública.

Lo miro.

—Qué.

—Las fórmulas. Los conocimientos de tu bisabuela. Si los publicas, si los compartes con el mundo, dejan de tener valor para un coleccionista. Willem quiere algo único, algo que solo él tenga. Si todo el mundo puede acceder a esas recetas...

—Dejan de ser un tesoro.

—Exacto.

Me quedo pensando.

Publicar las fórmulas. Compartir el legado de Concepción con el mundo.

Es lo contrario de lo que ella quiso. Ella quería protegerlas, mantenerlas en la familia.

Pero quizás el mundo ha cambiado. Quizás la mejor forma de proteger algo ya no es esconderlo, sino liberarlo.

—Tendría que pensarlo —digo.

—Tienes tiempo. El caso tardará meses en cerrarse. Mientras tanto, la libreta está segura.

—Y mi abuela.

—Tu abuela también. Voy a poner vigilancia en vuestra casa hasta que tengamos a Willem localizado.

—Gracias.

—Es mi trabajo.

—No. —Lo miro—. Esto va más allá de tu trabajo. Lo sabes.

Martín no responde. Pero algo cambia en sus ojos. Algo más suave.

—Deberías descansar —dice—. Ha sido un día largo.

—Ha sido una semana larga.

—Sí. También eso.

Se levanta. Yo me levanto también.

Y entonces, sin pensarlo, lo abrazo.

Es un abrazo torpe, rápido, el tipo de abrazo que das cuando no sabes qué más hacer. Pero él responde. Me rodea con los brazos y me sostiene un momento, un momento que se alarga más de lo que debería.

—Gracias —susurro—. Por todo.

—De nada.

Nos separamos.

—Ese café —digo—. Todavía me lo debes.

—Cuando tu abuela salga del hospital. Te llevo al mejor sitio de Pontevedra.

—Trato hecho.

Martín se va.

Yo vuelvo a la habitación de mi abuela.

Está despierta, mirando por la ventana.

—Ya se ha ido tu inspector —pregunta.

—No es mi inspector.

—Ya. Claro que no.

Sonríe. Esa sonrisa de abuela que significa que sabe más de lo que dice.

Me siento a su lado.

—Abuela.

—Qué.

—Qué harías tú. Con la libreta. Si pudieras elegir.

Carmela se queda pensativa un momento.

—Mi madre quería protegerla —dice—. Pero mi madre vivió tiempos diferentes. Tiempos de guerra, de miedo, de secretos necesarios.

—Y ahora.

—Ahora... —Suspira—. Ahora creo que los secretos ya no protegen. Solo aíslan.

—Entonces publicarías las fórmulas.

—No lo sé. Pero creo que tu bisabuela habría querido que el conocimiento sirviera para algo. No que se pudriera en un cajón mientras gente como los Van den Berg intenta robarlo.

Asiento despacio.

No es una respuesta. Pero es un comienzo.

—Descansa —le digo—. Mañana hablamos más.

—Mañana —repite ella—. Sí. Mañana.

Cierra los ojos.

Yo me quedo mirando la ventana.

Mañana.

Siempre mañana.

Pero al menos, por primera vez en días, mañana parece un lugar al que quiero llegar.

Capítulo 15

Volver a empezar

Mi abuela sale del hospital al día siguiente. Los médicos dicen que está bien, que solo necesita descanso y comida casera. Carmela dice que los médicos no saben lo que es descansar cuando tienes ochenta y tres años y un negocio que reconstruir.

Típico.

Rosi nos espera en la puerta de la casa con una bolsa de pan recién hecho y los ojos rojos de haber llorado. Se abrazan durante un minuto largo, esas dos mujeres que llevan cuarenta años siendo amigas, que han pasado juntas divorcios y entierros y escándalos y ahora también un secuestro.

—Pensé que te había perdido —dice Rosi.

—Hace falta más que un ucraniano con pistola para acabar conmigo.

—Carmela, no tiene gracia.

—Tiene un poco de gracia.

Las dejo en el salón y salgo al jardín. Necesito aire. Necesito pensar.

El jardín de mi abuela es pequeño pero está lleno de vida. Hortensias azules y rosas, un limonero que nunca da limones, macetas con hierbas que usa para cocinar. Es el tipo de jardín que solo existe cuando alguien lo cuida con amor durante décadas.

Me siento en el banco de piedra junto al limonero.

Mi móvil vibra. Es Martín.

"Dmitri ha hablado. Tenemos información sobre Willem. Puedes venir a comisaría esta tarde?"

Escribo: "A qué hora?"

"A las cinco. Te recojo si quieres."

"Vale."

Guardo el móvil.

Dmitri ha hablado. Eso es bueno. Eso significa que estamos más cerca de acabar con esto.

Pero también significa que la historia de Willem Van den Berg va a salir a la luz. Y con ella, la historia de mi familia. Las fórmulas. Los secretos.

No sé si estoy preparada para eso.

Martín llega a las cuatro y media. Puntual como siempre. Lleva ropa limpia por primera vez en días y se ha afeitado. Parece casi humano.

—Tienes mejor aspecto —digo al subirme al coche.

—Tú también.

—Mentiroso.

—Un poco.

Conducimos hacia Pontevedra en silencio. Pero es un silencio cómodo, de esos que solo existen cuando ya no necesitas llenar cada hueco con palabras.

—Qué ha dicho Dmitri —pregunto cuando llevamos diez minutos de carretera.

—Mucho. —Martín cambia de marcha—. Ha confirmado que trabaja para Willem Van den Berg desde hace cinco años. Que Willem heredó la obsesión de su padre por las fórmulas de tu bisabuela.

—Y cómo sabía que existían.

—Por los archivos familiares. Pieter Van den Berg llevaba décadas recopilando información. Tenía un dossier completo sobre Concepción Campo, sobre la chocolatería, sobre todo.

—Joder.

—Sí. —Pausa—. También ha dicho algo sobre cómo encontraron el momento de actuar.

—Mi vuelta al pueblo.

—No solo eso. Llevaban meses monitorizando las redes sociales de tu familia. Cuando tu madre publicó una foto de cumpleaños de tu abuela con la ubicación del pueblo, empezaron a preparar el terreno.

—Mi madre publicó... —Me quedo helada—. Eso fue hace un año.

—Sí. Contactaron con Braulio poco después. Le ofrecieron dinero a cambio de información y acceso.

—Y Braulio aceptó.

—Braulio odiaba a tu familia. El dinero era secundario. Lo que quería era venganza.

Miro por la ventana. El paisaje gallego pasa sin que lo vea.

Un año. Llevan un año preparando esto. Y yo, sin saberlo, les di la pieza final cuando publiqué la foto de la chocolatería.

—No es culpa tuya —dice Martín, como si me leyera el pensamiento.

—Ya lo sé.

—No suenas muy convencida.

—Es que es difícil. Saber que cada foto, cada publicación, cada pequeño detalle de tu vida puede ser usado por alguien así.

—Bienvenida al siglo XXI.

—Gracias. Odio estar aquí.

Martín casi sonríe.

Llegamos a comisaría. Me lleva a una sala diferente a las anteriores. Esta tiene una mesa grande, sillas cómodas, y ningún espejo falso.

—Sala de reuniones —explica—. Más formal.

—Para qué.

—Mi jefe quiere conocerte.

Antes de que pueda preguntar más, la puerta se abre.

Entra un hombre de unos sesenta años, pelo canoso, traje que ha visto tiempos mejores. Tiene cara de llevar demasiados años en este trabajo y aun así seguir creyendo en él.

—Comisario Fernández —dice Martín—. Esta es Lola Campo.

—La famosa Lola Campo. —El comisario me tiende la mano—. He oído mucho sobre usted.

—Espero que no todo malo.

—Todo impresionante, diría yo. —Se sienta frente a mí—. El inspector Vilar me ha puesto al día. Un caso complicado.

—Algo así.

—Willem Van den Berg es un pez gordo. Llevamos años intentando pillarlo por tráfico de antigüedades, pero siempre se nos escapa. Gracias a la declaración de Dmitri, por fin tenemos algo sólido.

—Van a detenerlo.

—La Interpol está trabajando en ello. Con suerte, en unos días tendremos una orden de arresto internacional.

—Con suerte —repito—. Y si no hay suerte.

El comisario intercambia una mirada con Martín.

—Entonces seguiremos investigando. Estos casos llevan tiempo.

—Mientras tanto, mi familia sigue en peligro.

—Por eso he autorizado vigilancia permanente en Vila do Cacau. Y por eso quería hablar con usted.

—Sobre qué.

—Sobre la libreta.

Ahí está. El tema que todos evitamos.

—La libreta es prueba judicial —digo—. Me lo ha explicado el inspector.

—Sí. Pero cuando el caso se cierre, volverá a su familia. Y entonces tendrá que decidir qué hacer con ella.

—El inspector Vilar me sugirió publicar las fórmulas.

—Es una opción. —El comisario se recuesta en la silla—. Hay otras.

—Cuáles.

—Podría donarla a una institución. Un museo, una universidad. Algún lugar donde esté protegida y al mismo tiempo accesible para investigadores.

—Eso no evitaría que Willem siguiera queriéndola.

—No. Pero dificultaría que actuara. Es más fácil robar algo de una casa particular que de un museo con sistemas de seguridad.

Pienso en ello.

—Y la tercera opción.

—Destruirla.

La palabra queda flotando en el aire.

—Destruir las fórmulas de mi bisabuela.

—Si no existen, no pueden ser robadas. Es la solución definitiva.

—También es una barbaridad. Esas fórmulas son un legado. Conocimiento de generaciones.

—Lo entiendo. Por eso digo que es una opción, no una recomendación.

Miro a Martín. Él me devuelve la mirada sin decir nada. Esta decisión es mía.

—Necesito pensarlo —digo.

—Tiene tiempo. El caso tardará meses en cerrarse, como mínimo.

—Gracias, comisario.

Fernández se levanta.

—Una cosa más, señora Campo.

—Lola.

—Lola. —Asiente—. El inspector Vilar ha hecho un trabajo excepcional en este caso. Quiero que sepa que voy a recomendarlo para un ascenso.

Miro a Martín. Él parece sorprendido.

—Gracias, señor —dice.

—No me las dé todavía. Todavía tiene que cerrar el caso. —El comisario se dirige hacia la puerta—. Buenas tardes a los dos.

Sale.

Martín y yo nos quedamos solos.

—Un ascenso —digo.

—Eso parece.

—Enhorabuena.

—Gracias. —Hace una pausa—. Aunque puede que lo rechace.

—Por qué.

—Porque un ascenso significa más burocracia y menos trabajo de campo. Y a mí me gusta el trabajo de campo.

—Ah.

—Además, si acepto, probablemente me trasladen a Madrid.

El corazón me da un vuelco.

—Madrid.

—Sí. Es donde están los puestos de mando. —Me mira—. Pero eso significaría dejar Galicia.

—Y no quieres dejar Galicia.

—Ahora mismo no.

Hay algo en su tono. Algo que no dice pero que está ahí, flotando entre nosotros.

—Bueno —digo, intentando sonar casual—. Todavía tienes tiempo para decidir.

—Sí. Como tú con la libreta.

—Menuda pareja estamos hechos. Los dos con decisiones imposibles.

—Los dos procrastinando.

—Eso también.

Nos miramos. Y de pronto, sin previo aviso, los dos nos echamos a reír.

Es una risa de alivio, de cansancio, de todas las emociones acumuladas de la última semana buscando una salida. Nos reímos hasta que nos duele el estómago, hasta que se nos saltan las lágrimas, hasta que ya no recordamos por qué empezamos.

Cuando paramos, Martín me está mirando de una forma diferente.

—Lola.

—Qué.

—Te debo un café.

—Me debes muchas cosas.

—Empecemos por el café.

Salimos de comisaría.

El sol de la tarde baña Pontevedra de dorado. Las calles están llenas de gente paseando, de terrazas con mesas ocupadas, de ese bullicio tranquilo de las ciudades que saben vivir.

Martín me lleva a una cafetería pequeña en una calle lateral. Se llama O Recuncho, que en gallego significa el rincón. Tiene mesas de madera oscura, fotos antiguas en las paredes, y un olor a café recién hecho que casi me convierte en fan de la bebida.

—El mejor café de Pontevedra —dice Martín—. Según yo.

—Eres parcial.

—Completamente.

Pedimos. Él un café solo. Yo un chocolate caliente, porque si algo he aprendido esta semana es que el chocolate siempre es buena idea.

—Qué vas a hacer ahora —pregunta Martín cuando nos traen las bebidas.

—Ahora mismo o en general.

—En general.

Pienso.

—Voy a reabrir la chocolatería.

Las palabras salen antes de que sepa que las estoy diciendo. Pero una vez fuera, sé que son verdad.

—La chocolatería.

—Sí. Es lo que vine a hacer. Antes de que todo esto pasara.

—Y ahora.

—Ahora con más razón. Mi bisabuela dedicó su vida a ese negocio. Mi abuela también. No voy a dejar que un coleccionista belga y un ucraniano con pistola acaben con el legado de mi familia.

Martín asiente despacio.

—Me parece bien.

—Sí.

—Sí. —Me mira—. Creo que serás buena.

—No sé hacer chocolate.

—Puedes aprender.

—Tengo treinta y cuatro años. La gente no cambia de carrera a los treinta y cuatro.

—La gente cambia de carrera cuando le da la gana. Y tú tienes algo que la mayoría no tiene.

—Qué.

—Una historia. Una familia. Un legado. —Bebe un sorbo de café—. Y una testarudez que da miedo.

—Eso último no sé si es un cumplido.

—Lo es.

Le doy un sorbo a mi chocolate. Está bueno. No tanto como el de mi abuela, pero bueno.

—Martín.

—Qué.

—Por qué decidiste ser policía.

La pregunta le pilla por sorpresa. Se queda pensando un momento.

—Mi madre —dice finalmente—. Cuando murió, había un caso sin resolver. Un robo que la dejó traumatizada años antes de que yo naciera. Nunca pillaron al culpable.

—Lo siento.

—Gracias. —Pausa—. Decidí que no quería que otras personas pasaran por lo mismo. Que si podía ayudar a cerrar casos, a dar respuestas, valía la pena dedicar mi vida a ello.

—Y ha valido la pena.

—La mayoría de días, sí.

—Y los otros días.

—Los otros días me pregunto si no debería haber sido pescador como mi tío. Parece más tranquilo.

—Hueles mejor que un pescador, al menos.

—Eso espero.

Sonreímos.

El sol baja un poco más. Las sombras se alargan sobre la mesa.

—Deberíamos volver —digo—. Mi abuela estará preocupada.

—Sí.

Pero ninguno de los dos se mueve.

—Lola.

—Qué.

—Esto que hay entre nosotros.

El corazón me da un salto.

—Qué hay entre nosotros.

—No lo sé. Pero hay algo.

—Sí —admito—. Hay algo.

—Y qué hacemos con ello.

Lo miro. Sus ojos de café sin azúcar, cansados pero cálidos. Su cara de necesitar una siesta de tres días. Su forma de estar ahí, presente, sin pedir nada que yo no pueda dar.

—Podríamos ver qué pasa —digo.

—Ver qué pasa.

—Sí. Sin presiones. Sin expectativas. Solo... ver.

—Me gusta ver.

—A mí también.

Extiende la mano sobre la mesa. Yo pongo la mía encima.

Es un gesto pequeño. Casi nada.

Pero se siente como todo.

—Vamos —dice—. Te llevo a casa.

—Vale.

Salimos de la cafetería.

El sol se pone sobre Pontevedra mientras conducimos de vuelta a Vila do Cacau. Martín pone la radio bajita, algo de jazz que no reconozco pero que suena bien.

No hablamos.

No hace falta.

Cuando llegamos a la casa de mi abuela, Martín aparca pero no apaga el motor.

—Mañana tengo que volver a Madrid —dice—. Reuniones con la central sobre el caso Van den Berg.

—Cuánto tiempo.

—Unos días. Quizás una semana.

—Vale.

—Pero volveré.

—Vale.

Me mira.

—Lola.

—Qué.

—Cuídate.

—Tú también.

Bajo del coche.

Antes de cerrar la puerta, me giro.

—Martín.

—Qué.

—Ese chocolate caliente estaba muy bueno.

Él sonríe.

—El café también.

Cierro la puerta.

El coche arranca y se aleja.

Entro en casa.

Mi abuela está en la cocina, haciendo la cena.

—Ya era hora —dice—. Empezaba a pensar que te habías fugado con el inspector.

—No me he fugado.

—Todavía.
—Abuela.
—Qué. Solo digo que hace buena pareja.
—No somos pareja.
—Ya. Claro que no.
Esa sonrisa otra vez. La de abuela que sabe más de lo que dice.
Me siento a la mesa.
—Abuela.
—Qué.
—Voy a reabrir la chocolatería.
Carmela deja el cucharón. Se gira hacia mí.
—Lo dices en serio.
—Completamente.
—Y la publicidad. Tu carrera en Madrid.
—A la mierda mi carrera en Madrid.
Mi abuela me mira durante un momento largo.
Y entonces sonríe.
Una sonrisa enorme, de esas que le iluminan toda la cara.
—Ya era hora —dice.
—Eso es un sí.
—Eso es un por supuesto que sí.
Se acerca y me abraza.
Huele a guiso, a lavanda, a hogar.
—Tu bisabuela estaría orgullosa —dice.
—Eso espero.
—Yo también lo estoy.
Se me llenan los ojos de lágrimas.
—Gracias, abuela.
—Gracias a ti, cariño. Por volver. Por quedarte. Por ser una Campo.
Nos abrazamos un momento más.

Luego ella vuelve a los fogones y yo me quedo sentada, mirando por la ventana, pensando en todo lo que ha pasado y en todo lo que está por venir.

La chocolatería.

El legado.

El futuro.

Y quizás, solo quizás, un inspector con ojos de café sin azúcar.

Todo empieza mañana.

Capítulo 16

Manos a la obra

La chocolatería huele a lejía y a sudor.

Llevo tres días limpiando y apenas he conseguido despejar la mitad del obrador. El polvo de dos años no se quita fácilmente. Tampoco las telarañas, ni la grasa acumulada en las esquinas, ni esa capa de tristeza que parece haberse pegado a cada superficie.

Pero poco a poco, el sitio empieza a parecerse a algo.

—Necesitas ayuda.

Me giro. En la puerta está Rosi, con un cubo de agua en una mano y una fregona en la otra.

—No hace falta, Rosi. Puedo sola.

—Ya veo que puedes. Por eso llevas desde las siete de la mañana aquí metida y todavía no has desayunado.

—He desayunado.

—Un café no cuenta como desayuno.

—Eran dos cafés.

Rosi pone los ojos en blanco y entra sin pedir permiso. Se arremanga las mangas de la blusa y empieza a fregar el suelo de la tienda.

—Rosi, de verdad que no...

—Cállate y limpia. Cuatro manos trabajan más rápido que dos.

No puedo discutir con esa lógica.

Trabajamos en silencio durante una hora. Es un silencio cómodo, de esos que solo existen entre personas que se conocen desde hace mucho. O entre personas que han pasado juntas por algo difícil.

—Lola.

—Qué.

—Siento lo de las llaves. Lo de la puerta. Todo.

—Ya lo sé, Rosi.

—Es que no puedo dejar de pensar en ello. Si yo no hubiera sido tan descuidada...

—Rosi. —Dejo el trapo y la miro—. Lo que pasó no fue culpa tuya. Fue culpa de Dmitri, de Braulio, de Willem Van den Berg. Tú solo intentabas ayudar a mi abuela.

—Pero...

—Pero nada. Y si vuelves a disculparte, te echo de aquí a fregonazo limpio.

Rosi casi sonríe.

—Tu abuela tenía razón. Eres igualita que tu bisabuela.

—Eso me han dicho.

Seguimos limpiando.

A mediodía, alguien más aparece en la puerta. Es Carmiña, la de la mercería, con una bolsa de telas.

—He pensado que necesitarías cortinas nuevas —dice—. Las viejas están hechas polvo.

—Carmiña, no tenías que...

—Tonterías. Es lo mínimo. Después de todo lo que ha pasado tu familia...

Entra y empieza a tomar medidas de las ventanas.

Media hora después llega Fermín, el del bar, con bocadillos de tortilla para todas.

—No podéis trabajar con el estómago vacío —dice—. Es antieconómico.

—Fermín, cuánto te debo.

—Nada. Invita la casa.

Y así, poco a poco, la chocolatería se llena de gente.

Xosé el pescador trae herramientas y se pone a arreglar la puerta trasera, que no cierra bien desde que la policía la forzó. Maruja del estanco aparece con productos de limpieza que jura que le sobraban de no sé qué inventario. Incluso el viejo Ramón, que tiene noventa

años y apenas sale de casa, se acerca a sentarse en una silla y dar consejos que nadie le ha pedido.

—En mis tiempos, el chocolate se hacía a mano —dice—. Nada de máquinas ni tonterías.

—Ramón, el chocolate siempre se ha hecho a mano.

—Pues eso digo yo.

Para las seis de la tarde, el obrador está limpio. No renovado, no equipado, pero limpio. Las vitrinas brillan. El suelo se puede pisar sin que te quedes pegado. Y el olor a lejía empieza a dar paso a algo más sutil: el fantasma de cacao que nunca llegó a irse del todo.

—Bueno —dice Rosi, mirando alrededor—. Ya parece algo.

—Parece una chocolatería —dice Carmiña.

—Parece el principio —digo yo.

Todo el mundo se ha ido a casa para cenar. Me quedo sola, sentada en el mostrador, mirando el espacio vacío.

Aquí, en estas vitrinas, mi bisabuela exponía sus bombones. Aquí, detrás de este mostrador, mi abuela atendía a clientes que venían desde Pontevedra solo por probar su chocolate. Aquí, durante setenta años, cuatro generaciones de mujeres Campo construyeron algo.

Y yo voy a reconstruirlo.

Mi móvil suena. No vibra, suena. Alguien me está llamando.

Miro la pantalla. Número desconocido.

Por un momento, el miedo me paraliza. Los mensajes anónimos. Las amenazas. Willem Van den Berg.

Pero luego recuerdo que Dmitri está en la cárcel. Que Braulio también. Que la policía vigila el pueblo.

Descuelgo.

—Hola.

—Lola. Soy Valentina.

Tardo un segundo en procesar.

—Valentina. Cómo... cómo estás.

—Mejor. Me dieron el alta hace dos días. Estoy en Madrid, recuperándome.

—Me alegro.

Silencio incómodo. Hay demasiadas cosas entre nosotras. Demasiada historia.

—He visto las noticias —dice Valentina—. Lo del secuestro de tu abuela. Lo de la red de tráfico de antigüedades. Joder, Lola. Vaya mierda.

—Sí. Vaya mierda.

—Y la chocolatería. He visto en tu Instagram que la estás limpiando.

Miro alrededor. Es verdad, he subido algunas fotos del proceso. Nada muy elaborado, solo actualizaciones para mis seguidores, que de alguna forma han pasado de tres mil a casi veinte mil en la última semana.

—Sí. Voy a reabrirla.

—Eso es... es increíble, Lola. De verdad.

—Gracias.

Otro silencio.

—Oye —dice Valentina—. Quería disculparme. Otra vez.

—Ya te disculpaste en el hospital.

—Ya, pero no sé si fui clara. Lo de Fernando, lo de la campaña... me siento como una mierda. Llevo años sintiéndome como una mierda.

—Valentina...

—Déjame terminar. —Respira hondo—. Sé que no puedo cambiar lo que pasó. Pero quiero que sepas que he dejado la agencia. He dejado el mundo del influencing. Todo eso.

—Qué.

—Estoy empezando de cero. Como tú. —Pausa—. Lo que me pasó en la chocolatería... casi morir así... te hace pensar, sabes. En qué estás haciendo con tu vida. En si vale la pena.

—Y has decidido que no valía la pena.

—He decidido que quiero hacer algo real. Algo que importe.

Miro las vitrinas vacías. El mostrador de mármol. El espacio que pronto se llenará de chocolate.

—Te entiendo —digo—. Más de lo que crees.

—Ya. Supongo que sí.

Silencio. Pero este es diferente. Menos incómodo.

—Lola.

—Qué.

—Si alguna vez necesitas ayuda con el marketing de la chocolatería... ya sabes. Tengo experiencia.

—Pensaba que habías dejado el influencing.

—He dejado el influencing vacío. Pero ayudar a promocionar algo que vale la pena... eso es diferente.

Pienso en ello.

—Te lo agradezco. De verdad. Pero ahora mismo no sé ni por dónde empezar con el negocio. El marketing puede esperar.

—Claro. La oferta está ahí, para cuando quieras.

—Gracias, Valentina.

—Gracias a ti. Por no odiarme.

—Nunca te odié.

—Un poco sí.

—Vale. Un poco sí. —Casi sonrío—. Pero ya no.

—Me alegro.

Cuelga.

Me quedo mirando el móvil.

Valentina Ferrer ofreciéndome ayuda. El mundo se ha vuelto loco.

O quizás el mundo siempre estuvo loco y solo ahora me estoy dando cuenta.

Cierro la chocolatería y camino hacia casa de mi abuela.

El pueblo está tranquilo a esta hora. Las luces de las casas se encienden una a una, como velas en una iglesia. Huele a cena, a sal

del mar, a ese olor particular que solo tienen los sitios donde has sido feliz de pequeño.

Mi móvil vibra. Un mensaje de Martín.

"Sigo en Madrid. Las reuniones se alargan. Cómo va todo por ahí?"

Escribo: "Bien. El pueblo entero ha venido a ayudar con la limpieza."

"Los pueblos pequeños son así."

"Tú cómo estás?"

"Cansado. Pero avanzamos. Willem tiene propiedades en tres países. Estamos coordinando con la policía belga y holandesa."

"Suena complicado."

"Lo es. Pero vamos a pillarlo."

"Eso espero."

"Yo también."

Pausa. Luego otro mensaje.

"Te echo de menos."

El corazón me da un salto.

Escribo: "Yo también."

"Vuelvo en dos días. Tres como mucho."

"Estaré aquí."

"Lo sé. Es lo mejor de ti."

No sé qué responder a eso. Así que pongo un corazón. Solo uno. Pequeño. Casi insignificante.

Pero él responde con otro.

Y eso, de alguna forma, lo dice todo.

Llego a casa de mi abuela. Huele a empanada recién hecha y a algo dulce que no identifico.

—Ya estás aquí —dice Carmela desde la cocina—. Lávate las manos. La cena está casi lista.

—Qué has hecho.

—Empanada de zorza y filloas de postre.

—Abuela, eso es mucha comida para dos personas.

—No somos dos. Somos cuatro.

—Cuatro.

Antes de que pueda preguntar, alguien llama a la puerta.

Abro.

Es mi madre.

Lucía Campo está en el umbral con una maleta pequeña, el pelo rubio recién teñido, y esa expresión de estar haciendo algo que le cuesta mucho pero que sabe que tiene que hacer.

—Hola, Lola —dice.

—Mamá. Qué haces aquí.

—He venido a ayudar. —Mira hacia dentro—. Si me dejáis, claro.

Detrás de ella, otra figura. Un hombre de unos sesenta años, pelo canoso, sonrisa amable.

—Y este es Roberto —dice mi madre—. Mi... bueno. Mi pareja.

Roberto extiende la mano.

—Encantado, Lola. He oído mucho sobre ti.

—Yo no he oído nada sobre usted.

—Lola —dice mi madre con tono de advertencia.

—Es la verdad.

—Ya. Bueno. Por eso estoy aquí. Para que empecemos a hablar.

Nos miramos. Mi madre y yo llevamos años sin hablar de verdad. Llamadas cortas, mensajes superficiales, esa distancia que se instala entre padres e hijos cuando nadie sabe cómo romperla.

—Pasad —digo finalmente—. La abuela ha hecho empanada.

Mi madre sonríe. Es una sonrisa pequeña, insegura.

—Gracias.

Entran.

Carmela aparece desde la cocina, secándose las manos en el delantal.

—Lucía —dice.

—Mamá.

Se miran. Cuarenta años de historia entre ellas. Peleas, reproches, silencios. Y también amor. Siempre amor, debajo de todo lo demás.

Mi abuela abre los brazos.

Mi madre se refugia en ellos.

Y yo me quedo mirando, con un nudo en la garganta, pensando que quizás la tragedia tiene eso de bueno: a veces hace falta casi perder algo para darte cuenta de lo que vale.

Cenamos los cuatro.

Roberto resulta ser profesor de literatura en la universidad de Barcelona. Lleva tres años con mi madre y claramente la adora. Cuenta chistes malos y se ríe de sí mismo. Mi abuela lo aprueba a los cinco minutos.

—Entonces —dice mi madre cuando estamos en los postres—. La chocolatería.

—La chocolatería.

—Vas a reabrirla.

—Ese es el plan.

—Y sabes hacer chocolate.

—Todavía no. Pero voy a aprender.

Mi madre mira a mi abuela.

—Mamá, tú vas a enseñarle.

—Claro que voy a enseñarle. Quién si no.

—Es que... con la cadera... y después de lo que ha pasado...

—Lucía, tengo ochenta y tres años, no ochenta y tres siglos. Puedo enseñar a mi nieta a temperar chocolate sin morirme en el intento.

—No digo que vayas a morirte, solo digo que...

—Lo que dices es que soy vieja e inútil.

—Mamá, eso no es...

—Señoras —interviene Roberto con diplomacia—. Quizás podríamos centrarnos en lo positivo. Lola va a reabrir un negocio familiar. Eso es maravilloso.

—Gracias, Roberto —digo.

—De nada. Para eso estamos los neutrales.

Mi abuela resopla. Mi madre pone los ojos en blanco. Pero la tensión se rompe.

—Voy a necesitar ayuda —digo—. No solo para aprender. Para renovar el local, para conseguir permisos, para todo.

—Cuenta conmigo —dice mi madre.

La miro sorprendida.

—En serio.

—En serio. —Hace una pausa—. Sé que no he sido... que nuestra relación no ha sido... joder, Lola. Soy tu madre. Y quiero estar ahí.

—Aunque eso signifique volver al pueblo.

—Aunque eso signifique volver al pueblo. —Mira a su alrededor—. Quizás ya era hora de enfrentar algunas cosas.

Mi abuela coge la mano de mi madre. Mi madre coge la mía.

Tres generaciones de mujeres Campo, sentadas en una cocina, planeando un futuro.

Es raro.

Es incómodo.

Es perfecto.

—Bueno —dice Carmela—. Si vamos a hacer esto, necesitamos un plan.

—Un plan.

—Sí. Paso uno: conseguir cacao de calidad. Paso dos: revisar las recetas. Paso tres: hacer números.

—Abuela, parece que llevas tiempo pensando en esto.

—Llevo dos años pensando en esto. Desde que cerré. —Me mira—. Solo necesitaba a alguien lo suficientemente loca para hacerlo realidad.

—Y esa soy yo.

—Esa eres tú.

Sonrío.
Por primera vez en mucho tiempo, el futuro parece algo bueno.
Algo posible.
Algo mío.
—Vale —digo—. Manos a la obra.

Capítulo 17

Lecciones de chocolate

El cacao huele diferente cuando lo trabajas tú misma.

No es solo el aroma dulce y amargo que recuerdo de mi infancia. Es algo más profundo, más complejo. Notas de fruta, de tierra, de humo. Como si cada grano guardara la historia del lugar donde creció.

—Estás pensando demasiado —dice mi abuela—. El chocolate no se piensa. Se siente.

Estamos en el obrador, rodeadas de ollas de cobre y termómetros de precisión. Mi madre está sentada en un taburete junto a la puerta, tomando notas en una libreta. Roberto ha ido a dar un paseo por el pueblo, lo cual agradezco porque bastante presión tengo ya.

—Abuela, no sé qué se supone que tengo que sentir.

—La temperatura. El punto exacto en que el chocolate pasa de líquido a... otra cosa.

—Otra cosa no es muy científico.

—El chocolate no es ciencia. Es arte.

Remuevo la masa oscura con la espátula de madera. Llevamos tres horas con esto. Tres horas de derretir, temperar, enfriar, volver a calentar. Mis brazos están agotados. Mi paciencia también.

—Ahora —dice Carmela—. Vierte un poco en el molde.

Cojo la olla con cuidado y vierto chocolate en un molde rectangular. El líquido cae despacio, brillante, perfecto.

—Bien. Ahora golpea el molde contra la mesa. Suave. Para sacar las burbujas.

Golpeo. Una vez. Dos.

—Más suave. No estás matando a nadie.

Golpeo más suave.

—Ahora lo dejamos enfriar. Media hora. Y luego veremos qué tal ha quedado.

Me seco las manos en el delantal. Tengo chocolate en los nudillos, en la muñeca, probablemente en la cara. Parezco una niña que ha asaltado la despensa.

—La primera vez que hice chocolate tenía ocho años —dice mi abuela, sentándose en una silla junto al mostrador—. Mi madre me puso delante de la olla y me dijo que removiera. Nada más. Solo remover.

—Y qué pasó.

—Que me aburrí y dejé de remover. El chocolate se quemó. Mi madre me hizo limpiar la olla entera con un cepillo. Tardé dos horas.

—Qué lección tan bonita.

—Era una mujer práctica, tu bisabuela. Aprendías o aprendías.

Mi madre levanta la vista de sus notas.

—A mí nunca me enseñaste a hacer chocolate.

El silencio que sigue es denso. Carmela mira a su hija con expresión indescifrable.

—Tú nunca quisiste aprender.

—Eso no es verdad.

—Me dijiste, con catorce años, que el chocolate era cosa de viejas y que tú ibas a ser algo importante.

—Tenía catorce años. Los adolescentes dicen estupideces.

—Las estupideces a veces duelen.

Mi madre baja la mirada. Su bolígrafo se queda quieto sobre el papel.

—Lo siento —dice—. Siento haber dicho eso. Siento haberme ido. Siento... muchas cosas.

Carmela suspira.

—Lucía, no te estoy pidiendo disculpas. Solo te estoy diciendo lo que pasó.

—Ya lo sé. Pero necesito que sepas que me arrepiento. De haberme perdido esto. —Señala a su alrededor—. De haberte dejado sola con el negocio, con el escándalo, con todo.

—No estuve sola. Tenía a tu padre. Y luego a Lola, los veranos.

—No es lo mismo.

—No. No lo es.

Se miran. Madre e hija. Cuarenta años de cosas sin decir.

—Abuela —intervengo—. Creo que el chocolate ya está.

Es mentira. Faltan al menos veinte minutos. Pero alguien tiene que romper este momento antes de que se rompa solo.

Carmela me mira con esa expresión de saber exactamente lo que estoy haciendo. Pero asiente.

—Sí. Vamos a ver.

Se levanta y camina hacia el molde. Lo coge con cuidado, lo observa a contraluz.

—Tiene buena pinta —dice—. Pero la prueba está en el desmoldado.

—Y cuándo desmoldamos.

—Mañana. Tiene que reposar toda la noche.

—Toda la noche.

—El chocolate tiene su propio tiempo, Lola. No puedes acelerarlo.

Suspiro.

Mi madre guarda la libreta y se acerca.

—Ha estado bien —dice—. Para ser tu primera vez.

—Ha sido un desastre.

—Los desastres son parte del aprendizaje.

—Eso suena a frase de libro de autoayuda.

—Es una frase de libro de autoayuda. Roberto me lo regaló el año pasado.

Casi sonrío.

Salimos del obrador. La tienda sigue vacía, pero ya no parece abandonada. Las vitrinas están limpias, el mostrador brilla, y

Carmiña ha colgado unas cortinas nuevas de color granate que combinan con el terciopelo del fondo.

—Falta mucho —digo—. Pero empieza a parecer algo.

—Empieza a parecer la chocolatería que recuerdo —dice mi madre.

—Tú la recuerdas.

—Claro que la recuerdo. Venía aquí todos los días después del colegio. Me sentaba en ese taburete y hacía los deberes mientras mamá atendía a los clientes.

—No sabía eso.

—Hay muchas cosas que no sabes. —Me mira—. Igual que hay muchas cosas que yo no sé de ti.

—Podríamos cambiar eso.

—Sí. Podríamos.

Alguien llama a la puerta de cristal.

Miro. Y el corazón me da un vuelco.

Martín está al otro lado, con una bolsa de papel en la mano y esa media sonrisa que ya reconozco.

—Está aquí —digo, probablemente con demasiado entusiasmo.

—Ya veo que está aquí —dice mi madre con un tono que no me gusta nada—. Y tú tienes chocolate en la nariz.

Me froto la nariz con el dorso de la mano. Perfecto. Justo la imagen que quería dar.

Abro la puerta.

—Has vuelto.

—He vuelto. —Levanta la bolsa—. Y he traído churros. Del puesto de la plaza de Pontevedra.

—Churros.

—Para mojar en chocolate. Si tienes chocolate, claro.

—Tenemos chocolate. Recién hecho.

—Entonces estamos de suerte.

Entra. Mi madre y mi abuela lo miran con curiosidad apenas disimulada.

—Inspector Vilar —dice Carmela—. Cuánto tiempo.

—Cuatro días, señora Campo.

—Parecen más.

—A mí también me lo parecen.

Mi madre extiende la mano.

—Lucía Campo. La madre de Lola.

—Encantado. He oído hablar mucho de usted.

—Espero que cosas buenas.

—Cosas interesantes.

Mi madre alza una ceja. Mira a Martín, luego a mí, luego otra vez a Martín.

—Bueno —dice—. Creo que voy a buscar a Roberto. Debe de estar perdido por el pueblo.

—Te acompaño —dice Carmela, cogiendo su bastón—. Necesito comprar leche.

—Pero si compraste leche esta mañana...

—Pues necesito más.

Se van.

Con una sutileza de elefante en cacharrería, pero se van.

Martín y yo nos quedamos solos en la tienda vacía.

—Tu familia es...

—Mucho. Lo sé.

—Iba a decir encantadora.

—Eso también.

Nos miramos. Han pasado cuatro días, pero parece más. Parece una eternidad.

—Tienes chocolate en la nariz —dice.

—Ya lo sé. Mi madre me lo ha dicho.

—Te queda bien.

—Mentiroso.

—Un poco.

Sonreímos.

—Qué tal Madrid —pregunto.

—Productivo. Hemos conseguido localizar tres cuentas bancarias de Willem Van den Berg en paraísos fiscales. La Interpol está preparando las órdenes de congelación.

—Eso es bueno.

—Es muy bueno. Sin dinero, Willem no puede contratar a más gente como Dmitri.

—Y él. Willem. Sigue en Bélgica.

—Sigue en Bélgica. Pero sabemos que nos está vigilando. Ha contratado abogados, ha hecho movimientos defensivos. Sabe que vamos a por él.

—Y cuánto tiempo hasta que podáis detenerlo.

—Semanas. Quizás meses. Estos casos internacionales son lentos.

—Mientras tanto, mi familia sigue en peligro.

—Mientras tanto, hay vigilancia permanente en el pueblo. Y Willem sabe que si intenta algo más, lo pillaremos.

No es exactamente tranquilizador. Pero es lo que hay.

—Oye —dice Martín—. No he venido a hablar de trabajo.

—Ah, no.

—No. He venido a traer churros. Y a ver cómo estás.

—Estoy... —Pienso—. Cansada. Confusa. Emocionada. Asustada. Todo a la vez.

—Suena intenso.

—Lo es.

Martín deja la bolsa de churros en el mostrador. Da un paso hacia mí.

—Lola.

—Qué.

—Llevas chocolate en la nariz y hueles a cacao y tienes pinta de no haber dormido en días.

—Gracias. Muy halagador.

—Y aun así —continúa—, eres lo mejor que he visto en toda la semana.

El corazón me da un salto.

—Eso...

—Sí.

—Eso ha sonado muy cursi.

—Lo sé. No se me dan bien estas cosas.

—A mí tampoco.

—Entonces estamos empatados.

Nos miramos. Estamos muy cerca. Más cerca de lo que hemos estado nunca.

—Martín.

—Qué.

—Vas a besarme o qué.

Él sonríe.

—Estaba esperando permiso.

—Permiso concedido.

Y me besa.

Es un beso suave, tentativo, de esos primeros besos que no saben muy bien adónde van pero quieren descubrirlo. Sabe a café y a algo dulce que no identifico. Dura un segundo, o un minuto, o una hora. No lo sé. El tiempo hace cosas raras cuando alguien te besa en medio de una chocolatería vacía.

Cuando nos separamos, estoy sonriendo como una idiota.

—Bueno —digo.

—Bueno —dice él.

—Eso ha sido...

—Sí.

—Bien.

—Bien.

Nos reímos. Es una risa nerviosa, de alivio, de todas esas emociones que no saben cómo salir de otra forma.

—Los churros se están enfriando —digo.

—A la mierda los churros.

Me besa otra vez.

Esta vez es más largo. Más seguro. Sus manos en mi cintura, las mías en sus hombros. El olor a cacao mezclándose con su colonia.

Cuando nos separamos por segunda vez, estoy un poco mareada.

—Vale —digo—. Ahora sí. Churros.

—Churros.

Cogemos la bolsa y nos sentamos en el suelo, con la espalda contra el mostrador, como dos adolescentes haciendo pellas.

Los churros están templados pero todavía buenos. Los mojamos en el chocolate que ha sobrado de la práctica de esta mañana. No está perfectamente temperado, pero a quién le importa.

—Cuéntame qué has hecho estos días —dice Martín.

Le cuento. La limpieza, los vecinos ayudando, la llamada de Valentina, la llegada de mi madre. Él escucha sin interrumpir, asintiendo en los momentos adecuados.

—Tu madre parece importante —dice cuando termino.

—Lo es. Llevamos años sin hablar de verdad.

—Y ahora.

—Ahora estamos intentándolo. No sé si funcionará, pero estamos intentándolo.

—Eso ya es mucho.

—Sí. Supongo que sí.

Silencio. Pero es un silencio cómodo. De esos que no necesitan llenarse.

—Martín.

—Qué.

—Lo del ascenso. Has decidido algo.

Él suspira.

—Lo he rechazado.

—Qué.

—He dicho que no. Que prefiero quedarme en Galicia.

—Pero tu carrera...

—Mi carrera puede esperar. —Me mira—. Hay cosas más importantes.

—Cómo cuáles.

—Como esto. —Señala a su alrededor—. Como ayudar a cerrar el caso Van den Berg desde aquí. Como... —Hace una pausa—. Como ver adónde lleva esto que tenemos.

—Esto que tenemos.

—Sí. Esto.

Lo miro. Sus ojos de café sin azúcar. Su cara de necesitar siempre una siesta. Su forma de estar aquí, presente, sin pedir nada que no pueda dar.

—Me alegro —digo—. De que te quedes.

—Yo también.

Cojo otro churro. Lo mojo en chocolate.

—Sabes qué —digo.

—Qué.

—Creo que este es el mejor churro que he comido en mi vida.

—Es un churro normal de un puesto normal.

—Ya. Pero el contexto importa.

Martín sonríe.

—El contexto importa —repite—. Me gusta eso.

—A mí también.

Seguimos comiendo churros.

Fuera, el sol empieza a ponerse sobre Vila do Cacau.

Y dentro, por primera vez en mucho tiempo, todo parece estar exactamente donde tiene que estar.

Capítulo 18

Pequeñas victorias

El chocolate ha cuajado.

Lo sé antes de desmoldarlo porque tiene ese brillo característico, esa superficie lisa y perfecta que solo consigues cuando el temperado ha salido bien. Pero aun así, cuando le doy la vuelta al molde y la tableta cae sobre la mesa con un golpe seco y satisfactorio, se me escapa un grito.

—Lo he conseguido.

Mi abuela se acerca cojeando. Coge la tableta, la examina a contraluz, la huele.

—Tiene buen aspecto —dice.

—Tiene buen aspecto. Eso es todo. He pasado cuatro horas haciendo esto y lo único que dices es que tiene buen aspecto.

—La prueba está en el sabor.

Parte un trozo y se lo lleva a la boca. Mastica despacio, con los ojos cerrados, como si estuviera meditando.

Espero.

Sigo esperando.

—Abuela, me vas a dar algo.

Abre los ojos.

—Está bueno.

—Bueno.

—Muy bueno. —Sonríe—. No está perfecto, le falta un poco de profundidad en el sabor, pero para ser tu tercera vez... está muy bueno, Lola.

El alivio me recorre el cuerpo como una ola.

—De verdad.

—De verdad. Tu bisabuela estaría orgullosa.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Gracias, abuela.

—No me las des. Esto es solo el principio. Ahora tienes que hacer lo mismo cien veces más hasta que te salga perfecto sin pensar.

—Cien veces.

—Como mínimo.

Suspiro. Pero es un suspiro feliz.

Mi madre entra en el obrador con el móvil en la mano.

—Lola, tienes que ver esto.

—Qué pasa.

—Instagram. Tu última publicación.

Cojo el móvil. Ayer subí una foto del obrador reformado, con las ollas de cobre brillando y un texto sobre empezar de nuevo. Nada especial.

Tiene cuarenta y dos mil likes.

—Qué cojones.

—Y mira los comentarios.

Los leo. Hay cientos. Miles.

"Necesito probar ese chocolate."

"Cuándo abrís? Voy desde Madrid solo por esto."

"La historia de tu familia es increíble. Estoy llorando."

"Galicia te espera, reina."

—Cómo ha pasado esto —pregunto.

—Una cuenta grande te ha compartido. Mira.

Me enseña otra publicación. Es de una cuenta de gastronomía con medio millón de seguidores. Han compartido mi foto con un texto: "El mejor comeback del año: una mujer deja la publicidad para reabrir la chocolatería de su bisabuela en Galicia. Si esto no es inspirador, no sé qué lo es."

Miro a mi madre.

—Esto es...

—Marketing orgánico. El mejor tipo.

—No he hecho nada para conseguirlo.

—Has hecho todo para conseguirlo. Has sido auténtica. La gente nota la diferencia.

Me siento en un taburete. Necesito procesar esto.

Cuarenta y dos mil likes. Comentarios de gente que quiere venir desde Madrid, desde Barcelona, desde el extranjero. Por mi chocolate. Por mi historia.

—Lola —dice mi abuela—. Esto significa que cuando abramos, va a venir gente.

—Sí.

—Mucha gente.

—Sí.

—Estás preparada para eso.

Miro a mi alrededor. El obrador limpio pero todavía medio vacío. Las vitrinas sin productos. Las recetas que apenas estoy empezando a dominar.

—No —digo—. Pero voy a estarlo.

Las siguientes dos semanas pasan en un borrón de trabajo, chocolate y muy pocas horas de sueño.

Mi madre resulta ser una organizadora nata. Hace listas, llama a proveedores, negocia precios. Roberto la ayuda con los números, que resulta que se le dan sorprendentemente bien para ser profesor de literatura.

Mi abuela me enseña. Cada día, una receta nueva. Trufas de café. Bombones de licor de orujo. Tabletas con sal de las Rías. Los clásicos de Chocolatería Carmela, los que hicieron famoso el negocio hace décadas.

Y yo aprendo. Aprendo a temperar sin termómetro, solo con el tacto. Aprendo a reconocer el punto exacto de la ganache. Aprendo que el chocolate tiene memoria, que recuerda cómo lo has tratado y te lo devuelve.

Martín viene cuando puede. Su horario es caótico, el caso Van den Berg consume la mayor parte de su tiempo, pero siempre encuentra un hueco. A veces es una cena rápida en casa de mi abuela. A veces es un paseo por el puerto al atardecer. A veces es media hora robada en el obrador, probando mis últimas creaciones y diciéndome que están buenísimas aunque yo sepa que todavía les falta algo.

—Este tiene demasiado azúcar —le digo, quitándole un bombón de la mano.

—A mí me gusta con azúcar.

—Eso es porque tienes el paladar de un niño de cinco años.

—Gracias. Muy amable.

—De nada.

Me besa. Sabe a chocolate y a café. Se está convirtiendo en mi combinación favorita.

Una noche, mientras estamos sentados en el banco del jardín de mi abuela, me cuenta las novedades del caso.

—Han congelado las cuentas de Willem —dice—. Tres millones de euros inmovilizados.

—Eso es mucho dinero.

—Es una parte de su fortuna. Pero le duele. Sus abogados están presentando recursos, pero va a tardar meses en recuperar el acceso.

—Y mientras tanto.

—Mientras tanto, no puede financiar operaciones. Dmitri ha confirmado que Willem le pagaba por adelantado. Sin dinero, no hay más Dmitris.

—Eso es bueno.

—Es muy bueno. Pero no es suficiente.

—Qué más necesitáis.

—Necesitamos que Willem cometa un error. Que intente mover dinero, que contacte con alguien, que haga algo que podamos usar para pedir la extradición.

—Y si no comete ningún error.

—Entonces esperamos. Y seguimos investigando.

Miro las estrellas. En Vila do Cacau se ven más que en Madrid. Mucho más.

—Martín.

—Qué.

—Crees que algún día podré dejar de mirar por encima del hombro.

Él no responde inmediatamente. Se queda pensando.

—Creo que llegará un momento —dice finalmente— en que Willem dejará de ser una amenaza. Porque lo pillaremos, o porque se cansará, o porque encontrará otro objetivo. Pero hasta entonces... no voy a mentirte, Lola. Tendrás que ser prudente.

—Prudente.

—No paranoica. Solo prudente. Hay diferencia.

—Es difícil no ser paranoica cuando un multimillonario belga quiere robar los secretos de tu familia.

—Lo sé. Pero no estás sola. Tienes a tu abuela, a tu madre, al pueblo entero que te ha adoptado. —Hace una pausa—. Y me tienes a mí.

Le cojo la mano.

—Eso ayuda.

—Me alegro.

Nos quedamos en silencio, mirando las estrellas.

—He tomado una decisión —digo.

—Sobre qué.

—Sobre la libreta.

Martín se gira hacia mí.

—Y qué has decidido.

—Voy a publicar las recetas. Pero no las fórmulas medicinales.

—Por qué no todas.

—Porque las recetas de chocolate son para compartir. Son para que la gente las disfrute, las adapte, las haga suyas. Pero las fórmulas... —Hago una pausa—. Las fórmulas son otra cosa. Algunas pueden ser peligrosas si se usan mal. Y no quiero ser responsable de eso.

—Entonces qué vas a hacer con ellas.

—Voy a donarlas a una universidad. A un departamento de farmacología o de historia de la medicina. Que las estudien, que investiguen si tienen valor real. Pero que no estén en mis manos ni en las de ningún coleccionista.

Martín asiente despacio.

—Me parece bien.

—Sí.

—Sí. Es una solución equilibrada. Proteges el conocimiento sin destruirlo, pero también lo sacas de circulación.

—Willem no va a estar contento.

—Willem puede irse a la mierda.

Me río. Es la primera vez que le oigo ser tan directo.

—Eso ha sonado muy poco profesional, inspector.

—Estoy fuera de servicio.

—Ah, entonces todo vale.

—Todo vale.

Me besa otra vez. Esta vez más largo, más profundo.

Cuando nos separamos, estoy sin aliento.

—Deberíamos entrar —digo—. Mi abuela nos está espiando desde la ventana de la cocina.

Martín mira hacia la casa. Efectivamente, hay una sombra detrás de las cortinas que se mueve rápidamente cuando la pillan.

—Tu familia es increíble —dice.

—Lo sé. Lo siento.

—No lo sientas. Me gusta.

—De verdad.

—De verdad.

Entramos en la casa cogidos de la mano.

Mi abuela finge estar muy ocupada ordenando los armarios de la cocina.

—Ah, ya habéis terminado de mirar las estrellas —dice sin girarse.

—Sí, abuela. Ya hemos terminado.

—Qué bien. Hay filloas en la nevera, por si tenéis hambre.

—Gracias.

—De nada. Buenas noches.

—Buenas noches, abuela.

Martín y yo nos miramos. Contenemos la risa.

—Filloas —pregunta él en voz baja.

—Es como un crepe gallego. Están buenísimas.

—Pues vamos a probarlas.

Nos sentamos en la mesa de la cocina a comer filloas a las once de la noche. Mi abuela desaparece escaleras arriba, probablemente satisfecha de que su nieta por fin tenga algo parecido a una vida amorosa normal.

—Lola —dice Martín entre bocado y bocado.

—Qué.

—Cuándo abres la chocolatería.

—En tres semanas. Si todo va bien.

—Va a ir bien.

—Cómo lo sabes.

—Porque tú estás al mando. Y no he conocido a nadie más testarudo en mi vida.

—Eso es un cumplido, verdad.

—Absolutamente.

Sonrío.

Tres semanas.

En tres semanas, Chocolatería Carmela volverá a abrir sus puertas.

Y yo estaré detrás del mostrador, vendiendo chocolate, contando la historia de mi familia, empezando una vida nueva.

Es aterrador.

Es emocionante.

Es exactamente lo que necesito.

—Oye —digo.

—Qué.

—Vas a venir a la inauguración, verdad.

—No me la perdería por nada del mundo.

—Bien. Porque necesito a alguien que pruebe todos los bombones y me diga que están buenos aunque no lo estén.

—Ese es literalmente mi trabajo favorito.

—Ya lo sé. Por eso te he elegido.

Martín sonríe.

Y yo pienso que quizás, solo quizás, este desastre de vida que tenía está empezando a parecerse a algo bonito.

Capítulo 19

La calma antes del chocolate

Tres días antes de la inauguración, todo se tuerce.

Bueno, no todo. Pero lo suficiente como para que me plantee seriamente si el universo tiene algo en mi contra.

Primero, el proveedor de cacao llama para decir que el envío se retrasa. Un problema en aduanas, dice. Papeleo, dice. Estará listo en una semana, dice.

—Una semana no me sirve —le digo por teléfono, intentando no gritar—. Necesito ese cacao pasado mañana.

—Lo siento, señora Campo. No está en mi mano.

Cuelgo.

Segundo, la temperadora industrial que compramos de segunda mano decide que es el momento perfecto para dejar de funcionar. Hace un ruido raro, escupe humo, y se apaga. Cuando llamo al técnico, me dice que la pieza que necesita hay que traerla de Barcelona y tardará cinco días.

—Cinco días tampoco me sirven.

—Puedo intentar encontrar una alternativa, pero no prometo nada.

Tercero, y esto ya es el colmo, Maruja del estanco viene a decirme que ha oído rumores de que alguien está planeando abrir otra chocolatería en Pontevedra. Una franquicia de esas grandes, con productos industriales y precios bajos.

—No te preocupes —dice Maruja—. Tu chocolate es mejor.

—Gracias, Maruja. Pero ahora mismo mi chocolate no existe porque no tengo cacao.

—Ah. Eso es un problema.

—Sí. Eso es un problema.

Me siento en el suelo del obrador y miro el techo. Las vitrinas vacías me devuelven la mirada. Todo el trabajo de las últimas semanas,

todo el esfuerzo, todas las noches sin dormir... para nada.

Mi móvil suena. Es mi madre.

—Lola, he encontrado un proveedor alternativo.

—Qué.

—Un proveedor de cacao en Portugal. Puede enviarnos lo que necesitamos mañana por la mañana si pagamos un extra por el transporte urgente.

—Cuánto de extra.

—Trescientos euros.

Es mucho. Pero no es imposible.

—Hazlo —digo.

—Ya está hecho. Te llamaba para confirmártelo.

—Mamá, te quiero.

—Lo sé. Para eso estamos las madres.

Cuelga.

Un problema resuelto. Quedan dos.

Me levanto del suelo. Voy a llamar a todos los técnicos de maquinaria industrial de Galicia si hace falta, pero esa temperadora va a funcionar para la inauguración.

Cuatro horas después, encuentro a un técnico en Vigo que tiene la pieza que necesito y puede venir mañana a primera hora. Me cobra el doble de lo normal, pero a estas alturas me da igual.

Dos problemas resueltos.

El tercero, la competencia, no tiene solución inmediata. Pero mi abuela tiene razón en algo: lo que yo ofrezco es diferente. Es historia, es tradición, es chocolate hecho a mano con recetas de cuatro generaciones. Ninguna franquicia puede competir con eso.

Al menos eso espero.

Esa noche, estoy en el obrador haciendo inventario cuando alguien llama a la puerta de cristal.

Es Martín.

Lleva una bolsa de papel en la mano y cara de haber tenido un día tan largo como el mío.

—He oído que has tenido problemas —dice cuando le abro.

—Cómo te has enterado.

—Maruja me lo ha contado. Y Fermín. Y Carmiña. Y creo que también el cartero.

—Este pueblo no sabe guardar un secreto.

—Para nada. —Me pasa la bolsa—. Te he traído cena.

Miro dentro. Hay un táper con algo que huele a maravilla.

—Qué es.

—Pulpo á feira. Del bar de Fermín.

—Fermín te ha dado pulpo.

—Se lo he comprado. Pero sí, me lo ha dado con una sonrisa sospechosa y un comentario sobre que cuide bien de ti.

—El pueblo entero cree que eres mi novio.

—No lo soy.

—No.

—Todavía.

Me mira con esa expresión suya de no saber si está bromeando o no. Yo tampoco lo sé.

—Todavía —repito.

—Sí. Todavía.

Nos quedamos un momento ahí, en la puerta, con el pulpo entre nosotros.

—Deberíamos comer —digo finalmente—. Antes de que se enfríe.

—Sí. Deberíamos.

Nos sentamos en el mostrador, con las piernas colgando, comiendo pulpo directamente del táper. Es poco elegante y probablemente antihigiénico. Pero está buenísimo.

—Cuéntame —dice Martín—. Los problemas.

Le cuento. El cacao, la temperadora, la competencia. Él escucha sin interrumpir, asintiendo en los momentos adecuados.

—Parece que lo tienes todo bajo control —dice cuando termino.

—Parece. Pero por dentro estoy aterrorizada.

—Es normal.

—No me siento normal. Me siento como si fuera a vomitar cada vez que pienso en la inauguración.

—También es normal.

—Martín, eso no ayuda.

—No intento ayudar. Intento que sepas que lo que sientes es válido.

Lo miro.

—Desde cuándo hablas como un libro de autoayuda.

—Desde que empecé a salir con una mujer que tiene más ansiedad que sentido común.

—Oye.

—Es un cumplido.

—No suena como un cumplido.

—Confía en mí.

Sonrío a mi pesar.

—Tengo noticias —dice Martín, cambiando de tema—. Sobre Willem.

El estómago se me contrae.

—Qué ha pasado.

—Ha cometido un error. —Martín deja el táper—. Intentó mover dinero a través de una cuenta en Luxemburgo. Lo pillamos.

—Y eso qué significa.

—Significa que tenemos pruebas de blanqueo de capitales. Suficientes para pedir la extradición.

—Vais a detenerlo.

—La policía belga va a detenerlo. Mañana por la mañana, si todo sale bien.

Me quedo sin palabras.

—Mañana —repito.

—Sí.

—Entonces esto... esto se acaba.

—La parte de Willem, sí. El caso seguirá abierto un tiempo, habrá juicios, papeleo. Pero la amenaza directa contra tu familia... se acaba.

No sé qué decir. No sé qué sentir.

Llevo semanas viviendo con el miedo de que Willem envíe a alguien más. De que aparezca otro Dmitri en mitad de la noche. De que todo lo que estoy construyendo desaparezca en un segundo.

Y ahora Martín me dice que se acaba.

—Lola —dice él, cogiéndome la mano—. Estás bien.

—Sí. Solo... necesito un momento.

Me bajo del mostrador. Camino hasta la ventana. Miro la calle vacía, las farolas encendidas, el pueblo dormido.

Se acaba.

Willem Van den Berg, el coleccionista que persiguió a mi familia durante generaciones, va a ser detenido. Va a pagar por lo que hizo. Por Valentina, por mi abuela, por todo.

Se acaba.

Las lágrimas empiezan a caer antes de que me dé cuenta.

Martín aparece a mi lado. No dice nada. Solo me abraza.

Y yo lloro.

Lloro de alivio, de agotamiento, de todas las emociones que he estado conteniendo durante semanas. Lloro por mi abuela, que casi muere por proteger un secreto. Lloro por mi bisabuela, que guardó ese secreto durante décadas. Lloro por mí misma, que llegué a este pueblo sin saber nada y ahora estoy a punto de abrir una chocolatería.

Cuando paro de llorar, tengo la cara de Martín empapada de lágrimas y mocos.

—Lo siento —digo—. Tu camisa...

—A la mierda la camisa.

Me río. Es una risa húmeda, temblorosa.

—Gracias —digo—. Por contármelo. Por estar aquí.

—No hay otro sitio donde quisiera estar.

Me besa. Suave, dulce, con sabor a pulpo y a lágrimas.

—Deberías irte a dormir —dice cuando nos separamos—. Mañana va a ser un día largo.

—Mañana van a ser todos los días largos durante un tiempo.

—Entonces más razón para descansar.

Asiento.

Salimos de la chocolatería. Martín me acompaña hasta la puerta de casa de mi abuela.

—Buenas noches —dice.

—Buenas noches.

—Lola.

—Qué.

—Vas a estar genial. En la inauguración. En todo.

—Cómo lo sabes.

—Porque te conozco. Y porque eres la persona más cabezota que he conocido en mi vida.

—Eso ya me lo has dicho.

—Merece la pena repetirlo.

Sonrío.

—Buenas noches, Martín.

—Buenas noches, Lola.

Entra en el coche. Se va.

Yo entro en la casa.

Mi abuela está en el salón, con una taza de tila en la mano.

—Qué tal —pregunta.

—Bien. —Me siento a su lado—. Van a detener a Willem.

Carmela deja la taza.

—Qué.

—Mañana. La policía belga. Martín acaba de contármelo.

Mi abuela se queda callada un momento. Luego suspira.

—Gracias a Dios.

—Sí.

—Tu bisabuela habría querido ver esto.

—Lo sé.

—Llevó toda su vida protegiéndose de gente como él. Y ahora, por fin...

—Por fin se acaba.

Carmela me coge la mano.

—Estoy orgullosa de ti, Lola.

—No he hecho nada especial.

—Has hecho todo. Has vuelto, has luchado, has reconstruido lo que otros querían destruir. Eso es todo.

Se me llenan los ojos de lágrimas otra vez.

—Abuela, como siga llorando me voy a deshidratar.

—Pues bebe agua. Pero no dejes de sentir.

Me río entre lágrimas.

—Te quiero, abuela.

—Y yo a ti, boba.

Nos abrazamos.

Fuera, la noche cubre Vila do Cacau con su manto de estrellas.

Y dentro, por primera vez en mucho tiempo, todo parece posible.

Capítulo 20

Inauguración

Me despierto a las cinco de la mañana sin necesidad de alarma.

El día ha llegado.

Me quedo un momento en la cama, mirando el techo de la habitación de mi infancia. El póster de los Backstreet Boys sigue ahí, descolorido y ridículo. Las estanterías con libros que leí hace veinte años. La ventana por la que se cuela la primera luz del amanecer gallego.

Hoy abro la chocolatería.

Hoy Chocolatería Carmela vuelve a existir.

Me levanto.

En la cocina, mi abuela ya está despierta. Tiene un café en la mano y esa expresión de no haber dormido mucho pero tampoco necesitarlo.

—Buenos días —dice.

—Buenos días.

—Nerviosa.

—Aterrorizada.

—Bien. Eso significa que te importa.

Me sirvo un café. Mis manos tiemblan un poco al coger la taza.

—Abuela.

—Qué.

—Gracias. Por todo. Por enseñarme, por confiar en mí, por...

—Lola, son las cinco de la mañana. Es demasiado temprano para ponerse emotiva.

—Ya. Perdona.

—Guárdatelo para el discurso de inauguración.

—Hay discurso de inauguración.

—Claro que hay discurso. Qué clase de reapertura sería sin discurso.

Joder. Nadie me había dicho que tenía que dar un discurso.

A las seis, llegamos a la chocolatería.

Mi madre y Roberto ya están allí, colocando las últimas decoraciones. Han puesto guirnaldas de flores en la entrada, un cartel que dice "Chocolatería Carmela - Desde 1952" y una foto enmarcada de mi bisabuela junto a la puerta.

—Qué te parece —pregunta mi madre.

Miro a Concepción Campo. Joven, seria, con esa mirada de quien sabe exactamente lo que quiere y cómo conseguirlo.

—Es perfecta —digo.

A las siete, empiezo a preparar el chocolate.

El obrador huele a cacao, a vainilla, a todas las cosas buenas del mundo. La temperadora funciona sin problemas, gracias al técnico de Vigo que vino ayer y se quedó tres horas asegurándose de que todo estuviera perfecto.

Hago trufas. Bombones. Tabletas. Las recetas de mi bisabuela, perfeccionadas por mi abuela, aprendidas por mí en las últimas semanas.

No están perfectas. Probablemente nunca lo estarán. Pero están hechas con amor, con historia, con las manos de cuatro generaciones de mujeres Campo.

Eso tiene que contar para algo.

A las nueve, mi móvil vibra. Es Martín.

"Willem Van den Berg ha sido detenido esta mañana en Amberes. La policía belga lo tiene bajo custodia."

Leo el mensaje tres veces.

Detenido.

Bajo custodia.

Se acabó.

Escribo: "Gracias. Por todo."

Él responde: "Nos vemos en la inauguración. No llegaré tarde."

Guardo el móvil.

Respiro.

A las diez, el pueblo empieza a congregarse frente a la chocolatería.

Primero llega Rosi, con una cesta de pan recién hecho que insiste en que pongamos junto a los chocolates. Luego Fermín, con una botella de orujo "para brindar". Luego Carmiña, Maruja, Xosé, el viejo Ramón, y docenas de personas cuyos nombres apenas recuerdo pero que me saludan como si me conocieran de toda la vida.

—Es la nieta de Carmela —oigo que dicen—. La que ha vuelto para reabrir el negocio.

—La del secuestro, ¿no?

—Esa misma. Pero mira qué bien ha quedado todo.

A las diez y media, llega gente de fuera.

Coches con matrícula de Madrid, de Barcelona, de Bilbao. Gente que ha visto mis publicaciones en Instagram y ha conducido horas para estar aquí. Gente que quiere probar el chocolate, conocer la historia, formar parte de algo.

No me lo puedo creer.

A las once menos cuarto, Martín aparece entre la multitud.

Lleva una camisa azul que no le había visto antes y se ha peinado. Casi parece otra persona.

—Estás aquí —digo.

—Te dije que no llegaría tarde.

—Pensaba que era una forma de hablar.

—Nunca es una forma de hablar.

Me besa. Rápido, suave, delante de todo el pueblo.

Alguien silba. Creo que es Fermín.

—Madre mía —dice mi madre desde algún lugar—. Al final va a ser verdad lo del novio.

—Mamá, por favor.

—Qué. Solo constato hechos.

Martín sonríe. Yo pongo los ojos en blanco.

A las once en punto, salgo a la puerta de la chocolatería.

Hay al menos cien personas frente a mí. Vecinos del pueblo, visitantes de fuera, periodistas de medios locales. Todos mirándome, esperando.

Respiro hondo.

—Buenos días a todos —empiezo—. Gracias por venir.

Un aplauso. Lo corto con un gesto.

—Hace dos meses, llegué a este pueblo sin saber muy bien qué hacía con mi vida. Había dejado mi trabajo en Madrid, había quemado todos los puentes, y lo único que sabía era que necesitaba un cambio.

Pausa. Miro a mi abuela, que está junto a la puerta con los ojos brillantes.

—Lo que encontré aquí fue mucho más que un cambio. Encontré una historia. La historia de mi bisabuela Concepción, que abrió esta chocolatería en 1952 con nada más que unas recetas y un sueño. La historia de mi abuela Carmela, que mantuvo el negocio durante décadas a pesar de todo. Y la historia de un pueblo que, cuando las cosas se pusieron difíciles, no me dio la espalda.

Otra pausa. Busco a Rosi entre la multitud. La encuentro, llorando como una magdalena.

—Ha habido momentos duros. Momentos en los que pensé que no iba a conseguirlo. Pero estoy aquí, delante de vosotros, porque creo en algo. Creo que el chocolate es más que un producto. Es memoria. Es tradición. Es amor hecho comestible.

Miro a Martín. Él asiente, casi imperceptiblemente.

—Así que hoy, con mucho orgullo y bastantes nervios, declaro oficialmente reabierta Chocolatería Carmela. Que dure otros setenta años.

Aplausos. Gritos. Alguien empieza a cantar algo que no reconozco pero que suena a celebración.

Abro las puertas.

La gente entra.

Y durante las siguientes horas, no paro.

Vendo trufas a señoras de Madrid que dicen que es el mejor chocolate que han probado en su vida. Vendo tabletas a jóvenes de Barcelona que me piden que les firme el envoltorio. Vendo bombones a vecinos del pueblo que recuerdan haberlos probado hace décadas y que ahora tienen lágrimas en los ojos.

Mi abuela atiende a los clientes más mayores, contándoles historias de la chocolatería original. Mi madre gestiona la caja con una eficiencia que no sabía que tenía. Roberto hace de relaciones públicas improvisado, hablando con periodistas y visitantes.

Y yo.

Yo hago chocolate.

Tempero, moldeo, decoro. Mis manos se mueven solas, recordando todo lo que he aprendido. No pienso. Solo hago.

Es agotador.

Es maravilloso.

Es exactamente donde tengo que estar.

A las tres de la tarde, hay una pausa. La primera oleada de clientes se ha calmado, y puedo por fin sentarme un momento.

Martín aparece con un vaso de agua.

—Bebe —dice—. Estás deshidratada.

—Cómo lo sabes.

—Porque llevas cuatro horas sin parar y hace calor aquí dentro.

Bebo. El agua sabe a gloria.

—Qué tal —pregunta.

—Bien. Creo. No sé. Es todo muy...

—Mucho.

—Sí. Mucho.

Se sienta a mi lado.

—Has vendido casi todo —dice—. Las vitrinas están medio vacías.

—Lo sé. Voy a tener que hacer más esta noche.

—Esta noche vas a descansar.

—Martín, no puedo...

—Lola. —Me coge la mano—. Has conseguido algo increíble. Pero si te quemas el primer día, no va a haber segundo día.

Tiene razón. Lo sé.

—Vale. Descansaré.

—Bien.

Nos quedamos sentados un momento, cogidos de la mano, mirando la tienda medio vacía que hace unas horas estaba llena.

—Oye —digo.

—Qué.

—Lo de antes. Cuando me has besado delante de todo el mundo.

—Qué pasa.

—Que ahora todo el pueblo piensa que somos novios.

—Ya pensaban eso antes.

—Sí, pero ahora tienen pruebas.

Martín me mira. Hay algo en sus ojos que no había visto antes. Algo más suave.

—Te molesta —pregunta.

—No. —Sonrío—. Para nada.

—Bien.

—Bien.

Nos besamos otra vez. Esta vez más largo, sin prisa.

Alguien carraspea.

Es mi abuela.

—Hay clientes —dice—. Y vosotros estáis dando un espectáculo.

—Perdona, abuela.

—No me pidas perdón. Solo avisa antes de hacer estas cosas para que pueda vender entradas.

Martín se ríe. Yo me pongo roja.

Vuelvo al trabajo.

Las horas pasan volando. A las siete de la tarde, cuando por fin cerramos las puertas, estoy agotada pero feliz.

—Lo hemos conseguido —dice mi madre.

—Lo hemos conseguido —repito.

Mi abuela se sienta en una silla junto al mostrador. Parece cansada pero satisfecha.

—Tu bisabuela habría estado orgullosa —dice.

—Ya me lo has dicho.

—Merece repetirse.

Sonrío.

Miro a mi alrededor. Las vitrinas vacías que mañana volveré a llenar. El mostrador donde he atendido a cientos de personas. El obrador donde he aprendido a hacer chocolate.

Mi chocolatería.

Mi historia.

Mi vida.

—Bueno —dice Martín—. Creo que esto merece una celebración.

—Qué propones.

—Cena en O Recuncho. Yo invito.

—Pensaba que ya me debías un café.

—Te debo muchas cosas. Vamos pagándolas una a una.

Miro a mi familia.

—Venís.

—Nosotros nos quedamos —dice mi madre—. Estamos agotados.

—Seguro.

—Seguro. Además, Roberto tiene que terminar de cuadrar la caja.

Roberto pone cara de sorpresa.

—Tengo que qué.

—Cuadrar la caja. Vamos, cariño.

Se lo lleva hacia la trastienda. Mi madre es muchas cosas, pero sutil no es una de ellas.

—Abuela —digo—. Tú vienes.

—Yo me voy a la cama. —Se levanta con ayuda del bastón—. Pero pasadlo bien. Os lo habéis ganado.

—Gracias, abuela.

—Gracias a ti.

Se va.

Martín y yo nos quedamos solos.

—Bueno —dice—. Lista.

—Lista.

Salimos de la chocolatería.

El sol se está poniendo sobre Vila do Cacau, tiñendo el cielo de naranja y rosa. Las calles huelen a mar, a flores, a chocolate.

—Ha sido un buen día —digo.

—Ha sido un día increíble.

—Sí. —Sonrío—. Supongo que sí.

Caminamos hacia O Recuncho, cogidos de la mano.

Y por primera vez en mucho tiempo, no pienso en el pasado ni me preocupo por el futuro.

Solo estoy aquí.

Presente.

Feliz.

Capítulo 21

Nueva normalidad

La primera semana pasa en un borrón de chocolate, clientes y muy poco sueño.

No me quejo. Es el tipo de agotamiento que viene de hacer algo que importa. Muy diferente del agotamiento de la agencia, que venía de hacer cosas que no importaban a nadie excepto a Fernando Mendizábal y su ego.

Cada mañana me levanto a las seis. Preparo chocolate mientras el pueblo todavía duerme. A las diez abro las puertas y no paro hasta las siete de la tarde.

Los clientes vienen de todas partes. Gente del pueblo que quiere apoyar el negocio. Turistas que han visto mi Instagram. Periodistas que quieren escribir sobre "la mujer que dejó la publicidad para hacer chocolate". Hasta una televisión local vino a grabar un reportaje.

—Esto es una locura —le digo a mi abuela el miércoles por la noche, mientras limpiamos el obrador.

—Es el primer impulso —responde ella—. Curiosidad, novedad. En unas semanas se calmará.

—Y si no se calma.

—Entonces contratamos ayuda.

Contratar ayuda. Hace dos meses no tenía trabajo. Ahora estoy pensando en contratar empleados.

El mundo es muy raro.

El jueves, Martín viene a cenar a casa de mi abuela. Es la primera vez que tenemos tiempo para estar juntos desde la inauguración. Bueno, para estar juntos sin que yo esté cubierta de chocolate y medio dormida.

—Tienes mejor aspecto —dice cuando abro la puerta.

—Mentiroso.

—Vale. Tienes aspecto de alguien que ha dormido más de tres horas.

—Eso es más preciso.

Cenamos los cuatro: mi abuela, mi madre, Roberto y Martín. Es raro ver a un inspector de policía comiendo lacón con grelos junto a mi familia, pero de alguna forma funciona.

—Cuéntanos —dice mi madre—. Qué ha pasado con el belga.

Martín deja el tenedor.

—Willem Van den Berg está en prisión preventiva en Bélgica. La fiscalía ha presentado cargos de blanqueo de capitales, tráfico de bienes culturales y conspiración para cometer robo.

—Y el secuestro de mi madre —pregunto.

—Eso es más complicado. Willem no participó directamente, solo dio las órdenes. Pero Dmitri ha declarado en su contra, así que tenemos pruebas de que fue el autor intelectual.

—Cuánto tiempo le puede caer —pregunta mi abuela.

—Si lo condenan por todo, entre quince y veinte años.

Quince años.

Veinte años.

Willem Van den Berg va a morir en la cárcel.

No sé cómo me siento al respecto. Aliviada, supongo. Pero también algo más. Algo que se parece a la tristeza, aunque no debería.

—Era un hombre obsesionado —digo—. Pasó toda su vida persiguiendo algo que nunca iba a conseguir.

—Eligió su camino —dice Martín—. Nadie le obligó a hacer lo que hizo.

—Ya lo sé. Pero aun así...

—Aun así es triste —completa mi abuela—. Toda esa inteligencia, todo ese dinero, gastados en algo tan fútil.

Asiento.

Seguimos cenando.

Más tarde, cuando todos se han ido a dormir, Martín y yo nos sentamos en el banco del jardín. Se ha convertido en nuestro sitio.

—Hay algo que quería decirte —dice.

—Suena serio.

—No es malo. Solo... importante.

Espero.

—Me han ofrecido un puesto permanente en Pontevedra. Ya no sería un caso temporal. Sería mi destino fijo.

El corazón me da un salto.

—Eso es... eso es genial.

—Tú crees.

—Claro. Significa que te quedas.

—Significa que me quedo.

Nos miramos. Las estrellas brillan sobre nosotros.

—Martín.

—Qué.

—Me alegro de que te quedes.

—Yo también.

Me besa. Sabe a vino tinto y a filloas. Se está convirtiendo en mi sabor favorito.

El viernes por la mañana, recibo un correo electrónico que no esperaba.

Es de la Universidad de Santiago de Compostela. Del departamento de Historia de la Ciencia.

"Estimada señora Campo:

Hemos recibido su propuesta de donación de las fórmulas medicinales de su bisabuela Concepción Campo. Después de una evaluación preliminar, consideramos que el material tiene un valor histórico y científico extraordinario.

Nos gustaría reunirnos con usted para discutir los términos de la donación y las posibilidades de investigación.

Atentamente,

Dra. Helena Vázquez

Catedrática de Historia de la Medicina"

Leo el correo tres veces.

Valor histórico y científico extraordinario.

Las fórmulas de mi bisabuela. Los conocimientos que heredó de Henrik Janssen y sus compañeros. El legado que Willem Van den Berg quería robar.

Ahora va a estar en manos de investigadores. De científicos. De gente que lo usará para aprender, no para acumular.

Es lo correcto.

Lo sé.

Pero aun así duele un poco. Dejar ir algo que ha estado en mi familia durante generaciones.

Llamo a mi abuela.

—La universidad ha respondido —digo—. Quieren las fórmulas.

Silencio al otro lado.

—Abuela. Estás ahí.

—Estoy aquí. —Su voz suena rara—. Es lo que querías, no.

—Es lo que decidí. Pero quiero saber qué piensas tú.

—Yo pienso que tu bisabuela habría querido que el conocimiento sirviera para algo. Y si la universidad puede usarlo para ayudar a la gente...

—Entonces es lo correcto.

—Entonces es lo correcto.

Respiro.

—Vale. Voy a contestarles.

—Lola.

—Qué.

—Estoy orgullosa de ti. Otra vez.

—Gracias, abuela.

Cuelgo.

Escribo una respuesta al correo aceptando la reunión.

El sábado, exactamente una semana después de la inauguración, hago recuento.

Hemos vendido más de mil euros en chocolate. Mil euros. En una semana. En un pueblo de quinientos habitantes.

—Esto no tiene sentido —le digo a mi madre mientras miramos los números.

—Tiene todo el sentido —responde ella—. Has creado algo que la gente quiere. Algo auténtico en un mundo lleno de cosas falsas.

—Suena a eslogan de publicidad.

—Es que era buena en publicidad. Antes de dejarlo para tener hijos.

La miro.

—Nunca me habías contado eso.

—Hay muchas cosas que nunca te he contado. —Hace una pausa—. Quizás deberíamos cambiar eso.

—Sí. Quizás deberíamos.

Por la tarde, Valentina me llama.

—He visto el reportaje de la televisión gallega —dice—. Estás increíble.

—Estaba aterrorizada.

—No se notaba. —Pausa—. Oye, he estado pensando en lo que te dije. Sobre ayudarte con el marketing.

—Valentina, de verdad que no hace falta...

—Déjame terminar. No quiero que me pagues. No quiero crédito. Solo quiero ayudar. Como... no sé. Como una forma de compensar todo lo que pasó.

—No tienes que compensar nada.

—Ya lo sé. Pero quiero hacerlo.

Pienso en ello.

—Qué tienes en mente.

—Una estrategia de redes. Contenido regular, historias sobre las recetas, la historia de tu familia. Nada agresivo. Solo... auténtico.

—Auténtico es lo mío.

—Por eso funcionaría.

Miro por la ventana. El pueblo está tranquilo, bañado en la luz dorada de la tarde.

—Vale —digo—. Pero con condiciones.

—Cuáles.

—Nada de mentiras. Nada de exageraciones. Si algo no es perfecto, lo decimos.

—Eso es muy poco marketiniano.

—Es muy yo.

Valentina se ríe.

—Trato hecho.

Cuelgo.

Me quedo un momento pensando en lo raro que es todo. Hace dos meses, Valentina era mi enemiga. Ahora está ofreciéndose a ayudarme gratis.

La gente cambia. Las circunstancias cambian. Y a veces, de las peores situaciones salen las mejores oportunidades.

Suena cursi.

Pero es verdad.

El domingo es el primer día de descanso desde la inauguración.

No hago chocolate. No atiendo clientes. No miro números.

Solo existo.

Por la mañana, desayuno con mi abuela. Tostadas con mantequilla y mermelada de higo, como cuando era pequeña.

—Qué vas a hacer hoy —pregunta.

—Nada.

—Nada nada.

—Absolutamente nada.

—Bien. Te lo has ganado.

Por la tarde, Martín me recoge y vamos al faro.

No al de Punta Cabalo, donde pasó todo. A otro, más al norte, en un acantilado que da al Atlántico. Se llama Faro de Lariño y es el lugar más bonito que he visto en mi vida.

—Cómo conoces este sitio —pregunto mientras caminamos hacia el borde del acantilado.

—Mi madre me traía de pequeño. Decía que aquí se podían ver las almas de los marineros.

—Y tú la creías.

—Tenía seis años. Creía todo lo que me decía.

Nos sentamos en una roca, mirando el mar. Las olas rompen contra los acantilados con un estruendo que se siente en el pecho.

—Martín.

—Qué.

—Gracias.

—Por qué.

—Por todo. Por creer en mí cuando ni yo misma creía. Por quedarte. Por... esto.

Él me mira.

—No tienes que darme las gracias.

—Ya lo sé. Pero quiero hacerlo.

—Entonces de nada. —Sonríe—. Aunque técnicamente, tú también has hecho bastante por mí.

—Ah, sí. Como qué.

—Como darme una razón para quedarme en Galicia. Como recordarme por qué me hice policía. Como hacerme probar el mejor chocolate del mundo.

—Eso último es subjetivo.

—Eso último es un hecho científico.

Me río.

Nos quedamos sentados, mirando el mar, hasta que el sol empieza a ponerse.

Es un momento perfecto.

De esos que sabes que vas a recordar siempre.

—Oye —dice Martín.

—Qué.

—Crees en las segundas oportunidades.

—Después de todo lo que ha pasado, más que nunca.

—Bien. —Me coge la mano—. Porque creo que esto es nuestra segunda oportunidad. Tú con la chocolatería. Yo con mi carrera. Los dos con... esto.

—Esto.

—Ya sabes. Nosotros.

Sonrío.

—Sí —digo—. Creo que tienes razón.

El sol se hunde en el horizonte.

El mar ruge debajo de nosotros.

Y yo, por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy exactamente donde tengo que estar.

Capítulo 22

Cerrar círculos

Un mes después de la inauguración, voy a Santiago de Compostela.

La Universidad me recibe con ese olor a piedra antigua y sabiduría acumulada que tienen las instituciones centenarias. La Dra. Helena Vázquez es una mujer de sesenta años con el pelo canoso, gafas de montura gruesa y una pasión por la historia de la medicina que se nota en cada palabra.

—Las fórmulas de su bisabuela son extraordinarias —dice mientras examina las copias que le he traído—. Algunas de estas combinaciones aparecen en textos medievales belgas, pero adaptadas con ingredientes gallegos. Es una fusión única.

—Mi bisabuela aprendió en Bruselas. De maestros que llevaban generaciones perfeccionando estas técnicas.

—Henrik Janssen —dice la Dra. Vázquez, y me sorprende que conozca el nombre—. He investigado un poco después de recibir su propuesta. Era una figura fascinante. Uno de los últimos herederos de una tradición que se perdió casi por completo durante la guerra.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora. —Me mira—. Señora Campo, lo que usted está haciendo es importante. No solo para la ciencia, sino para la memoria histórica. Estos conocimientos estuvieron a punto de desaparecer varias veces. Primero por los nazis, luego por el paso del tiempo. Y usted los está rescatando.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Solo estoy haciendo lo que mi bisabuela habría querido.

—Eso es más de lo que hace la mayoría.

Firmamos los papeles de la donación. Las fórmulas medicinales pasarán a formar parte del archivo histórico de la universidad, disponibles para investigadores de todo el mundo. La Dra. Vázquez

me promete que me mantendrá informada de cualquier descubrimiento.

Cuando salgo del edificio, me quedo un momento en la plaza del Obradoiro. La catedral se alza frente a mí, imponente, eterna.

Saco el móvil y hago una foto.

Se la envío a mi abuela con un mensaje: "Hecho."

Ella responde: "Bien. Ahora vuelve que hay trabajo."

Sonrío.

Vuelvo a Vila do Cacau.

Esa misma semana, recibo una carta del juzgado de Pontevedra.

Es sobre Braulio Ponte.

Su juicio se ha celebrado en mi ausencia. No quise ir. No quería verle la cara, no quería darle la satisfacción de saber que todavía pienso en él.

La carta dice que ha sido condenado a cuatro años de prisión por complicidad en robo, allanamiento y encubrimiento. No por el ataque a Valentina, que sigue siendo cosa de Dmitri, pero sí por su papel en la conspiración.

Cuatro años.

Es menos de lo que merece. Pero es algo.

—Qué vas a hacer con el restaurante —me pregunta mi abuela cuando le cuento las noticias.

—El restaurante.

—La Marisquería Ponte. Braulio no tiene familia. Si va a la cárcel cuatro años, el negocio cerrará.

No había pensado en eso.

—No es mi problema —digo.

—No. Pero es un problema del pueblo. Es el único restaurante que tenemos.

—Abuela, no puedo preocuparme por el restaurante de alguien que intentó destruirnos.

—No te estoy pidiendo que te preocupes. Solo que pienses.

No sé qué quiere que piense. Pero la conversación se queda dando vueltas en mi cabeza durante días.

El sábado, mi madre viene a despedirse.

Han pasado seis semanas desde que llegó. Seis semanas de ayudarme con el negocio, de reconectar con su madre, de hacer las paces con un pasado que llevaba décadas evitando.

—Tengo que volver a Barcelona —dice—. Roberto tiene clases y yo... bueno. Tengo mi vida allí.

—Lo entiendo.

—Pero voy a volver. Cada mes, si puedo. O cada dos meses, al menos.

—Mamá, no tienes que...

—Quiero hacerlo. —Me coge las manos—. Lola, estos últimos días han sido... no sé cómo decirlo. Importantes. Para mí.

—Para mí también.

—Sé que no he sido la mejor madre. Que me fui cuando no debía, que no estuve cuando me necesitabas...

—Mamá.

—Déjame terminar. Quiero que sepas que estoy orgullosa de ti. De lo que has construido aquí. De la mujer en la que te has convertido. Y siento no habértelo dicho antes.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Gracias —digo—. Por venir. Por ayudar. Por... intentarlo.

—Es lo mínimo.

Nos abrazamos.

Es un abrazo largo, de esos que dicen todo lo que las palabras no pueden.

Cuando se separa, tiene los ojos rojos.

—Bueno —dice—. Basta de sentimentalismos. Roberto estará preguntándose dónde me he metido.

—Dale recuerdos.

—Se los daré. —Hace una pausa—. Y Lola.

—Qué.

—Cuida de tu abuela. Y de ese inspector tuyo.

—No es mío.

—Ya. Claro que no.

Sonríe. Esa sonrisa de madre que dice que sabe más de lo que cuenta.

Se va.

Me quedo en la puerta, viéndola alejarse, pensando en lo raro que es el tiempo. Cómo puede pasar tan despacio cuando estás sufriendo y tan deprisa cuando eres feliz.

El lunes, Martín me lleva a cenar a Pontevedra.

No a O Recuncho, sino a un sitio nuevo que ha abierto en el centro. Se llama A Taberna do Peregrino y sirve cocina gallega moderna. Está lleno, pero Martín ha reservado mesa.

—Celebramos algo —pregunto mientras nos sentamos.

—Quizás.

—Quizás no es una respuesta.

—Quizás es la única que vas a tener hasta que llegue el postre.

Pongo los ojos en blanco. Pero sonrío.

Cenamos. Pulpo con puré de patata violeta, zamburiñas al albariño, tarta de queso con membrillo. Todo está increíble.

Cuando llega el postre, Martín saca un sobre del bolsillo.

—Qué es eso —pregunto.

—Ábrelo.

Lo abro.

Dentro hay un documento oficial con el escudo de España y muchos sellos. Leo las primeras líneas y me quedo sin aliento.

Es el certificado de clausura del caso.

"El Ministerio del Interior certifica que el caso 2024/7834, relativo a los delitos de secuestro, agresión, robo y conspiración criminal

contra la familia Campo y asociados, queda oficialmente cerrado tras la resolución judicial de todos los implicados."

—Se acabó —digo.

—Se acabó.

—De verdad.

—De verdad. Willem condenado en Bélgica, Dmitri condenado aquí, Braulio condenado aquí. No queda nadie.

Miro el documento. Las palabras bailan delante de mis ojos.

Se acabó.

Ya no hay amenazas. Ya no hay mensajes anónimos. Ya no hay coleccionistas obsesionados ni ucranianos con pistolas.

Solo queda el chocolate. Y el pueblo. Y mi familia.

Y Martín.

—Gracias —digo—. Por traerme esto.

—Pensé que querrías saberlo oficialmente.

—Quería. Quiero. —Hago una pausa—. Martín.

—Qué.

—Te quiero.

Las palabras salen antes de que pueda pararlas. Y una vez fuera, no quiero retirarlas.

Martín se queda muy quieto.

—Qué has dicho.

—Que te quiero. —Respiro—. Sé que es pronto. Sé que solo llevamos un mes y algo. Pero es verdad. Y quería que lo supieras.

Silencio.

Un silencio largo.

Demasiado largo.

—Martín, di algo.

Él sonríe.

—Estaba esperando a que terminaras.

—He terminado.

—Bien. —Se inclina sobre la mesa—. Porque yo también te quiero. Y no es pronto. Es exactamente el momento correcto.

El corazón me explota.

—De verdad.

—De verdad.

Me besa. En medio del restaurante, delante de todos los comensales, con sabor a tarta de queso y a promesas.

Cuando nos separamos, hay gente aplaudiendo.

—Madre mía —digo, roja como un tomate.

—Bienvenida a mi vida —dice Martín—. Siempre causando escenas.

—Tú has empezado.

—Tú has dicho que me querías.

—Tú has dicho que también me querías.

—Touché.

Nos reímos.

La cena termina con más vino del recomendable y un paseo por el casco antiguo de Pontevedra que acaba en un banco junto al río Lérez.

—Oye —dice Martín—. Hay algo más que quería decirte.

—Más.

—Sí.

—Vale. Dispara.

—He estado pensando en el restaurante de Braulio.

No esperaba eso.

—Qué pasa con él.

—Que va a cerrar. Y que tu abuela tiene razón, es un problema para el pueblo.

—Martín, no voy a comprar el restaurante de Braulio.

—No te estoy pidiendo eso. —Hace una pausa—. Te estoy diciendo que conozco a alguien que podría estar interesado.

—Quién.

—Fermín. El del bar. Lleva años queriendo expandirse, pero no tenía local.

Lo miro.

—Fermín quiere comprar la marisquería.

—Fermín quiere convertirla en algo nuevo. Un sitio que combine bar y restaurante. Ha hablado con el ayuntamiento y hay opciones de financiación.

—Y por qué me cuentas esto a mí.

—Porque el local está al lado de tu chocolatería. Y porque si Fermín abre, podríais colaborar. Maridajes de chocolate con comida gallega. Eventos conjuntos. Ese tipo de cosas.

Pienso en ello.

La marisquería de Braulio, convertida en algo nuevo. El legado de odio, transformado en oportunidad.

Es poético, de alguna forma retorcida.

—Dile a Fermín que cuente conmigo —digo.

Martín sonríe.

—Ya lo he hecho.

—Qué.

—Le dije que probablemente dirías que sí. Me conoces demasiado bien.

—Y tú a mí.

—Eso parece.

Me apoyo en su hombro.

El río Lérez fluye delante de nosotros, tranquilo, constante. Las luces de Pontevedra se reflejan en el agua.

—Martín.

—Qué.

—Crees que todo va a salir bien.

—Creo que ya está saliendo bien.

—Ya. —Sonrío—. Supongo que tienes razón.

Nos quedamos ahí, en el banco, mirando el río.
Y yo pienso que quizás la vida no es tan complicada.
Quizás solo hay que encontrar a las personas correctas.
Y quedarse.

Capítulo 23

Raíces

Tres meses después de la inauguración, contrato a mi primera empleada.

Se llama Nerea, tiene veinticuatro años y acaba de terminar un curso de pastelería en Vigo. Vio mi anuncio en Instagram y condujo dos horas para hacer la entrevista. Me cayó bien inmediatamente.

—Por qué quieres trabajar aquí —le pregunté durante la entrevista.

—Porque he seguido tu historia desde el principio —dijo—. Y porque quiero aprender de alguien que hace las cosas con pasión, no solo por dinero.

La contraté en el acto.

Ahora Nerea se encarga de la tienda por las mañanas mientras yo preparo el chocolate en el obrador. Por las tardes, trabajamos juntas. Le estoy enseñando las recetas de mi bisabuela, igual que mi abuela me las enseñó a mí.

El círculo continúa.

—Tienes talento —le digo un día mientras observo cómo tempera una tanda de chocolate negro.

—Tengo una buena maestra.

—Eso también.

El negocio va mejor de lo que esperaba. Mucho mejor.

Las ventas se han estabilizado después del boom inicial, pero siguen siendo más que suficientes para pagar el alquiler, los suministros y el sueldo de Nerea. Incluso me queda algo para ahorrar.

Valentina tenía razón con lo del marketing. Su estrategia de redes ha funcionado. Publicamos contenido tres veces por semana: fotos de los productos, historias sobre las recetas, vídeos del proceso de elaboración. Nada agresivo, nada falso. Solo la verdad.

Y a la gente le encanta.

Tenemos clientes fijos que vienen cada semana. Turistas que nos descubren en Instagram y hacen el viaje desde Madrid o Barcelona. Incluso hemos empezado a recibir pedidos online, aunque todavía no tenemos la logística para envíos grandes.

—Deberías plantearte la venta por internet en serio —dice mi abuela un domingo, mientras cenamos en su casa—. Hay potencial.

—Lo sé. Pero no quiero crecer demasiado rápido. Quiero hacerlo bien.

—Hacerlo bien no significa hacerlo despacio.

—Para mí sí.

Carmela resopla, pero no discute. Creo que en el fondo está de acuerdo.

Martín viene a cenar casi todas las noches que puede. Su trabajo sigue siendo caótico, con casos que le llevan de un lado a otro de la provincia, pero siempre encuentra tiempo para nosotras.

Nosotras. Mi abuela y yo. Y él.

Es raro cómo se ha convertido en parte de la familia sin que nadie lo decidiera conscientemente. Simplemente pasó. Un día era el inspector que investigaba un crimen. Al siguiente, era el hombre que me traía churros cuando tenía un mal día.

La vida es así de extraña.

—He estado pensando —dice Martín una noche, mientras lavamos los platos juntos en la cocina de mi abuela.

—Eso suena peligroso.

—Muy graciosa. —Me pasa un plato mojado—. He estado pensando en buscar piso.

—Piso.

—Sí. Ahora mismo vivo en un apartamento de alquiler en Pontevedra, pero el contrato se acaba en dos meses. Y estaba pensando que quizás... no sé. Podría buscar algo más cerca de aquí.

El corazón me da un salto.

—Más cerca de aquí como en Vila do Cacau.

—Más cerca de aquí como en Vila do Cacau.

Dejo el trapo sobre la encimera.

—Martín, estás diciendo que quieres mudarte al pueblo.

—Estoy diciendo que paso más tiempo aquí que en Pontevedra. Y que el viaje de cuarenta minutos cada día empieza a ser un coñazo.

—Muy romántico.

—Ya. Bueno. No se me dan bien estas cosas.

Lo miro. Está nervioso. Martín Vilar, el inspector que ha resuelto casos de asesinato, está nervioso por preguntarme si puede mudarse cerca de mí.

—Me parece bien —digo.

—Sí.

—Sí. Me parece muy bien.

Sonríe. Esa sonrisa que antes era rara y ahora veo casi todos los días.

—Bien —dice—. Entonces empezaré a buscar.

—Hay un piso encima de la ferretería que creo que está vacío.

—Cómo sabes eso.

—Maruja me lo contó. Maruja lo sabe todo.

—Maruja da un poco de miedo.

—Maruja da mucho miedo. Pero es útil.

Nos reímos.

Terminamos de lavar los platos.

Y yo pienso que esto, exactamente esto, es lo que quería cuando dejé Madrid sin saber adónde iba.

Una semana después, recibo una llamada inesperada.

—Lola Campo. Soy Patricia.

Patricia. Mi antigua compañera de la agencia. La que me cubría cuando llegaba tarde y me pasaba cotilleos por WhatsApp.

—Patricia. Cuánto tiempo.

—Ya. Siento no haber llamado antes. Las cosas han estado... complicadas.

—Lo entiendo.

—He visto lo de tu chocolatería. En Instagram, en las noticias. Es increíble, Lola. De verdad.

—Gracias.

Silencio.

—Patricia, por qué me llamas.

—Porque he dejado la agencia.

No me lo esperaba.

—Qué ha pasado.

—Fernando. —Su voz se endurece—. Después de que se supiera lo que te hizo, lo de robar tu idea, la cosa se puso fea. Varios clientes se fueron. La reputación de la agencia se hundió.

—Y Fernando.

—Fernando sigue siendo Fernando. Culpando a todo el mundo menos a sí mismo. Pero la agencia está en las últimas. Y yo no quiero hundirme con ella.

—Lo siento —digo, aunque no lo siento del todo.

—No lo sientas. Es karma. —Pausa—. Oye, Lola. Sé que es mucho pedir, pero... ¿necesitas ayuda? Con el marketing, con la comunicación. Lo que sea. Puedo trabajar remoto.

Pienso en ello.

Patricia es buena. Muy buena. Y ahora mismo, con el negocio creciendo, podría necesitar a alguien con su experiencia.

Pero también recuerdo los años en la agencia. El estrés, la competitividad, la sensación de que nada era nunca suficiente.

—Patricia, te lo agradezco. Pero ahora mismo no estoy contratando.

—Entiendo.

—Pero puedo pasarte el contacto de Valentina Ferrer. Está montando algo nuevo y busca gente.

—Valentina. La influencer.

—La ex-influencer. Ahora hace consultoría de marketing ético. Creo que os llevaríais bien.

—Vale. Sí. Eso estaría bien.

Le paso el contacto de Valentina. Quedamos en hablar pronto, aunque las dos sabemos que probablemente no lo haremos.

Algunas relaciones son así. Importantes en un momento, irrelevantes en otro.

Y está bien.

El sábado, Fermín inaugura su nuevo local.

La antigua Marisquería Ponte se ha transformado en O Encontro, un gastrobar que combina cocina gallega tradicional con toques modernos. Las paredes siguen siendo de piedra, pero ahora hay luces cálidas, muebles de madera reciclada y una barra que invita a quedarse.

Todo el pueblo está allí. Y cuando digo todo, quiero decir todo.

—Esto es una locura —le digo a Fermín mientras me sirve una copa de albariño.

—Esto es Vila do Cacau —responde—. Cuando uno celebra, todos celebramos.

Es verdad.

Miro a mi alrededor. Rosi está hablando con Carmiña sobre no sé qué receta de pan. Maruja está contándole a quien quiera escuchar que ella sabía que esto iba a ser un éxito. Xosé el pescador está discutiendo con el viejo Ramón sobre fútbol.

Y en una esquina, mi abuela está sentada con Martín, los dos enfrascados en una conversación que parece muy seria.

Me acerco.

—De qué habláis.

—De nada —dice mi abuela demasiado rápido.

—De nada —repite Martín con la misma velocidad sospechosa.

—Vale. Eso no es nada sospechoso.

—Cosas de mayores —dice Carmela.

—Abuela, tienes ochenta y tres años y él tiene treinta y seis. Qué cosas de mayores.

—Las que no te importan.

Martín esconde una sonrisa detrás de su copa.

—Ya me enteraré —digo.

—Ya veremos —dice mi abuela.

Me rindo.

Más tarde, cuando la fiesta está en pleno apogeo, salgo a tomar el aire.

La noche es clara y fría. El cielo está lleno de estrellas, más de las que jamás vi en Madrid. El pueblo duerme a mi alrededor, tranquilo, eterno.

Martín sale detrás de mí.

—Estás bien —pregunta.

—Estoy bien. Solo necesitaba un momento.

Se pone a mi lado. Nuestros hombros se rozan.

—En qué piensas.

—En que hace cuatro meses no sabía qué hacer con mi vida. Y ahora...

—Ahora tienes una chocolatería, una familia, un pueblo que te quiere y un novio increíblemente guapo.

—Lo de increíblemente guapo es discutible.

—Eh.

—Es broma. —Le cojo la mano—. Martín, soy feliz. Creo que es la primera vez en mucho tiempo que puedo decir eso sin mentir.

Él no responde. Solo me aprieta la mano.

No hace falta más.

Nos quedamos ahí, en la calle, mirando las estrellas.

Y yo pienso en todo lo que ha pasado. El burnout, la huida, el crimen, el miedo. Pero también el chocolate, la familia, el amor.

Todo conectado. Todo parte del mismo camino.

—Oye —dice Martín.

—Qué.

—Tu abuela me ha dicho una cosa antes.

—Qué cosa.

—Que si te hago daño, me entierra en el jardín y nadie encontrará el cuerpo.

Me río.

—Eso suena a mi abuela.

—Lo peor es que la creo capaz.

—Yo también.

Sonreímos.

—Martín.

—Qué.

—Gracias por quedarte.

—No hay otro sitio donde quisiera estar.

Me besa.

Sabe a albariño y a futuro.

Y yo pienso que quizás esto es lo que significa echar raíces. No quedarte en un sitio porque no tienes adónde ir, sino quedarte porque has encontrado donde quieres estar.

Vila do Cacau.

Mi pueblo.

Mi hogar.

Capítulo 24

Herencia

Seis meses.

Parece mentira que haya pasado medio año desde que llegué a Vila do Cacau sin saber qué hacer con mi vida. Medio año desde que abrí la chocolatería. Medio año desde que todo cambió.

Ahora es diciembre y el pueblo está cubierto de esa luz dorada que solo existe en Galicia en invierno. Hace frío, pero es un frío limpio, honesto. No como el de Madrid, que te calaba los huesos y te dejaba vacío.

La chocolatería está decorada para Navidad. Nerea ha puesto guirnaldas de luces en el escaparate y un pequeño belén junto a la caja. Yo he añadido una colección especial de bombones navideños: turrón de chocolate, trufas de mazapán, tabletas con naranja confitada.

Se venden como churros.

—Este año vamos a tener que hacer doble producción —dice Nerea mientras empaqueta un pedido para enviar a Barcelona.

—Este año vamos a tener que dormir en el obrador.

—No me importaría. Huele mejor que mi piso.

Me río.

Es verdad que el negocio va bien. Mejor que bien. Hemos contratado a una segunda persona para ayudar con los envíos online, un chico del pueblo que se llama Hugo y que tiene una habilidad sorprendente para la logística. Entre los tres, conseguimos mantener el ritmo.

Pero no es el negocio lo que me tiene pensativa hoy.

Es mi abuela.

Carmela ha estado rara las últimas semanas. Más callada de lo normal, más contemplativa. Pasa mucho tiempo en su habitación,

mirando viejas fotografías. A veces la pillo con los ojos húmedos y finge que es por la alergia.

Mi abuela no tiene alergia.

—Abuela —le digo esta mañana, mientras desayunamos—. Qué te pasa.

—Nada.

—Abuela.

—He dicho que nada.

—Y yo he dicho abuela.

Me mira. Esa mirada suya de testarudez que reconozco porque es la misma que veo en el espejo.

—Esta noche —dice—. Después de cenar. Tengo que enseñarte algo.

—Qué cosa.

—Esta noche.

No hay forma de sacarle más información. Cuando Carmela Campo decide guardar un secreto, ni la Interpol consigue sacárselo.

Paso el día en la chocolatería, distraída. Martín viene a comer y nota que algo va mal.

—Estás rara —dice.

—Mi abuela está rara. Y eso me pone rara a mí.

—Qué le pasa.

—No lo sé. Dice que me lo contará esta noche.

—Quieres que esté.

—No. Creo que es algo entre ella y yo.

Martín asiente. No insiste. Es una de las cosas que más me gustan de él: sabe cuándo quedarse y cuándo dar espacio.

La cena transcurre en silencio tenso. Mi abuela apenas come, lo cual es raro porque normalmente devora todo lo que le pongan delante. Cuando terminamos de recoger, me hace un gesto para que la siga.

Subimos las escaleras hasta su habitación.

Carmela se sienta en la cama y saca una caja de debajo. No es la caja de mi bisabuela, la que contenía las cartas y las fotos de Bruselas. Es otra, más pequeña, de madera oscura con incrustaciones de nácar.

—Esto era de mi madre —dice—. Me lo dio antes de morir. Y ahora te lo doy a ti.

—Abuela, qué es.

—Ábrela.

Cojo la caja. Pesa poco. La abro.

Dentro hay un anillo.

Es antiguo, de oro con una piedra roja en el centro. Sencillo pero hermoso. El tipo de joya que no llama la atención pero que sabes que vale más de lo que parece.

—Era de tu bisabuela —dice Carmela—. Se lo regaló Henrik Janssen antes de que volviera a España. Como despedida. Como promesa de que el conocimiento que compartieron nunca moriría.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Abuela, no puedo aceptar esto.

—Claro que puedes. Es tuyo. Siempre fue tuyo.

—Pero...

—Lola, escúchame. —Me coge las manos—. Tengo ochenta y tres años. No sé cuánto tiempo me queda.

—No digas eso.

—Déjame terminar. —Su voz es firme—. No sé cuánto tiempo me queda, pero sé que quiero ver esto en tu dedo mientras todavía puedo. Quiero saber que el legado de mi madre está en buenas manos.

Las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas.

—Abuela.

—No llores, boba. Es un regalo, no un funeral.

Me río entre lágrimas.

—Es que no sé qué decir.

—Di que sí. Y ponte el anillo.

Me lo pongo.

Me queda perfecto.

—Tu bisabuela tenía las manos pequeñas —dice Carmela—. Como tú.

Miro el anillo en mi dedo. La piedra roja brilla bajo la luz de la lámpara.

—Abuela, gracias. Por esto. Por todo.

—No me las des. Solo prométeme una cosa.

—Lo que quieras.

—Que cuando yo no esté, seguirás adelante. Que no dejarás que la chocolatería muera. Que contarás nuestra historia.

—Te lo prometo.

—Bien. —Asiente—. Ahora baja y dile a tu inspector que suba. Quiero hablar con él.

—Qué.

—Que le digas que suba.

—Pero qué...

—Lola, tengo ochenta y tres años. No tengo tiempo para discusiones. Ve.

Bajo las escaleras confundida. Martín está en el salón, leyendo algo en su móvil.

—Mi abuela quiere hablar contigo —digo.

—Conmigo.

—Contigo.

Intercambiamos una mirada de perplejidad. Él sube.

Me quedo en el salón, dando vueltas como un animal enjaulado. Qué estará diciéndole. Por qué tanto misterio.

Quince minutos después, Martín baja.

Tiene una expresión rara. No mala, solo... rara.

—Qué te ha dicho —pregunto.

—Cosas.

—Qué cosas.

—Cosas privadas.

—Martín.

—Lola, tu abuela me ha pedido que no te cuente. Y le he dado mi palabra.

—Pero...

—Confía en mí. Confía en ella.

Lo miro. Su cara no revela nada.

—Está bien —digo, aunque no está bien—. Pero esto es muy raro.

—Tu familia es muy rara.

—Eso es verdad.

Me besa. Suave, tranquilizador.

—Todo está bien —dice—. De verdad.

Decido creerle.

Una semana después es Nochebuena.

La casa de mi abuela está llena de gente. Mi madre y Roberto han venido desde Barcelona. Rosi está aquí con su hija, que ha vuelto de Vigo para las fiestas. Fermín ha traído vino de su restaurante. Incluso Maruja ha aparecido con una tarta de Santiago que jura que ha hecho ella aunque todos sabemos que la ha comprado.

Y Martín, por supuesto.

Cenamos hasta reventar. Mariscos, lacón, filloas de postre. Mi abuela preside la mesa como la reina que es, contando historias de Navidades pasadas que hacen reír a todos.

Después de la cena, cuando la mayoría está demasiado lleno para moverse, Martín me coge de la mano.

—Ven —dice—. Quiero enseñarte algo.

—Ahora.

—Ahora.

Salimos al jardín. Hace frío, pero el cielo está despejado y las estrellas brillan con esa intensidad que solo tienen en invierno.

—Qué querías enseñarme —pregunto.

Martín no responde inmediatamente. Se queda mirándome, con esa expresión suya que todavía no he aprendido a descifrar del todo.

—Martín.

—Tu abuela me dio permiso —dice.

—Permiso para qué.

Se mete la mano en el bolsillo.

Saca una caja pequeña.

El corazón se me para.

—Martín.

—Sé que solo llevamos unos meses. Sé que puede parecer precipitado. Pero llevo toda la vida esperando encontrar a alguien como tú. Y ahora que te he encontrado, no quiero esperar más.

Abre la caja.

Dentro hay un anillo. Sencillo, de plata, con una pequeña esmeralda verde en el centro.

—Lola Campo —dice—. Quieres casarte conmigo.

El mundo se detiene.

Miro el anillo. Miro a Martín. Miro las estrellas.

Pienso en todo lo que ha pasado. El burnout, la huida, el crimen, el miedo. Pero también el chocolate, la familia, el amor.

Todo me ha traído aquí. A este momento. A este jardín. A este hombre que me mira con ojos de café sin azúcar y un anillo en la mano.

—Sí —digo.

—Sí.

—Sí, quiero casarme contigo.

Martín sonríe. Una sonrisa enorme, de esas que le transforman la cara.

Me pone el anillo.

Ahora tengo dos en la mano. El de mi bisabuela en un dedo, el de Martín en otro.

El pasado y el futuro.

La herencia y la promesa.

Nos besamos.

Un beso largo, profundo, de esos que dicen todo lo que las palabras no pueden.

Cuando nos separamos, oigo aplausos.

Todo el mundo está en la puerta del jardín. Mi abuela, mi madre, Rosi, Fermín, Maruja. Todos aplaudiendo, algunos llorando.

—Lo sabíais —digo.

—Claro que lo sabíamos —dice mi abuela—. Por qué crees que le hice subir a mi habitación la otra noche.

—Le estabas dando permiso.

—Le estaba dando permiso. Y amenazándole un poco.

—Abuela.

—Qué. Una tiene que asegurarse.

Todo el mundo se ríe.

Me abrazan. Nos abrazan. El jardín se llena de felicitaciones y brindis improvisados y alguien pone villancicos en el móvil.

Es caótico y ruidoso y absolutamente perfecto.

Más tarde, cuando todos se han ido a dormir y Martín y yo estamos sentados en el banco del jardín, mirando las estrellas, pienso en lo extraño que es el destino.

Hace un año estaba en Madrid, infeliz, agotada, sin saber quién era.

Ahora estoy aquí. Con una chocolatería que funciona. Una familia que me quiere. Un hombre que quiere pasar el resto de su vida conmigo.

—En qué piensas —pregunta Martín.

—En que la vida es muy rara.

—Rara buena o rara mala.
—Rara buena. Definitivamente rara buena.
Me acurruco contra él.
El frío de diciembre nos rodea, pero no lo siento.
Solo siento esto.
Esto que hemos construido.
Esto que somos.
Juntos.

Capítulo 25

El secreto está en quien lo hace

Un año.

Ha pasado un año desde que llegué a Vila do Cacau con una maleta, un corazón roto y ningún plan.

Ahora estoy aquí, en el obrador de Chocolatería Carmela, preparando chocolate a las seis de la mañana mientras el pueblo todavía duerme. El olor a cacao llena el aire. Las ollas de cobre brillan bajo la luz del amanecer. Todo está exactamente donde tiene que estar.

Incluida yo.

Hoy es un día especial. Hace exactamente un año que abrí las puertas por primera vez. Un año de chocolate, de clientes, de historias contadas mil veces. Un año de aprender quién soy cuando no estoy intentando ser otra persona.

Nerea llega a las siete, como siempre.

—Feliz aniversario —dice, dejando una bolsa de cruasanes en el mostrador.

—Gracias. Aunque técnicamente el aniversario es de la tienda, no mío.

—Es lo mismo. Tú eres la tienda. La tienda eres tú.

—Eso suena a filosofía barata.

—Es filosofía de las seis de la mañana. No pidas más.

Nos reímos.

A las diez, abrimos las puertas.

Y como cada día desde hace un año, la gente entra.

Vecinos del pueblo que vienen a por su ración semanal de bombones. Turistas que nos han encontrado en Instagram. Periodistas que quieren escribir sobre "el fenómeno de la chocolatería gallega que arrasa en redes". Hasta ha venido un

equipo de televisión de Madrid a grabar un reportaje para un programa de cocina.

Pero hoy hay alguien especial.

A las once y media, la puerta se abre y entra una mujer que no reconozco. Tiene unos cincuenta años, el pelo rubio recogido en un moño, y un acento que no es español.

—Buenos días —dice—. Busco a Lola Campo.

—Soy yo.

La mujer sonríe.

—Mi nombre es Isabelle Janssen. Soy la nieta de Henrik.

El mundo se detiene.

—La nieta de...

—De Henrik Janssen. El maestro chocolatero de Bruselas. —Saca algo de su bolso—. He venido desde Bélgica porque tenía que conocerla. Y porque tenía que darle esto.

Me pasa un sobre.

Lo abro con manos temblorosas.

Dentro hay una carta. Vieja, amarillenta, escrita a mano.

"Querida Concepción:

Si algún día mi familia encuentra a la tuya, espero que sea en tiempos de paz y no de guerra. Espero que el chocolate haya sobrevivido a todo lo que nosotros no pudimos sobrevivir.

Fuiste mi mejor alumna. Y más que eso, fuiste mi amiga.

Cuida el legado. No por mí, sino por todos los que vinieron antes. Por todos los que pusieron amor en cada receta, esperanza en cada fórmula.

El secreto del chocolate no está en los ingredientes. Está en quien lo hace.

Siempre tuyo,

Henrik."

Las lágrimas caen sobre el papel antes de que pueda evitarlo.

—Lo encontré entre las cosas de mi padre cuando murió —dice Isabelle—. Nunca llegó a enviarse. Pero pensé que usted debía tenerla.

—Gracias —susurro—. Gracias.

Isabelle me abraza. Una desconocida que comparte conmigo algo que ninguna de las dos eligió pero que nos conecta a través de generaciones y océanos.

Cuando se va, me quedo un momento en el obrador, mirando la carta.

El secreto del chocolate no está en los ingredientes. Está en quien lo hace.

Mi bisabuela lo sabía. Mi abuela lo sabía. Y ahora yo también lo sé.

Por la tarde, cierro la tienda una hora antes.

Hoy hay celebración.

En O Encontro, el restaurante de Fermín, nos esperan todos. Mi abuela, mi madre, Roberto, Rosi, Maruja, Carmiña, Xosé, Nerea, Hugo. El pueblo entero parece haberse congregado para celebrar el primer aniversario de la chocolatería.

Y Martín, por supuesto.

Mi prometido.

Todavía me cuesta decir esa palabra. Prometido. Suena a otra vida, a otra persona. Pero cuando lo miro, cuando veo esa sonrisa que antes era rara y ahora es constante, sé que es real.

—Discurso —grita alguien desde el fondo.

—Ni hablar —digo.

—Discurso, discurso, discurso.

Toda la sala empieza a corear.

Miro a mi abuela. Ella asiente.

Suspiro.

—Vale. Pero que sea breve.

Me subo a una silla. No es muy digno, pero es lo que hay.

—Hace un año —empiezo—, llegué a este pueblo sin saber qué hacer con mi vida. Había dejado todo lo que conocía, había quemado todos los puentes, y lo único que sabía era que necesitaba un cambio.

Pausa. Miro las caras que me rodean. Todas atentas.

—Lo que encontré aquí fue mucho más que un cambio. Encontré una historia. La historia de mi bisabuela Concepción, que aprendió a hacer chocolate en Bruselas y trajo ese conocimiento a Galicia. La historia de mi abuela Carmela, que mantuvo vivo ese legado durante décadas. Y la historia de un pueblo que, cuando las cosas se pusieron difíciles, no me dio la espalda.

Miro a Rosi, que ya está llorando. A Fermín, que intenta disimular que también. A Maruja, que por una vez está callada.

—Ha habido momentos duros este año. Momentos de miedo, de duda, de querer rendirme. Pero cada vez que pensaba en tirar la toalla, alguien aparecía para recordarme por qué estoy aquí. Por qué esto importa.

Miro a Martín. Él me devuelve la mirada con esos ojos de café sin azúcar que ya son mi hogar.

—Hace poco, alguien me enseñó una carta que mi bisabuela nunca llegó a recibir. Decía que el secreto del chocolate no está en los ingredientes. Está en quien lo hace.

Pausa.

—Creo que eso es verdad. Pero creo que también es incompleto. El secreto del chocolate no solo está en quien lo hace. Está en para quién lo hace. En las manos que lo reciben, en las bocas que lo prueban, en los corazones que se calientan con cada bocado.

Miro a mi alrededor.

—Vosotros sois el secreto. Este pueblo, esta gente, esta familia que he encontrado sin buscarla. Sin vosotros, el chocolate sería solo cacao y azúcar. Con vosotros, es amor hecho comestible.

Se me quiebra la voz.

—Así que gracias. Por este año. Por los que vendrán. Por dejarme ser parte de algo más grande que yo misma.

Silencio.

Y luego, aplausos.

Bajo de la silla.

Mi abuela me abraza. Mi madre me abraza. Martín me besa.

El resto de la noche es un borrón de comida, vino y risas. Fermín ha preparado un menú especial con maridajes de chocolate. Rosi ha traído un pastel enorme con el logo de la chocolatería. Alguien ha puesto música y hay gente bailando en un rincón.

Es caótico y ruidoso y absolutamente perfecto.

A medianoche, cuando la fiesta empieza a decaer, Martín y yo salimos a tomar el aire.

La noche es clara. Las estrellas brillan sobre Vila do Cacau como llevan brillando desde hace siglos.

—Oye —dice Martín.

—Qué.

—Estoy orgulloso de ti.

—Gracias.

—No, en serio. Lo que has construido aquí, lo que eres ahora... es increíble.

Le cojo la mano.

—No lo habría conseguido sin ti.

—Claro que sí. Eres la persona más testaruda que conozco.

—Eso ya me lo has dicho.

—Merece repetirse.

Sonreímos.

—Martín.

—Qué.

—Crees que mi bisabuela estaría orgullosa.

Él piensa un momento.

—Creo que estaría muy orgullosa. Creo que miraría todo lo que has hecho y diría "esa es mi sangre".

Se me humedecen los ojos.

—Yo también lo creo.

Nos quedamos en silencio, mirando el pueblo dormido.

—Oye —digo.

—Qué.

—Hay algo que no te he contado.

—Qué.

—La Dra. Vázquez, de la universidad, me ha llamado esta semana. Han estado investigando las fórmulas de mi bisabuela.

—Y qué han encontrado.

—Que algunas funcionan. Las de insomnio, las de ansiedad. Quieren hacer ensayos clínicos.

—Eso es increíble.

—Sí. —Pausa—. El legado de Henrik Janssen y Concepción Campo va a ayudar a gente. Después de ochenta años, va a servir para algo.

Martín me abraza.

—Tu bisabuela definitivamente estaría orgullosa.

—Eso espero.

Nos quedamos abrazados bajo las estrellas.

Y yo pienso en todo lo que ha pasado. El burnout, la huida, el crimen, el miedo. Pero también el chocolate, la familia, el amor. Todo conectado. Todo parte del mismo camino que me ha traído aquí.

A este pueblo.

A esta vida.

A este momento.

—Martín —digo.

—Qué.

—Soy feliz.

—Yo también.

—Me alegro.

—Yo más.

Me río.

—Eso es muy poco maduro.

—Ya. Pero es verdad.

Me besa.

Sabe a vino y a chocolate y a futuro.

Y yo pienso que quizás esto es lo que significa encontrar tu lugar en el mundo. No un sitio en el mapa, sino un sitio en el corazón de las personas que te importan.

Vila do Cacau.

Chocolatería Carmela.

Mi historia.

Mi legado.

Mi hogar.

FIN

Lola Campo volverá en "Muerte entre Bombones", el segundo libro de la serie Misterios de Chocolate.
